

 HARLEQUIN™  
The background of the cover features a romantic scene of a man and a woman in bed. The man is shirtless and muscular, sitting up and looking thoughtfully to the right. The woman has long, wavy brown hair and is leaning her head against his shoulder, her eyes closed. They are both partially covered by white sheets. The room is softly lit with warm, golden light, and there are curtains and a potted plant visible in the background.

*Desee*

Pregúntale a Cupido

Ann Major

## **Tendría que irse mucho más lejos que a la Gran Manzana si pretendía olvidar aquella noche**

Anthony Duke supo que se había metido en un lío en cuanto se dio cuenta de que había hecho el amor con la mujer de sus sueños. Zoe era todo frescura y descaro, y estaba acostumbrada a cometer disparates, pero ninguno como el que había hecho al casarse con el tío moribundo de Anthony. Algo así era un verdadero escándalo para aquella pequeña ciudad texana, así que Zoe decidió marcharse a Nueva York para huir de los recuerdos de aquella noche.

Algunos años después, cuando se encontraron en Grecia, Anthony supo enseguida que había sido cosa de su entrometida madre. El caso era que el tiempo no había podido apagar lo que surgía cada vez que estaban juntos y todo empezó de nuevo... Pero esa vez Anthony estaba dispuesto a que su pasión enloquecedora los condujera al matrimonio.

## Prologo

-¿Qué podía hacer una chica cuando se despertaba en la cama casada con un hombre al que no quería?

-¡No puedo ver a Tony! ¡No puedo!

Zoe Creighton subió al pajar. El corazón le latía con fuerza. Se agachó y miró por la rendija de la ventana del establo. Vio el bajo tejado de la casa de rancho de su tía Patty y el molino de viento brillante bajo el sol del mediodía.

La camioneta de Anthony estaba aparcada delante de la casa. El aire contenía el familiar olor del establo.

-Si pudiera volver atrás... si pudiera volver atrás en el tiempo, solo veinticuatro horas...

Zoe cerró los ojos deseando que todo fuera igual que antes. Pero no lo era. Nada volvería a ser como antes.

-¡Dios mío! ¿Qué has hecho, Zoe Creighton? -se preguntó a sí misma en voz alta-. Ahora, ni siquiera te apellidas Creighton.

Zoe se miró el enorme brillante que llevaba en la mano izquierda. Parpadeó con incredulidad.

Sí, el anillo era real, pero el hombre que se lo había dado no era el adecuado.

Rápidamente, cerró las manos en dos puños, que se llevó a la espalda.

La tía Patty no dejaba de decirle que era demasiado impulsiva.

Zoe solo tenía veinte años y era estudiante de una de las escuelas superiores dependientes de la Universidad de Texas; sin embargo, tenía la impresión de que su vida había acabado.

-Soy una estúpida, eso es lo que pasa.

La puerta del establo se abrió y, tal y como había temido\_, Tony Duke entró y la llamó en voz alta; los caballos, inmediatamente, se agitaron. Zoe se puso tensa.

-¿Por qué no me dejas en paz? -se preguntó a sí misma en un susurro-. He venido aquí para esconderme, para evitarte.

Hasta el día anterior, al contrario que en ese momento, cada vez que veía su furgoneta por el polvoriento camino acercándose al rancho, salía corriendo a verlo.

-No puedo mirarte a la cara. No puedo decírtelo... y menos después de lo que hicimos ayer aquí, en el pajar.

El cuerpo se le encendió al pensar en su cuerpo virginal, desnudo, bajo el de él.

-Tienes que decírselo.

¿Cómo sabía Tony el momento en el que Duncan la había llevado al rancho de vuelta de su viaje a Las Vegas?

Con miedo, Zoe se acercó al borde del pajar y al mirar hacia abajo vio la negra y brillante cabeza de Tony.

Llevaba una camisa roja estilo vaquero y unos pantalones vaqueros; sin duda, por el rodeo. Sus anchas espaldas le conferían un aspecto duro. La forma como ladeaba la cabeza y echaba la barbilla hacia delante lo hacían parecer arrogante. Era tan guapo que no había chica por aquella zona que no estuviera enamorada de él. ¿Por qué la había elegido a ella? Tenía tan pobre opinión sobre sí misma que le había resultado imposible creer del todo que Tony la amara.

Tony continuó buscándola por todo el establo. Ella se movió y unas briznas de paja le cayeron a Tony en el hombro y en la cabeza.

-Oh, Dios mío.

Tony se sacudió la paja de la cabeza y de los hombros.

-Así que estás en el granero, ¿eh? -dijo él en tono de enfado, pero también insinuante.

-¡Ni se te ocurra subir aquí! No quiero volver a verte -gritó ella.

-Te equivocas, cielo -respondió Tony acercándose a la escalerilla que subía al granero-. Vamos, no seas tan tímida.

La idea de enfrentarse a él la hizo temblar.

Lo primero que vio fueron sus manos; después, el resto. Tony se la quedó mirando. Como siempre, su rostro era moreno y hermoso, su dulce sonrisa atrevida y blanca.

-Me encanta ese vestido. Su vestido azul.

-Aún lo llevas puesto -dijo Tony con voz suave. A Zoe le dio un vuelco el corazón al recordar lo que él le había dicho el día anterior al verla con ese vestido.

Se ruborizó. Ahora todo era diferente.

-Vete, por favor -susurró Zoe retrocediendo hacia la pared.

-Tu tía me ha dicho que estabas aquí. Me ha dado la impresión de que estaba disgustada.

Zoe no podía explicarle el motivo.

-Te eché de menos ayer por la tarde, cielo. En el rodeo, te busqué por todas partes. Lo siento, sé lo que piensas, pero te aseguro que no se trata de eso -dijo Tony con voz aterciopelada.

¿Podía estar diciendo la verdad? ¡No!

-Ya es tarde para arrepentimientos -murmuró ella, recordando lo que había hecho-. Yo también tengo motivos para ello.

-Rene no significa nada para mí -le susurró Tony.

-No es lo que dijo ella. Tony lanzó una carcajada.

-Se cree especial. Tiene tendencia a exagerar. La mejor amiga de ella, Rene, llevaba años detrás de Tony.

Tony se aproximó a ella. El miedo le hizo verlo más alto y más imponente que el día anterior, cuando su ternura la derritió.

-No me importa lo que Rene haya dicho y tampoco te importará a ti después de que nos hayamos besado -le susurró él.

-No vamos a besarnos. Ya es suficiente con lo que pasó ayer.

-¿Por qué saliste corriendo después de que hiciéramos el amor? -le preguntó Tony en voz baja.

-Estaba asustada. No podía creer lo que había hecho.

-Pero luego volviste y me sorprendiste con Rene.

-¿Cómo pudiste ir con ella después de estar conmigo?

-No pude y no lo hice. Te amo.

-Una cosa es lo que dices y otra cosa muy distinta es lo que yo vi con mis propios ojos. Estaba abrazada a ti.

-Cielo, no voy a negar que Rene lo intentara.

-¿Quieres decir que tú no...?

Tony esbozó esa típica sonrisa suya ladeada que a ella le resultaba irresistible. Era alto y moreno, e increíblemente guapo. Recordó el día anterior, cuando el cuerpo de Tony cubría el suyo...

-Sí, eso es lo que quiero decir. Yo nada -respondió Tony.

Zoe estaba a punto de creerlo. A pesar de todo, seguía amándolo.

-Hasta ayer era virgen.

-Y no puedes imaginar lo que eso significa para mí.

No podía decirle lo que había hecho. No podía.

-Vete, por favor -susurró Zoe.

-Cariño...

De repente, la boca de Tony estaba muy cerca de la suya. Él bajó la cabeza y la besó tiernamente. Sin pensar, Zoe abrió la boca. Él le acarició la cabeza, la nuca y todo el cuerpo, igual que el día anterior. Un siglo atrás.

-Esta vez iré más despacio -le susurró él acariciándole el rostro con el aliento.

Durante unos segundos, la ternura y la pasión de los labios y las manos de Tony la hicieron olvidarse de todo. Le pareció que lo ocurrido había sido solo una pesadilla de la que se había despertado en los brazos de él.

No era una chica sencilla y tímida que se pasaba el tiempo leyendo. No le parecía mentira estar saliendo con el chico más guapo y la zona de Shady Lomas. Rene no se lo había quitado después de hacer el amor por primera vez. Ella no había ido a las carreras de cerdos y se había tropezado accidentalmente con el ciudadano de peor reputación de la ciudad, el tío de Tony, Duncan Duke.

El tío Duncan. Ojala no se hubiera mostrado tan amistoso y comprensivo con ella.

Anthony le estaba acariciando los hombros y la espalda mientras continuaba besándola. Pero a ella la asaltaron imágenes de Duncan conduciendo su Cadillac rojo con ella en el asiento contiguo.

¿Realmente se había despertado aquella mañana al lado de ese hombre en Las Vegas? Adormilada, se había abrazado a él, pronunciando el nombre de Tony; sin embargo, al abrir los ojos, horrorizada, había gritado mientras Duncan Duke se reía de ella.

-Señora Duke, que ni siquiera reconozcas mi nombre significa que ha sido una magnífica noche de bodas.

¿Una buena noche de bodas? ¿Cómo podía decir ese hombre semejante barbaridad? ¿De qué estaba hablando?

-No es posible que estemos casados. Tienes edad de ser mi padre.

Él le había alzado la mano izquierda.

-Eso no te preocupaba anoche. ¿No te acuerdas? Tenías el corazón destrozado, me hablaste de Rene... Dios mío, cómo querías vengarte.

Duncan rió otra vez.

¿Vengarse? ¡No! No recordaba ninguna boda ni ninguna noche de bodas. En realidad, no recordaba casi nada, excepto aquellas estúpidas carreras de cerdos. Había bebido unas cervezas mientras le hablaba a Duncan de su sobrino Tony entre carrera y carrera. Después de las carreras, Duncan la había llevado a dar un paseo en coche y luego se habían montado en la avioneta de él. Pero no recordaba nada más.

-¿Hemos venido en avioneta a Las Vegas?

-Eso... y mucho más -Duncan le había besado la mano izquierda y el obsceno brillante relució-. Me hiciste proposiciones matrimoniales; según tú, eso escandalizaría al pueblo y le daría una lección al arrogante de mi sobrino.

-Creía que estabas enamorado de mi tía Patty.

-¡Nada mejor que matar dos pájaros de un tiro!

-¡Llévame a casa! ¡No te creo, no eres mi marido!

Duncan se había levantado, completamente desnudo, y le había enseñado los documentos y también unas fotografías de la ceremonia.

Ella se había quedado mirando las fotos en las que salía abrazada a Duncan.

-¿Te he besado? ¿Y qué más...? -pero asqueada, se interrumpió-. No, no me digas nada.

-Te daré todo tipo de detalles cuando quieras.

Ahora estaba de vuelta en casa, pero eso no cambiaba que estuviera casada con Duncan Duke. Y lo peor era que se encontraba en el establo de su tía besando al sobrino de su marido y gimiendo de placer. ¡Era una pesadilla... de la que no se iba a despertar! Era la realidad.

Puso las manos en el poderoso pecho de Anthony y lo empujó. Por fin, él la soltó.

Zoe alzó la mano en la que llevaba el brillante.

-He hecho algo de lo que no puedo echarme atrás -susurró ella con voz quebrada-. Es como una pesadilla. No puedo creer lo que he

hecho. Estaba tan dolida contigo... supongo que quería vengarme de ti.

-Cielo, te quiero tanto que estoy dispuesto a perdonarte lo que sea. Siempre te he querido. Desde que eras pequeña y te veía con esas coletas rojas. ¿Por qué te resulta tan difícil creerme?

-Porque yo soy yo y tú eres tú. Porque no tengo montones de amigas ni soy guapa.

-Te he dicho una y mil veces que eso es una manía tuya. Puedes conseguir lo que te propongas y estar con quien quieras.

-Estaba tan disgustada por lo de Rene y tú que me fui y... bueno, me he casado. Aunque la verdad es que no me acuerdo de nada.

-¿Que te has casado? -Tony le agarró la mano y se quedó mirando el anillo. Hizo ademán de hablar, pero ningún sonido salió de su garganta.

-Me he casado con tu tío Duncan -murmuró ella mirando al suelo.

-¿Qué?

Anthony le puso los dedos en la barbilla y le hizo levantar el rostro para mirarla a los ojos.

-Yo...

-¡Ese sinvergüenza sería mayor que tu padre si estuviera vivo! Es un degenerado.

-¡Lo sé!

-Creía que estaba haciéndole la corte a tu tía Patty. No hace más que pasearse en ese Cadillac que no habría podido comprar de no habernos robado las tierras.

-Se ha casado conmigo. No sé por qué lo ha hecho, pero lo ha hecho.

-Porque es un sinvergüenza.

No era un simple insulto, era la verdad. Y Duncan Duke se enorgullecía de ello.

El abuelo de Tony, Harry Duke, tenía dos familias: la oficial y la extraoficial. Y se entregaba a ambas por igual, con amor y pasión.

Henrietta Duke, la hija legítima de Harry, era la madre de Tony. Harry no se casó con la bonita y atrevida Eva, la madre de Duncan. Y cuando Harry murió, dejó la mejor parte del rancho familiar a su hija legítima, la obstinada Henrietta, su legítima heredera.



Sin embargo, el petróleo jugó su parte en el destino de la familia cuando se descubrió en las pobres tierras que Duncan había heredado. De la noche a la mañana, Duncan se convirtió en el hombre más rico de los tres condados vecinos, tres de los mayores condados de Texas. Desde entonces, compraba tantas tierras como le era posible y despilfarraba dinero a su antojo. Se había casado varias veces, cada esposa más guapa y más joven que la anterior. Su comportamiento disgustaba a la mayoría de la gente de la pequeña ciudad y más aún a sus dos hijas.

Henrietta, tras la crisis provocada en su negocio de cría de ganado debido a una tremenda sequía, se vio obligada a vender la casa del rancho a Duncan. También le vendió la mayor parte de sus tierras, que luego se las arrendó para poder mantenerse a sí misma y a su hijo Tony criando ganado.

-¡Las tierras de tu marido deberían ser mías; sobre todo, la casa!

-¿Es eso lo único que te preocupa, la casa del rancho y las tierras?

-¿Y qué te preocupaba a ti ayer cuando te casaste con Duncan? - preguntó Anthony con el rostro lívido.

-Te acostaste con Rene, así que eres el responsable de que hiciera la locura de casarme. Aunque... no logro acordarme de nada.

-¿Que no te acuerdas? ¡Ya! Y dejemos las cosas claras, yo no me he acostado con Rene. Sin embargo, tú has hecho algo que jamás te perdonaré. Ni yo ni nadie de la ciudad. Y tampoco te lo van a perdonar las hijas de Duncan, mis encantadoras primas Lana y Sue Ellen. Te van a sacar los ojos. ¿Por qué crees que Duncan se ha casado contigo? ¡Para vengarse de todos nosotros, para eso!

De repente, Anthony la agarró por los hombros.

-¿Qué haces?

Con sorpresa, se sintió rodeada por sus brazos.

-Voy a besar a la novia.

De repente, Anthony la aprisionó entre su cuerpo y la pared y la besó con dureza. Ella no pudo evitar gemir de placer y recordar el día anterior, cuando sus cuerpos se unieron.

Tony se apartó de ella y se echó a reír.

-¡Felicidades, señora Duke!

-Lo siento -dijo Zoe sollozando-. Por favor, hazme el amor.

-¿Sabiendo que mi tío Duncan ha pasado la noche contigo? No, ni hablar. Puede que a él no le importen los segundos platos que yo dejo, pero a mí sí.

-¿Cómo te atreves a...?

Zoe, sin poder negar la verdad de las palabras de Tony, cerró los ojos avergonzada.

Él le lanzó una última y burlona mirada. Después, giró sobre sus talones, se dirigió a la escalerilla y empezó a bajar.

Zoe se dejó caer encima de la paja.

-Tony... lo siento... -dijo Zoe sollozando.

-Has conseguido lo que querías, el rancho. El rancho Duke.

-No, no es lo que yo quería, sino lo que tú querías.

-Cazafortunas.

-Tony, déjame que te lo explique. No me importa lo que los demás piensen de mí, ni siquiera mi tía Patty. Pero tú... tengo que explicártelo.

-No hay nada que explicar. Hicimos el amor y luego te casaste con un hombre rico, que odia a su propia familia, por dinero. Se lo has quitado a tu tía. No comprendo cómo pude enamorarme de una mujer tan superficial como tú.

-¿Enamorarte? ¿Estabas enamorado de mí?

-Ya no, tía Zoe -respondió Tony con dañina ternura.

Zoe se acercó al borde del granero y empezó a llorar con amargura.

-¡Felicidades! -dijo él en tono burlón antes de salir del establo.

Zoe se quedó sola en la oscuridad del pajar. Oyó el motor de la camioneta de Tony y el ruido del coche alejándose. Ella permaneció allí, abrazándose a sí misma.

Después de un tiempo, Zoe bajó la escalerilla y salió del establo. El sol se veía rosado y bajo en el horizonte.

Impulsivamente, se quitó el anillo. Con los ojos cerrados, empezó a dar vueltas frenéticamente y, cuando casi no podía sostenerse, lanzó el anillo a los pastos con toda la fuerza de la que fue capaz antes de dejarse caer en el suelo, mareada y vomitando.

Cuando oscureció, ya se sentía un poco mejor. De repente, le pareció de vital importancia encontrar el anillo. Se levantó y comenzó a examinar los pastos, pero no encontró el anillo.

<https://www.facebook.com/novelasgratis>

No quería estar casada con Duncan Duke, quería devolverle su anillo. Pero lo había tirado. Además, ¿qué importancia tenía? Lo único que realmente le importaba era lo que Tony pensara de ella, y Tony la odiaba.

¿Qué iba a hacer?

## Capítulo Uno

Anthony Duke tembló de frío y de soledad mientras cruzaba con la camioneta las puertas de hierro forjado de la verja del cementerio Memory Lane.

-Ve más despacio, hijo -le ordenó su madre.

Anthony pisó el pedal del freno.

Quizá se sintiera solo, pero no lo estaba. Henrietta Duke, su baja y corpulenta madre, que tenía una voluntad de hierro, estaba sentada a su lado, frotándose las rodillas con movimientos circulares. Noah, su activo hijo de ocho años, estaba en el asiento posterior haciendo un ruido enervante con su aparato electrónico de juegos.

La sensación de soledad no le era extraña, era su compañera desde hacía años, tanto si estaba con Rene y con Noah como si estaba solo en los pastos con el ganado vacuno, o como si estaba en los establos de cría donde trabajaba en la mejora de las especies de venado para vender a otros rancheros.

El calor y la luz habían desaparecido de su vida mucho antes del fallecimiento de Rene.

-¡Papá! ¿Cuántos niños pequeños tienen una madre nueva?

Anthony maldijo para sí. Otra vez la misma pregunta.

Rene había fallecido hacía un año. Sus empleados en el rancho, su madre y su hijo no dejaban de presionarlo para que volviera a casarse.

El silencio invadió la cabina de la camioneta. ¿Por qué los cementerios le parecían los lugares más silenciosos del mundo? ¿O solo era su impresión debido al sentimiento de culpa? No tenía derecho a estar allí.

-Papá, ¿a los niños pequeños no se les da una madre nueva?

Anthony sintió un enorme peso en el pecho.

-Ya hemos hablado de esto en otras ocasiones. La respuesta es "no".

-Si te casaras otra vez, ¿no tendría yo una nueva madre?

Anthony apretó el volante con las manos y continuó conduciendo hacia la tumba de Rene.

-Hemos venido por ser hoy el aniversario de tu madre, no podemos sustituirla. No voy a volverme a casar. Punto.

-¿Por qué pondrá la gente en las tumbas esas horribles flores de plástico? -comentó su madre en voz baja-. ¿Es que no se dan cuenta de que con este sol que tenemos en Texas se estropean enseguida?

-Porque las flores naturales mueren.

Anthony se arrepintió inmediatamente del comentario. Su madre lo miró y él mantuvo los ojos en el negro asfalto.

-En fin, a excepción de esas horribles flores, este lugar es el más bonito de todo el condado -declaró-su madre-. ¡Mira qué árboles! Aparte del ébano y del roble, al resto se le han caído ya las hojas.

Anthony apretó los dientes.

-La hierba está casi marrón, pero aún hay algunas zonas verdes - continuó ella, aún frotándose las rodillas.

-¿Crees que estoy ciego? No tengo problemas en ver los árboles y la hierba.

Su madre dejó de describir círculos en sus rodillas.

-Estás un poco nervioso, ¿no? Lo que te ocurre es que pasas demasiado tiempo solo.

-Mi vida no es asunto tuyo.

-¿A qué vida te refieres? Y no me digas que mi hijo y mi nieto no son asunto mío.

Anthony aminoró la velocidad al acercarse a la tumba de su difunta esposa.

-¡Ahí está la tumba de mamá! -gritó Noah. Anthony apagó el motor y abrió la portezuela, pero el fuerte viento volvió a cerrarla.

Un enorme sentimiento de culpa lo embargó. ¿A quién intentaba engañar con esas visitas a la tumba de Rene? No tenía derecho a fingir llorar la muerte de su perfecta esposa.

Sin embargo, había fingido durante ocho largos años, ¿no? El y Rene habían engañado a todo el mundo, excepto a sí mismos... quizá con la excepción de su madre y de la tía de Zoe, Patty.

Era el uno de febrero; no obstante, el sol del mediodía era cálido. La tormenta de hielo que había azotado la mayor parte del país no había llegado al sur de Texas. La temperatura era lo suficientemente agradable como para ir con una camisa de algodón y unos vaqueros, como él iba.

-Estamos solos -declaró Henrietta desabrochándose el cinturón de seguridad.

-La gente no suele ir a pasar el día a los cementerios -comentó Anthony.

-Sssss -murmuró su madre.

-¿Es necesario que hablemos en voz baja? No hay nadie más.

-Mamá está aquí -dijo Noah con voz queda.

“No, no está en este mundo. Acéptalo. La gente muere. Miles, millones de personas mueren tan jóvenes como Rene. Pero el mundo sigue girando. El tiempo pasa. La gente te traiciona, te mata por dentro aunque tu cuerpo siga vivo”.

Anthony se dio la vuelta en el momento en el que Noah metió el juego en su mochila. Luego, miró a las manos de su hijo, que sujetaban un ramo de flores. Pensó en la solemne expresión del pequeño cuando arrancó las flores, una por una, de los pastos contiguos a la casa.

-A Rene le encantaban las flores -dijo Henrietta.

-¿Cuándo florecen los lupinos, papá?

-En marzo -Anthony contestó secamente porque los lupinos le recordaban a una persona en la que no quería pensar.

-¿Te acuerdas cómo le gustaban los lupinos a mamá, papá?

La imagen de una chica con un vestido azul, una chica que no era Rene, lo asaltó. Trató de sustituir esa imagen con la de Rene, pero, como de costumbre, no lo logró.

Antiguas novias. ¿Se obsesionaban los demás hombres tanto como él con las antiguas novias?

-Cuando florezcan los lupinos, ¿podríamos recoger unos y traérselos a mamá?

-Sí, claro -Anthony volvió a abrir la puerta y salió de la cabina de la camioneta rápidamente, sin darle tiempo a volver a cerrarse.

-¿Te ocurre algo? -le preguntó su madre en voz baja.

Anthony se encogió de hombros. Se ponía muy nervioso cuando Noah salía rápidamente de la camioneta con su ramo de flores en una mano, en la otra un termo, y corría hacia la tumba de su madre. Era como si el niño esperase que su madre saliera de la tumba para abrazarlo.

-¿Por qué demonios nos tiene que traer aquí todas las semanas?

-Sssss -susurró su madre-. Vamos, acompáñalo. Sé que no te resulta fácil, pero tampoco te cuesta tanto.

-¿Cuándo va a dejar de pensar en ella?

-¿Cuándo vas a hacerlo tú?

Sus miradas se encontraron. ¿Por qué su madre no dejaba de mirarlo? No soportaba la facilidad con la que su madre interpretaba sus reacciones.

Las hojas secas crujieron bajo sus botas cuando empezó a caminar. Pronto se colocó a espaldas de Noah, que, con el termo, echó agua en las urnas que adornaban la enorme tumba de piedra gris. Con cuidado, Noah se arrodilló y empezó a colocar las flores en las urnas. No había recogido suficientes, y una ráfaga de viento las hizo volar, haciéndolas caer en la hierba y en otras tumbas.

Noah empalideció.

-Papá...

Noah echó a correr tras las flores. El viento continuó trasladándolas de un sitio a otro. El niño volvió a la tumba con los ojos brillantes y las pestañas mojadas. Miró a su padre, pero Anthony tenía los ojos fijos en dos flores separadas de sus tallos.

-No he podido recogerlas.

El niño tenía el cabello muy rubio y sus enormes ojos fijos en Anthony. ¿Por qué era el vivo retrato de su madre?

Anthony se arrodilló e instó a su hijo a que se le acercara.

Noah, que siempre se había arrojado con facilidad a los brazos de su madre, sujetó las flores que había podido recuperar y bajó la cabeza.

Anthony enrojeció, no sabía qué decir. Entonces, leyó las fechas grabadas en la piedra de la lápida justo debajo del nombre de Rene. Estaba enterrada al lado del padre de él, Anthony Bond Field.

-Tu padre también murió muy joven -dijo Henrietta-. Solo tenías un año cuando lo trajeron a casa.

-No me acuerdo de él. Y a ti nunca te ha gustado hablar de él. ¿Por qué volviste a adoptar tu apellido de soltera?

-Porque me dejó cuando naciste. No fue un buen marido y, por supuesto, tampoco fue un buen padre. El nombre de Duke era mucho más importante que el de Field por estas tierras, por eso volví a adoptar mi apellido de soltera. No me quedó más remedio

que hacer de madre y de padre contigo, lo mismo que tú tienes que hacer con Noah.

Anthony miró la tumba. Rene estaba muerta.

Noah se alejó de él y corrió hacia su abuela. Anthony, despacio, se puso en pie.

Anthony se sentía tan muerto como lo estaba su esposa. Cerró los ojos y se los cubrió con las manos. Vivía en un infierno.

Abrió los ojos y miró a su madre, que rodeaba a Noah con los brazos.

¿Cuándo se habían torcido las cosas? Sabía cuándo.

De nuevo, la imagen de un bonito rostro y un vestido azul acudió a su mente. No era el rostro de Rene. Nunca era el rostro de Rene. Era un rostro delgado y joven de ojos marrones, largas pestañas y pelo castaño rojizo.

Y sabía por qué. Ese rostro era el motivo de que se sintiera vacío por dentro. Había engañado a Rene de todas las maneras posibles y lo había hecho a causa de una mujer que lo había traicionado de la peor forma posible.

Miró fijamente la tumba de su esposa.

-¿Qué demonios puedo hacer ahora para arreglarlo, Rene? Tengo treinta años.

-¿Solo treinta? -dijo su madre.

Anthony se dio cuenta de que había hablado en voz alta.

-Deberías hacer nuevos amigos -dijo su madre, que asintió en dirección a Noah-. Deberías pensar en él.

Noah, delgado y pequeño, con cabellos rubios, estaba caminando hacia la camioneta.

-Si te refieres a mujeres... olvídale.

-Tienes que hacer algo, tienes que hacerlo por tu hijo -insistió su madre.

-Tú nunca volviste a casarte. Voy a decirte lo que voy a hacer, voy a comer. ¿Qué te parece un buen filete?

-Le has prometido a Noah que iríamos a comer a Madame Woo...

-¡Ese maldito restaurante chino otra vez! Coma lo que coma allí, sigo teniendo hambre.

-Ssss...



Rene siempre había estado a dieta con el fin de mantener su perfecta figura. Su restaurante preferido había sido Madame Woo.

Anthony volvió a ver aquel vestido azul y enrojeció al instante. El sentimiento de culpa lo asaltó una vez más- Volvió el rostro antes de que su madre pudiera adivinar lo que estaba pensando. Después, con pasos largos y rápidos, se dirigió a la camioneta.

-¡Noah, nos vamos ya! -dijo Anthony en tono brusco.

-La próxima vez, ¿podemos traerle lupinos?

-Sí, claro. Vamos, entra.

De camino al restaurante, Henrietta contó anécdotas a Noah con el fin de aliviar la tensión. De vez en cuando, hacía pausas para darle a su hijo la oportunidad de intervenir en la conversación. Al no obtener respuesta de él, su tono fue haciéndose más animado, decidida a alegrar a su nieto.

Noah, sentado en el asiento posterior, guardaba un silencio absoluto. El niño tenía el rostro pegado al cristal de la parte trasera de la camioneta y contemplaba el cementerio mientras se alejaban.

Cuando llegaron a Madame Woo, Noah corrió por delante de la camarera y se sentó en la mesa preferida de Rene, en un rincón al lado de los ventanales. Cuando los tres hubieron ocupado sus asientos, la camarera retiró el cuarto servicio.

-¡No! -gritó Noah.

-Perdón, no sabía que esperaban a alguien. Nadie dijo nada. Noah agarró la cubertería y los palillos y empezó a colocarlos de nuevo.

-No me acuerdo dónde se pone el tenedor... -los ojos azules de Noah se clavaron en Anthony.

-No importa, estamos los tres solos, no hay nadie más. Por favor, llévase el servicio -Anthony apartó el servicio hacia un lado.

Noah se echó a llorar. Antes de que Henrietta pudiera tomarlo en sus brazos, el niño echó a correr, deteniéndose en la pecera.

-No puedo creer lo insensible que... -comenzó a decir Henrietta.

-Rene está muerta. Lo siento, pero así es -la interrumpió Anthony-. Yo no tengo la culpa, así que no veo qué puedo hacer al respecto. Hace ya un año que murió.

-Hoy habría cumplido treinta años.

Otra camarera se les acercó.

-¿Les traigo algo de beber?

-Agua. Tenemos prisa, así que pediré los menús también -murmuró Anthony-. Mi madre siempre pide el número ocho.

-¿El menú vegetariano? -preguntó la camarera mientras anotaba el menú.

-Sí. Y, para mí, el cerdo agri dulce -dijo Anthony-. Y pollo con verduras para mi hijo.

Anthony cerró la carta bruscamente, se levantó y fue a buscar a Noah.

Noah, con desgana, volvió a la mesa con su padre, pero no permitió que su abuela lo abrazara. Cuando les llevaron la comida, miró a su padre y, de mala gana, pinchó con el tenedor un trozo de brócoli y un champiñón.

-El brócoli es muy sano -dijo Henrietta.

Noah arrugó la nariz.

Por fin, Henrietta dejó de intentar entablar conversación con su hijo y con su nieto. Comieron en silencio hasta que la camarera les llevó la cuenta y papeletas chinas de la suerte.

Cuando Anthony alargó la mano para agarrar la última papeleta, una ráfaga de viento sacudió las persianas.

Henrietta abrió su papeleta, lanzó una mirada a su hijo y leyó:

-“Una palabra amable reconforta a una persona durante años”.

-“Te va a ocurrir algo maravilloso” -leyó Noah-. ¿Una mamá nueva, abuela?

-¡Otra vez con lo mismo! -exclamó Anthony en tono de advertencia.

Noah se inclinó hacia su abuela.

-¿Se cumple lo que dicen las papeletas?

-Algunas veces... si es que lo crees con todo tu corazón -le susurró su abuela.

Noah cerró los ojos apretando los párpados. De nuevo, el viento sacudió las persianas.

-No le hagas creer esos cuentos -dijo Anthony abriendo su papeleta.

Cuando la leyó, hizo una bola con ella.

-¿Qué decía, papá?

-Nada.

Anthony se levantó de la mesa mientras su madre desdoblaba el arrugado papel. La voz de Henrietta lo siguió mientras se acercaba a la caja para pagar.

-“Tendrás un encuentro explosivo con una deshonrosa mujer”.

-¿Qué es una deshonrosa mujer, abuela?

Un pequeño rostro y un vestido azul acudieron a la mente de Anthony. Las manos le temblaron cuando se sacó la cartera del bolsillo trasero del pantalón. Su madre lo estaba mirando con un peligroso brillo en los ojos.

-¡Zoe! -exclamó Henrietta con voz alegre-. Zoe Duke. Tu tía Zoe. Es la “Deshonrosa Lomas”. Anthony, ¿te acuerdas del periodista que la llamó así cuando aquel escándalo en el que tus primos la denunciaron? ¡Esto es estupendo!

-No menciones a Zoe Creighton delante de mí...

-Zoe Duke. Es tía tuya, Noah.

-No es nada suyo -Anthony volvió a la mesa y le arrebató a su madre la papeleta-. Y no sonrías así, mamá.

Con enfado, se metió el papel en el bolsillo.

-¿Queréis que os lleve a casa o no? -preguntó Anthony al ver que ni su madre ni su hijo se habían movido-. ¿U os vais a quedar a dormir aquí?

-¿Quién es la tía Zoe, abuela? ¿Qué le pasa a papá?

-Es una larga historia -contestó su abuela.

A Henrietta, la lógica le decía que debía despreciar a Zoe por haberse casado con su medio hermano, la oveja negra de la familia y el propietario del rancho Duke. Sin embargo, ¿qué persona se guiaba solo por lo lógica? Ahora, Zoe era la propietaria del rancho y de la casa, y Anthony no se había olvidado de ella. Zoe era dulce y flexible. Se llevaban bien, podría ser la nuera perfecta. Además, ¿qué otra forma había de recuperar el rancho? Y también estaba Noah, que quería otra madre.

-Me gustan las historias -declaró Noah.

-Esta es muy larga.

¿Y si Anthony seguía enamorado de Zoe? ¿Y si ella también lo amaba? ¿Y si había una manera de deshacer los entuertos? ¿Y si una mujer inteligente se hacía cargo del problema?

Henrietta acarició la cabeza de su nieto.

-Vamos, alcanza a tu padre. Y que no se le ocurra marcharse sin mí.

Cuando la puerta de cristal del restaurante se cerró al salir su nieto, Henrietta sacó su teléfono móvil del bolso y marcó el número de Patty Creighton, su enervante mejor amiga. Patty se paseaba como una reina por la pequeña ciudad; sobre todo, desde que la muerte de Duncan había convertido a Zoe en la mujer más rica de aquel condado y de los vecinos, incluso después de los juicios.

Después de que Zoe se marchara a Manhattan para jugar a ser editora, Patty se instaló en la casa del rancho Duke y se puso a representar el papel de dama y señora. Patty era tan extravagante, quizá incluso más, que Duncan lo había sido; todos los años se compraba un Cadillac nuevo de color rojo.

-¿Por qué te los compras todos rojos? -le había preguntado ella en una ocasión.

-Para que la gente no olvide a Duncan.

Patty tenía doce abrigos de piel en un armario refrigerado. También tenía un amante joven. ¡Dinero! ¡Lo que el dinero hacía con la gente! Como de costumbre, Patty, que era una vaga, no se molestó en levantarse a descolgar el teléfono.

-Patty, contesta -dijo Henrietta cuando saltó el contestador automático-, soy Henrietta. Vamos, deja de jugar al bridge en el ordenador y contesta de una vez.

Patty había engordado un kilo por año desde que se conocían, desde que eran pequeñas. Treinta y tantos años, a kilo por año, sumaba bastante.

-Hola -dijo Patty con respiración sonora.

-¿A qué se dedica Zoe últimamente?

Patty continuó respirando trabajosamente.

-Tengo el pecho...

-¿No te parece que deberías ir al médico...?

-¿A qué viene esta conversación? ¿O me has llamado para meterte en mis asuntos por distraerte?

-Te he preguntado por Zoe.

-Ahora mismo iba a llamarla.

-Sigue soltera, ¿verdad?

<https://www.facebook.com/novelasgratis>

-Que yo sepa, sí. Dice que Nueva York no es el mejor sitio para encontrar a un hombre.

-Se me ha ocurrido una idea estupenda.

-¡Oh, no! Me parece que se avecinan problemas.

-Con letras mayúsculas. Se refiere a tu hija y a mi hijo.

Patty respiró profundamente.

-¡Cuenta!

## Capítulo Dos

-¡Guau! ¡Tienes otro best seller!

-Solo soy la editora -susurró Zoe.

-Por favor...

Ursula, la directora de ediciones de Field and Curtis Publishing, era negra y guapísima. A pesar de contar cuarenta y muchos años, tenía el rostro y el cuerpo de una supermodelo. En general, era discreta y tranquila, se enfrentaba a los problemas sin mostrar ninguna emoción.

Pero ese día era una excepción. Ursula lloró y ríó mientras leía el manuscrito de Verónica Holiday. Verónica emocionaba a sus lectores. El libro iba a publicarse con retraso, como de costumbre, pero iba a ser otro best seller.

Ursula, que era una vieja amiga de Patty, tenía un impresionante despacho con cristaleras que mostraban una extraordinaria vista de los rascacielos de Manhattan.

“Algún día”, pensó Zoe paseando la mirada por el moderno escritorio de su jefa. Comparó ese despacho con el suyo, un cubículo sin ventana desordenado, lleno de notas, de correo sin abrir, manuscritos y pósters de actores de cine colgando de las paredes. Como ratón de biblioteca que era por naturaleza, a Zoe le encantaba el contacto con los autores. Era el resto, la correspondencia y las reuniones, lo que la ponían nerviosa. Además, era un desastre en lo que a la política del departamento se refería. ¿Por qué no era organizada?

Ursula continuó secándose los ojos.

-¿Más pañuelos?

Ursula pasó la última página.

-No, otra vez no.

-Me temo que...

Cuando Ursula arqueó las cejas de su rostro de belleza clásica, a Zoe le dio un vuelco el estómago.

-Bueno, ¿cómo termina?

Para disimular el miedo, Zoe se pasó la mano por el cabello, que llevaba recogido en una cola de caballo, mientras pensaba en una respuesta.

-¿Que... cómo termina?

-Eso es lo que he dicho.

Zoe titubeó. ¡Pero ella era editora! Y no una simple editora, sino la editora asociada en una carrera ascendente. Y todo se lo debía a haber sido quien había descubierto a Verónica Holiday; aunque, por aquel entonces, Verónica no era conocida. Y tampoco se llamaba Verónica Holiday, sino Noahita López, una mujer sencilla y entrada en carnes.

Zoe la descubrió un día que debería haber estado en una reunión de editores.

Nadie podía olvidar aquel día en Field and Curtis. Ursula había enviado a su secretaria a buscarla, y la había encontrado sentada en el suelo de su cubículo rodeada de papeles leyendo aquella maravillosa novela titulada *Malos novios*.

La novela, que había dejado a Zoe hipnotizada, trataba sobre una mujer casada que no podía olvidarse de su antiguo y poco recomendable novio.

El novio tampoco había podido olvidarla y empezó a seguirla.

Como de costumbre, Verónica había enviado su primera novela sin un final. Zoe se dio cuenta inmediatamente de cómo debía terminar, y llamó a Verónica. El producto final causó furor. Desde entonces, todos los libros de Verónica Holiday se vendían extraordinariamente bien.

El problema para Zoe era que su éxito profesional dependía de Verónica... y Verónica era, además de famosa e inteligente y algo neurótica, una persona irresponsable.

¡Y difícil de tratar!

Zoe pensó en el cabello de Verónica; cada vez que la autora iba a hacerles una visita a Nueva York, llevaba el pelo de un color diferente. La noche anterior era naranja y de punta. Y respecto a su peso... Seis meses atrás, estaba gorda; la noche anterior, era un fideo con una blusa transparente y pantalones ceñidos de cuero. Y también tenía una nariz nueva que le sentaba muy bien.

-¿Qué has hecho con los rizos rubios? -le había preguntado Zoe mientras cenaban en el restaurante preferido de Verónica.

-Los rizos rubios no me sentaban bien.

-Ya.

-¿Dónde está el resto? -insistió Ursula disimulando su impaciencia.

Zoe le había hecho la misma pregunta a Verónica la noche anterior. Verónica le había contestado con un gemido.

-Bueno... estamos... Quiero decir que Verónica está en ello -contestó Zoe.

-Esta vez, se ha metido en un callejón sin salida.

-Eso es lo que hace que sus libros sean extraordinarios -murmuró Zoe en tono defensivo-. Sus personajes son vulnerables e impulsivos, se meten en los líos más increíbles.

-Las tramas de sus libros son tan extraños como los personajes. El casco del barco, que tiene suficientes sustancias tóxicas como para destruir el océano, se está rompiendo debido a la tormenta. El protagonista, que ha sufrido heridas de puñal, está encerrado. El malo, que es un maníaco sexual, tiene a la chica y al niño. El protagonista...

-Cuando Czar lo está persiguiendo con una ganzúa... creí que me iba a dar algo.

Zoe siempre había tenido excesiva imaginación, le encantaban las novelas de fantasía. De hecho, seguía imaginando situaciones fantásticas con un vaquero del pasado.

“No pienses en él”, le dijo una voz en su propia cabeza. “Otra vez con lo mismo”, le dijo otra voz.

Ursula se pasó la mano por el cabello liso negro.

-Bueno, ¿a qué esperas? ¿Qué estás haciendo aquí todavía?

-¿Cómo? Trabajo aquí.

Ve a la Plaza Athenee y pon a escribir a Verónica.

-Hoy va a ir a almorzar al Café Ruso. Al parecer, tiene un traje nuevo dorado que hace juego con el decorado del café.

-¿Hace algo que no sea comer, dormir y comprarse ropa lo más extravagante posible?

-Los hombres. Desde que está delgada y guapa, se dedica a perseguir a los hombres.

-¿Cuándo?

-¿Cuándo qué? -preguntó Zoe sin comprender.

-Que cuándo es el almuerzo en el Café Ruso. ¿Se te ha olvidado que tenemos un best seller sin final?

-A las doce y media.



Ursula se miró el reloj y lanzó un gemido.

-Dios mío, vas con retraso. Como de costumbre. ¡Encuétrala! ¡Tú eres su musa, ponla a escribir! ¡Ahora mismo!

-Las dos. ¡No, las dos y diez!

El altivo camarero estaba cada vez más irritado. Debía de haberle preguntado una docena de veces si quería pedir ya la comida.

-Verónica, ¿dónde te has metido?

Cuando las dos elegantes mujeres que ocupaban la mesa de al lado se volvieron y la miraron, Zoe se tapó la boca con una mano. Tenía la mala costumbre de pensar en voz alta. Además, para empeorar la situación, iba con ropa de trabajo: una falda negra y un jersey.

En vez de leer el menú otra vez, que ya se sabía de memoria, Zoe miró a la puerta y luego a su propio reflejo en las paredes cubiertas de espejos. Una masa de cabello castaño rojizo adornando un rostro sumamente blanco.

Se la reía angustiada. Estaba sola. En una palabra, daba pena.

“¿Es que no sabes que el cabello largo y revuelto está pasado de moda en Nueva York?”, se tocó el cabello. “Debería cortármelo”.

Como siempre, otra voz dentro de su cabeza contestó. ¿Tenía todo el mundo voces en la cabeza, o eran solo los escritores frustrados y los editores?

“Desde que viniste aquí hace seis años llevas preguntándote lo mismo”.

“La raíz del problema es que soy una provinciana. Cualquier chica de una pequeña ciudad de Texas sabe que tener mucho pelo es poder. Poder sobre...”.

De repente, la imagen de Anthony con los dedos enterrados en sus cabellos le vino a la mente. Anthony. ¿Por qué no podía olvidarlo? ¿Por qué seguía pensando en él?

¿Acaso ninguna mujer lograba olvidar a su primer amante? Quizá se identificaba con las protagonistas de Verónica porque la autora, igual que ella, era increíblemente vulnerable e impulsiva, la forma segura de meterse en líos y seguir soñando con antiguos novios.

A Anthony le había encantado su pelo, jugueteaba con él cuando la besaba. Nadie en Manhattan la había hecho sentirse tan deseada.

Habían transcurrido nueve años.

“No pienses en él”, se ordenó a sí misma. “Él fue el motivo por el que te marchaste de Texas, no el escándalo”.

Después de la muerte de Duncan y de los juicios con las hijas de él sobre la herencia, Zoe logró acabar sus estudios. Después de graduarse, lo único que quería era marcharse de Lomas y alejarse de Anthony, de Rene y de su hijo; alejarse de todas las personas de allí, que la odiaban por haberse casado con aquel rico sinvergüenza.

¿Acaso era culpa suya que Duncan hubiera sufrido un ataque al corazón cuando ella le dijo que había perdido el anillo y que quería el divorcio o la anulación del matrimonio? Al parecer, una semana antes de su boda, Duncan se había enterado de que tenía aneurisma y no era operable. El mismo se la había confesado:

-Decidí que, si iba a morirme, quería hacerlo con un estallido. ¡Tú eres el estallido!

Duncan tuvo una pelea a lo grande con sus dos hijas en el hospital por lo de la boda.

-Tiene treinta años menos que tú -gritaron sus dos hijas.

-Por favor... soy un hombre en su lecho de muerte.

Completamente cierto. Tenía tubos y cables conectados al cuerpo. Bolsas de líquido entrándole gota a gota en las venas.

-Ella solo quiere tu dinero.

-¿En serio? -Duncan había tirado de ella, atrayéndola hacia sí, y docenas de luces rojas parpadearon en el monitor-. En ese caso, será mejor que le dé lo que quiere, ¿no?

Deberían haber sabido lo perverso que era. En primer lugar, había cambiado su testamento y le había dejado todo a ella. Después, envió copias del nuevo testamento a sus hijas, a Anthony y a Henrietta para irritarlos aún más. Sus hijas volvieron a acosarlo; en esta ocasión, a las puertas de la iglesia metodista. Él se llevó las manos al corazón al sufrir un segundo ataque cardíaco, y murió allí mismo, en los brazos de ella.

Cuando Zoe se arrodilló a su lado, las últimas palabras de Duncan fueron:

-No me importa lo que cueste, pero no dejes que se lleven ni un céntimo. Me han matado. Ah, y acaba los estudios, no dejes que

nuestro loco matrimonio te impida terminar... -Duncan jadeó, parpadeó y su sonrisa desapareció para siempre.

-¡Por favor, que alguien me ayude! -gritó Zoe.

De repente, Anthony se arrodilló a su lado.

-Me temo que ya no hay nada que hacer.

-Es culpa mía.

Él le puso los dedos en la barbilla y la obligó a alzar la cabeza.

-No -dijo él con una ternura que la sorprendió-. Estaba muy enfermo.

-Oh, Anthony...

Entonces, Rene lo llamó. Anthony se puso en pie y le dio la mano a su mujer.

-Hasta la vista, Zoe -dijo Rene.

Zoe, por supuesto, llegó a un acuerdo con las hijas de Duncan, que se llevaron una sustanciosa cantidad de dinero; sin embargo, eso no les impidió hablar mal de ella y llamarla "cazafortunas". Los rumores se habían extendido de tal manera que a ella le resultaba imposible ir por la calle sin que la gente la mirase y la tratara como a una mujer sin escrúpulos.

No obstante, fue un moreno vaquero y su hijo lo que la obligó a vivir en Nueva York y a demostrarle a todo el mundo que no necesitaba el dinero de nadie.

Podía ganarse la vida. Había conseguido ganarse la vida por sí misma.

Pero seguía huyendo de Anthony. No podía olvidar la última vez que lo vio: él sonreía a Rene en la iglesia. Rene estaba delgada y enferma, pero la forma como sonreía a su marido la hizo parecer radiante. Y él... él había dado la impresión de estar pasando por una agonía. Debía de amar mucho a Rene, la esposa perfecta. Y ella, mientras los miraba, se había sentido abandonada e insignificante.

Había ido a Nueva York a causa de él, con el corazón destrozado y decidida a abrirse camino en aquella difícil ciudad. A él era a quien quería demostrarle quién era. Y lo iba a conseguir. ¡Lo iba a conseguir!

El matrimonio de Anthony había sido el matrimonio perfecto, con su perfecta esposa y su perfecto hijo. Ahora que Rene estaba muerta,

Anthony no lograba recuperarse de su pérdida. La tía Patty siempre le hablaba de las visitas semanales al cementerio.

-Siempre le lleva flores. Se ha dejado el corazón en la tumba, con ella. Dice que nunca volverá a casarse...

-Lo siento por él, pero no vuelvas a hablarme de Anthony.

-Y su hijo... es un niño encantador. Es igual que Rene, y necesita una madre.

-Cállate.

-¿Y tú? ¿Cuándo vas a volver a casarte? -le había preguntado la tía Patty en forma sospechosa.

-Ya lo he hecho y no volveré a hacerlo.

-Me refiero a un matrimonio de verdad.

-Sé que lo haces con buena intención, pero me molesta que te metas en mi vida privada, tía Patty.

-¿Tienes novio?

-Abdul.

-¿Qué clase de nombre es ese?

-Se apellida Izzar y es de Irak.

-Oh. ¿No tienen harenes por esos sitios?

-Abdul ya es ciudadano americano.

-Abdul Izzar. No sé, cariño...

-Es muy inteligente y tiene un buen trabajo.

-¿Por qué no vuelves a Texas? Esta es tu casa.

-Porque he venido aquí persiguiendo un sueño.

-Un sueño que aún está por realizarse.

-Oh, tía Patty...

-¿Qué tiene de malo casarse y tener hijos?

-El planeta está superpoblado.

-Piensas eso porque vives en Nueva York y lees demasiado.

Zoe no estaba segura de haber conseguido nada en todo el tiempo que llevaba viviendo en Nueva York. A veces se despertaba por las noches sintiéndose sola y perdida, la cabeza llena de imágenes de Anthony.

Siempre soñaba lo mismo. Al principio, la envolvía una oscuridad absoluta, estaba sola y temblaba de miedo. Después, sentía que alguien aparecía y la oscuridad empezaba a desvanecerse. La mano morena de Anthony la agarraba y tiraba de ella hacia él. Ella lo deseaba y veía deseo en los ojos de Anthony...

Pero se despertaba antes de hacer el amor con él. Después, continuaba despierta, deseándolo. Nueve años. ¿Cuánto tiempo más necesitaba para olvidar a un hombre que no la había dejado explicarse, que había seguido con su vida como si nada hubiera ocurrido, como si ella no le importara?

Cuando vio que le resultaba imposible encontrar trabajo en Nueva York por sí misma, la tía Patty había llamado a una amiga suya, Ursula, para decirle que su sobrina era un ratón de biblioteca que tenía varias novelas sin publicar en el ático, y le arregló una entrevista.

Zoe estaba jugueteando con los cubiertos cuando su teléfono móvil sonó.

-Soy yo -dijo Verónica-. No puedo ir a almorzar contigo. Ni siquiera sé si seguiré viva mañana.

-Oh, Dios mío.

-Me he pasado por un café y... he comido tres bocadillos de queso y croissants.

-¡Croissants!

-Untados con mantequilla y mermelada. ¡Azúcar! ¡Me he metido azúcar en el cuerpo!

-Eso es terrible -dijo Zoe-. ¿Dónde estás? Voy a ir a buscarte...

-Estoy conectada a Internet. ¡Horror!

-Te he dicho que no volvieras a hacerlo.

-Yo... iba a escribir, pero antes me he conectado a la Red...

-Bien.

-Pero...

-Pero ¿qué? -dijo Zoe.

-Una imbécil ha escrito que mi novela Lovers Don't Tell es horrorosa

-Verónica se echó a llorar.

-¡Esa novela ha ocupado el número uno de las listas de best sellers! No hagas caso, debe de ser una envidiosa. Desgraciadamente, hay mucha gente así.

-Me ha asesinado profesionalmente.

-Verónica, ven a almorzar conmigo.

-¿Estás loca? No me puedo abrochar el pantalón después de todo lo que he comido. No, me voy a dar un paseo por el parque para quemar calorías.

-Estupendo. Me reuniré contigo en el parque.

-Estoy demasiado deprimida para ver a nadie.

-Por eso es por lo que...

Verónica colgó.

Zoe se quedó mirando al teléfono.

-Perdone, señora... -el altivo camarero la miró de arriba abajo.

-No soy una alienígena -le dijo ella bruscamente.

-¿Va a pedir ya la comida, señora?

-La cuenta, por favor -le contestó Zoe.

Chelsie, el barrio en el que Zoe vivía, era parecido a otras zonas acomodadas de Manhattan, con la excepción de que muchas de las atractivas parejas paseándose por delante de las casas de finales del siglo XIX eran parejas formadas por hombres. Era tarde, había empezado a oscurecer. Mientras pasaba por delante del edificio Flatiron camino a su casa, Zoe se sentía manipulada, estresada y más ineficiente que de costumbre.

El día había ido de mal en peor. Había pasado una hora en el parque buscando a Verónica. Al no encontrarla, había vuelto a la oficina.

Ursula la encontró en la sala de fotocopias.

-Dime, ¿qué tal va el libro?

-Verónica está en ello.

Al marcharse Ursula, Zoe se sentía tan culpable por haber mentido que, con los nervios, metió mal una página en la anticuada fotocopidora y la atascó. Los demás editores se habían disgustado con ella porque todos tenían prisa y los había dejado sin poder fotocopiar.

Verónica no la había vuelto a llamar. Por fin, Zoe se marchó de la oficina temprano y se encaminó hacia su casa con la esperanza de que Verónica, aburrída, le fuera a hacer una visita.

Ed y Gujarat, los dos hombres que vivían en el piso debajo del suyo, salieron por la puerta agarrados de la mano cuando Zoe llegó a la casa. Ed y Gujarat vivían en el piso cuarto; a veces, subían a su casa con aperitivos y los tres salían a la terraza a charlar mientras bebían una botella de vino.

Ed arqueó las cejas, sorprendido de verla. Gujarat asintió.

-Hola, chicos -dijo Zoe sonriendo.

-Creíamos que estabas en casa... por los ruidos -dijo Gujarat.

-Estábamos contentos por ti -dijo Ed.

Zoe se detuvo para abrir el cajetín del correo y luego subió las escaleras a toda prisa, sin pararse a pensar en el comentario de sus vecinos.

Estaba algo cansada cuando se paró delante de la puerta de su piso. Las caminatas desde su oficina la mantenían en buena forma.

-Paciencia -susurró mientras rebuscaba en el bolso.

Siempre le costaba trabajo encontrar la llave entre los billetes, las tarjetas de crédito y las barras de carmín de labios.

Por fin, encontró la llave y abrió. El monitor del ordenador de Abdul estaba encendido.

¡Abdul! Dio un pisotón en el suelo. Cerró las manos en puños. Después, se dejó caer en el sofá. Habían quedado en que Abdul iría a su casa a cenar y ella le había prometido preparar filetes y ensalada. ¡Se le había olvidado!

No vivían juntos, pero él había llevado allí su monitor con el fin de poder echarle ojeadas cuando estaba allí.

Bien, pues no iba a hacer la cena, no podía. Tendrían que ir a un restaurante.

-¡Supergato! Vamos, ven aquí.

Normalmente, su gigantesco gato iba a saludarla cuando llegaba a la casa. Zoe entró en la cocina, agarró una lata de comida para gatos y la abrió.

-Bonito, tu comida preferida. ¡Supergato! ¿Dónde estás, cariño?

Preocupada al ver que el gato no aparecía, echó el contenido de la lata en el cuenco de comida del animal y salió al pasillo. Fue entonces cuando su pie se tropezó con algo y bajó los ojos. Vio una prenda color dorado en el suelo, y también una corbata azul, unas

medias y un sujetador dorado. Zoe tocó la corbata y contuvo la respiración.

-Te conozco. Te compré en Macy, un regalo para Abdul.

-Deja de hablar contigo misma.

Alzó la cabeza. El pasillo estaba lleno de ropa. Sus ojos siguieron el camino sembrado por el resto de la ropa de Abdul: la camisa, dos calcetines negros, solo un zapato... La ropa llegaba a su dormitorio.

No notó el golpeteo rítmico del cabecero de su cama contra la pared hasta que el golpeteo cesó.

-Oh... oh... oh -jadeó una mujer desde su dormitorio.

Fue entonces cuando Zoe vio la minifalda dorada.

¡Vaya lío!

Zoe pensó en los meses que habían pasado desde la última vez que había hecho el amor, y no fue nada especial. Desde entonces, Abdul y ella habían estado ocupados con otras cosas. Tenía gracia, pero ni siquiera pensaba en el sexo... excepto cuando se despertaba después de soñar con Anthony.

-¡Miau! -el gato le dio con la pata en el tobillo. Le clavó las uñas y le hizo sangre.

-¡Cariño!

El gato salió corriendo hacia la cocina en busca de la comida.

La puerta del dormitorio se abrió una rendija y Abdul asomó la cabeza.

-Habeebti, has venido temprano a casa.

Zoe se quedó sin habla. Intentó decir algo, pero las palabras se le atragantaron.

Apartando la mirada de él, furiosa, Zoe se agachó, agarró la ropa que había en el pasillo, fue a la cocina, abrió la ventana y tiró la ropa a la calle.

-¡Habeebti! ¿Qué haces? -gritó Abdul.

-¡No vuelvas a llamarme habeebti en la vida! -Abdul le había dicho que esa palabra significaba "querida".

Cuando unos peatones miraron hacia arriba, ella los saludó agitando los calzoncillos de Abdul.

-¡No, los calzoncillos no! -gritó Abdul.



Zoe los tiró a la calle; después, se volvió y sonrió dulcemente a Abdul, que llevaba una toalla atada a la cintura.

-¡Fuera de mi casa!

-Esa mujer de pelo naranja venía a verte y... me ha atacado.

-Y tú te has rendido. ¡Fuera!

Zoe se acercó a la puerta del piso y la abrió.

-Si no te marchas ahora mismo, la sangre va a correr.

Abdul salió al descansillo.

-¿Hablas en serio?

Zoe fue al cuarto de estar, desenchufó el monitor de un tirón y lo sacó al descansillo.

-Y llévate esto.

-Esta ciudad...

-No es la ciudad, eres tú. Y ella.

De repente, obedeciendo a un impulso, Zoe le quitó la toalla, lanzó una última mirada a aquel esbelto y moreno cuerpo que le recordaba al de Anthony y cerró de un portazo.

-Reconócelo, solo salías con él porque se parecía un poco a Tony.

-Mentirosa.

-Ssss. Otra vez hablando sola. Sssss.

Abdul golpeó la puerta y gritó.

-¡Te vas a arrepentir de esto!

-No, en absoluto.

-Eh, no puedo seguir aquí desnudo gritando.

-En ese caso, baja a buscar tus calzoncillos. Están en la calle -Zoe echó el cerrojo-. Me has engañado. Vete a tu casa.

Zoe, alejándose de la puerta, siguió por el pasillo y gritó:

-¡Verónica!

No obtuvo respuesta.

Cuando abrió la puerta de su dormitorio, Verónica estaba cubierta con una sábana escribiendo a toda rapidez.

-¡Lo tengo! ¡Viva! ¡Ya tengo el final de la novela! ¡Has hecho una entrada maravillosa en la casa! ¡Qué pasión! ¡Te va a encantar el final!

-No, te aseguro que no. ¡Porque no vas a escribir el final! Voy a arrancarte ese pelo naranja con... con...

En un rincón de la habitación había un paraguas negro. Zoe lo agarró y avanzó hacia Verónica con él.

-Con este paraguas.

Verónica se levantó de la cama de un salto, arrastrando consigo las sábanas y la colcha azul.

-¿Estás enfadada por lo de Abdul? -Verónica trató de pasar al cuarto de baño con la colcha-. Es un imbécil que no puede dejar de hablar de francos suizos... ni siquiera en la cama. Te he hecho un favor.

Se miraron.

-Un favor enorme -insistió Verónica.

No le faltaba razón.

Pero no era el momento de ceder. Sin embargo, Zoe bajó ligeramente la mano en la que tenía el paraguas. Despacio, salió al pasillo y cerró la puerta del dormitorio.

-Soy un fracaso en todo: como escritora, como editora, como mujer y como ciudadana de Nueva York.

-Ah, y no olvides que sigues soñando con tu antiguo novio.

-Ya estás hablando sola otra vez.

-Cállate.

-Puedo hablar conmigo misma si quiero.

En la cocina, el teléfono empezó a sonar.

Aún hablando consigo misma, se dirigió a la cocina.

-¿Qué tal la vida de soltera en Nueva York? -le preguntó su tía Patty.

-Mal momento para preguntármelo -admitió Zoe.

-¿En serio?

-No te alegres tanto.

-¿Quién, yo? -su tía hizo una pausa-. ¿Qué tal Abdul?

-Es agua pasada.

Le dio la impresión de que su tía lanzó un suspiro de alivio.

-Vaya, pareces tan desgraciada como Anthony.

-¿Lo está pasando mal Anthony? -la idea le gustaba demasiado.

-Eso me dijo Henrietta ayer -contestó Patty.

-¡Para ahora mismo! Como sigas hablando de él cuelgo. Puede decirse que Anthony y yo no vivimos en el mismo mundo.

-Está soltero. Tú estás soltera. Los dos lo estáis pasando mal.

-Rompimos hace nueve años. Él vive en Texas, yo vivo en Nueva York.

-Uno de los dos tiene que dar el primer paso.

-Yo no...

“Aún sueño con él. Nunca he salido con un hombre que no se pareciese a él en algo”.

-Tía Patty...

Ambas guardaron silencio durante unos momentos. Zoe se sentó en el suelo.

-Tía Patty, ¿qué demonios me pasa? Lo estropeé todo con Anthony. Duncan se casó conmigo por motivos de los que es mejor no hablar. Fui una estúpida, una verdadera estúpida. ¿Por qué no puedo hacer nada bien?

-No es demasiado tarde para volver a empezar.

-Tú me conseguiste el trabajo que tengo, pero no se me da bien.

-Ursula te adora.

-Nunca cumplo los plazos de entrega. A los autores de los que me encargo los convierto en primas donas. No sé archivar. Ursula no deja de decirme que tengo que aprender a establecer prioridades. No puedo decir lo que pienso en las reuniones de la editorial. Ah, y rompo las máquinas.

-Pero descubriste a esa... esa...

-¡Esa monstra!

-¿Por qué la insultas? He leído todos sus libros y me encantan. ¡Y te los ha dedicado todos!

-Mejor no hablar de ella. Voy a dejar el trabajo. Me voy a marchar de Nueva York.

-Estupendo. Vuelve a casa.

-No sé cómo he podido engañarme a mí misma de esta manera. No puedo abrirme camino aquí. No puedo abrirme camino en ninguna

parte. Si no tuviera el dinero que me dejó Duncan acabaría en la calle.

-Vuelve a casa.

Zoe pensó en Anthony y en sus locos sueños. Jamás se olvidaría de él si volvía a Texas.

-Tengo que olvidar a Anthony.

-¿Por qué?

Otro silencio.

La voz de la tía Patty cambió, se hizo más cautelosa.

-Quizá... lo que necesites sean unas vacaciones. Podría darte una semana de mis vacaciones compartidas... en cualquier parte del mundo. Ya había reservado una semana en Grecia.

-¿En Grecia?

-Henrietta y yo íbamos a ir al mes que viene, pero ahora resulta que no podemos ir...

-No, no voy a ir a Grecia.

-Te enviaré el folleto por fax.

-¡Me encanta el final! -exclamó Ursula-. ¡Sí, me encanta!

-Estupendo. En ese caso, supongo que no te importará ser su editora en lo sucesivo -Zoe se inclinó hacia delante y le dio el papel de su dimisión a Ursula.

Después de leer el primer párrafo, Ursula rompió el papel por la mitad.

-No voy a dejar que dimitas.

-Soy un completo fracaso. No sirvo para nada.

-Eres la musa de Verónica.

-No.

-Te ha pedido disculpas. Te ha mandado un ramo de rosas.

-No la puedo manejar, está demasiado loca.

-Los finales la enloquecen. Nos enloquecen a todos. Tómame un mes de vacaciones, vete a Grecia. Te las mereces.

-¿Has hablado con mi tía Patty?

-Me llamó anoche. Está muy preocupada por ti. Vamos, vete a Grecia; Rodas debe de ser un sueño. Tendrás tiempo para pensar en tu vida, en qué es lo que quieres hacer. No tires por la borda, impulsivamente, tu trabajo de editora.

-¿Impulsivamente?

-Ese es tu punto débil, actúas sin pensar, igual que los personajes de Verónica. Vamos, vete a Grecia.

-¿Grecia? ¿Por qué a Grecia? ¿Qué tiene Grecia de especial?

-Tu futuro. Confía en mí -Ursula no pudo mirarla.

Zoe tuvo la sensación de que la tía Patty le había dicho algo a Ursula que esta no le estaba contando. El instinto le dijo que había peligro en Grecia.

-¿Por qué a Grecia? ¿Qué hay en Grecia?

-Quizá el hombre de tus sueños -contestó Ursula.

## Capítulo Tres

-Atenas. ¿Por qué no me alegra estar en Atenas? -se preguntó Zoe en voz alta en el autobús que hacía el trayecto de la ciudad al aeropuerto.

-Es la capital de Grecia. ¿Cómo no se le ha ocurrido a nadie construir un hotel al lado del aeropuerto?

-He tenido que tomar un autobús para ir al centro de la ciudad y buscar hotel, a una hora de camino del aeropuerto. Quiero estar en Manhattan, en Chelsea, con Supergato y alguien a mi lado con quien hablar.

En resumen, las vacaciones aún no habían comenzado y ya quería volver a casa; además, se había cansado de estar sola.

El autobús que había tomado por la mañana en la plaza Syntagma, en el corazón de Atenas, llegó a su destino. Zoe agarró su equipaje, salió a toda prisa y se dirigió a la terminal.

Leyó los carteles en griego con dificultad. Además, viajar sola no le gustaba, la hacía sentirse vulnerable. Grecia estaba muy lejos de Manhattan.

-La cuestión es precisamente que vayas sola -le había dicho la tía Patty el día anterior, cuando la llamó para despedirse-. De esa manera, tendrás tiempo para pensar en tu futuro.

-Tú nunca vas sola a ninguna parte, siempre vas con Henrietta Duke -le había contestado ella.

-Que no para de hablar y se niega a jugar a las cartas.

-¿No iba a ir a Rodas contigo? ¿Por qué habéis cancelado el viaje?

Su tía Patty tosió, mencionó al médico y cambió de conversación rápidamente.

Cuando Zoe se acercó a la puerta de embarque del vuelo a Rodas, lo hizo con tres horas de antelación y aún no se había recuperado del vuelo anterior. Se sentó en una silla de plástico y sacó del bolso la novela que estaba leyendo. Vio las letras borrosas.

A pesar de haber dormido bien en un pequeño hotel en la zona de Plaka con vistas a la Acrópolis, todavía se sentía desorientada. Le parecía extraño subirse a un avión en Estados Unidos y aparecer en un país lejano. Eran las dos de la madrugada en Nueva York. Supergato debía de estar esperándola.

¿Qué estaba haciendo en Grecia?

Volvió a abrir el libro y pronto se encontró sumida en la lectura. No levantó los ojos del libro hasta casi la hora del vuelo, cuando la sala se llenó de gente.

Zoe decidió ir al baño antes de embarcar. Metió el libro en el bolso, se levantó y se dirigió a los servicios. Estaba a punto de entrar cuando un niño de cabello rubio salió del servicio de caballeros y se chocó con ella, haciéndola casi caer encima de él.

-Oh -dijo Zoe en tono quedo.

El niño llevaba un videojuego en la mano, una bolsa colgada del brazo llena de muñecos de trapo y, en la otra mano, un refresco. Zoe logró agarrar el videojuego antes de que cayera al suelo, pero no pudo evitar que el refresco se le cayera encima de la falda negra.

-Perdone -dijo el niño en voz baja.

Zoe ayudó al pequeño a ponerse en pie. Después, le devolvió el juego.

-¿Te has hecho daño? -le preguntó ella.

El niño estaba colorado como un tomate. Después de meter el juego en la bolsa, se la quedó mirando con enormes ojos azules y expresión desesperadamente intensa.

-He perdido a mi papá.

El pequeño se frotó los ojos y Zoe temió que fuera a echarse a llorar. Para reconfortarlo, le tomó la mano.

-No te preocupes, ya verás cómo enseguida lo vamos a encontrar.

El niño tenía el cabello muy rubio, pecas en la nariz y los dientes incisivos superiores separados, enormes en contraste con el resto de los dientes, que eran de leche.

Zoe estaba a punto de incorporarse cuando un par de botas se plantaron a ambos lados del niño... ¡Y de ella también!

Antes de levantar la cabeza, una voz del pasado la hizo temblar.

-¡Por fin! ¿Dónde demonios te habías metido? Te he estado buscando por todas partes.

-No lo regañes, es solo un niño -dijo Zoe.

-¡Mi hijo! ¡Maldita sea!

Al momento, los ojos azules del pequeño se llenaron de lágrimas.

Al alzar la mirada y reconocer a su antiguo novio, Zoe se quedó inmóvil.

“¡Tony!”. Fue entonces cuando se dio cuenta. “¡Tía Patty, eres una bruja! “.

Zoe se puso en pie, dispuesta a enfrentarse a Anthony Duke.

-Dios mío -murmuró para sí misma.

Anthony ladeó la cabeza y arqueó las cejas.

-Hola, Anthony -susurró ella con toda la frialdad que pudo.

Se hizo un tenso silencio. Después, las mejillas de él enrojecieron.

-¿Zoe Duke? ¿La tía Zoe? -dijo Anthony en tono burlón.

-Dios mío.

-¿Qué demonios estás haciendo aquí? -preguntó él en tono exigente.

-No hables mal delante de tu hijo.

-Contéstame ahora mismo -la oscura mirada de Anthony la hizo temblar-. Bueno, déjalo, creo que lo sé. Es increíble a los extremos que puede llegar una persona para...

-¿Qué... qué estás haciendo en Atenas? -preguntó ella.

¿Siempre había sido tan alto Anthony? ¿Tan impresionante?

No. Diez años atrás también era alto, pero era un chiquillo, no un hombre. Ahora era un hombre alto y fuerte de anchas espaldas y cuerpo musculoso. Estaba moreno por trabajar al aire libre y pasar horas encima de un caballo. Sus manos eran ásperas.

Y era sumamente guapo. Demasiado guapo. El pulso se le aceleró.

-Me he caído, papá -dijo el niño-. Me he hecho daño en la rodilla.

Anthony se agachó y pasó las manos por la pierna del pequeño para cerciorarse de que estaba bien. Al mirar esas manos, a Zoe le pareció que el tiempo se detenía.

Antiguos novios. Se pasaba la vida leyendo novelas que trataban de antiguos amores.

El niño, el hijo de Rene, la estaba mirando. Sus enormes ojos eran tan azules como el cielo de Texas, iguales a los de Rene; sin embargo, se veían sumamente vulnerables.

-Rene -murmuró Zoe.



Qué triste debía de haber sido para ella morir sabiendo que dejaba a un niño tan pequeño y maravilloso.

El niño llevaba una camiseta torcida y unos pantalones cortos arrugados, ambas prendas demasiado grandes para él. También las playeras eran demasiado grandes. Necesitaba que lo vistiera una madre; que una madre le cortara el pelo y lo obligara a lavarse las manos, a atarse los cordones de las playeras y a limpiarse las uñas.

-¿También conocías a mi madre? -preguntó el niño con expresión intensa.

-Tú debes de ser... Noah, ¿verdad?

-¿Quieres que te llame "tía Zoe"? -preguntó Anthony con cierta sorna-. En realidad, es tu sobrino nieto, y yo soy tu sobrino.

-¡Sobrino político! -respondió ella.

-Sí, político.

Los remordimientos se apoderaron de ella.

-Dime, Zoe, ¿qué estás haciendo aquí? Cuando mi madre me convenció para que hiciera este viaje, debí haber sospechado que se trataba de una trampa -dijo Anthony en tono acusatorio.

-¿Me lo dices a mí? -Zoe se puso tensa-. Es a mí a quien le han tendido una trampa. Desde que Rene murió, la tía Patty no deja de hablar de ti.

-Igual que mi madre, que no deja de hablar de ti -murmuró él.

-¿Por qué... no aceptan el hecho de que no nos soportamos? -preguntó ella.

-Según parece, no han asimilado que rompiéramos -la mirada de Anthony se clavó en el pecho de ella bajo el oscuro jersey.

-Te habría olvidado hace años de no ser por... por...

-Así que no me has olvidado, ¿eh? -comentó él con cinismo.

-¿Cómo iba a hacerlo, si la tía Patty no deja de hablarme de ti? Pero eso no tiene importancia. La cuestión es que yo no he planeado este encuentro.

-¿Es verdad que esta señora es tía mía, papá?

-Es una vieja conocida -contestó Anthony.

-¿Una vieja conocida? -Zoe gruñó. "Era virgen y dejé de serlo contigo, idiota"- ¡Vaya caradura!

-¿Conocías también a mi mamá? -insistió Noah.

-Era mi mejor amiga -contestó Zoe mirando al precioso niño.

-¿Y yo te conocía también?

-No, creo que no. Tu mamá y yo éramos amigas hace mucho tiempo.

-Hace nueve años -dijo Anthony, con una voz que la dejó helada.

-Yo tengo ocho años -dijo Noah, alzando ocho dedos.

-¿Lo ves? Hace mucho tiempo, antes de que tú nacieras.

Zoe le revolvió el cabello con gesto cariñoso. El niño se acercó más a ella, como si estuviera necesitado de cariño maternal.

-Bueno, ¿qué vas a hacer al respecto? -le preguntó Anthony a ella.

-¿Qué quieres decir?

-¿Quién no va a ir a Rodas?

-No he venido hasta aquí para volverme inmediatamente a Nueva York.

-Nosotros tampoco.

-En ese caso...

-Papá, ¿por qué no podemos ir los tres? -preguntó Noah en voz baja, con timidez.

Anthony la miró hasta hacerla ruborizar. Su cuerpo era magnífico. Su esculpido rostro tenía más líneas; sobre todo, alrededor de ojos y boca. Era enorme, y proyectaba virilidad y rabia, mucha rabia, toda dirigida a ella.

Los negros ojos de Anthony estaban encendidos. Zoe recordó lo celosa que él la había hecho sentirse en el pasado... tan joven y tan insegura.

Se daba cuenta de que había medido a todos sus novios en comparación con Anthony, y ninguno de ellos se le había aproximado.

-Papá, ¿podemos sentarnos con ella?

-¿Qué? -graznó Anthony.

-¡No! -susurró Zoe.

-En el avión -aclaró Noah.

-No -respondieron ambos adultos al unísono.

-Pero papá, tú nunca hablas conmigo. Y tampoco quieres jugar...

-Porque esos juegos son eternos, maldita sea -lo interrumpió su padre.

-No le hables así a tu hijo -lo reprendió Zoe con voz queda.

-Son juegos de aventuras. Y mamá tampoco te dejaba hablarme así.

Zoe respiró profundamente.

-Me da la impresión de que te sientes un poco solo, ¿verdad, pequeño? Es muy triste perder a una madre. Lo sé... porque a mí me pasó lo mismo, y tenía la misma edad que tú.

Noah le dio su juego electrónico.

-¿Sabes jugar?

Zoe sacudió la cabeza.

-No, pero podrías enseñarme.

-¿Cómo murió tu madre? -preguntó Noah.

Tony respiró sonoramente.

-Me parece increíble que estés manipulando a mi hijo...

-En un accidente de coche -dijo ella simplemente.

Noah agrandó los ojos y luego le puso a Zoe una mano en la rodilla.

-Pero yo también perdí a mi padre -añadió ella.

Anthony movió las piernas con impaciencia.

-¿Cómo? -los labios de Noah temblaron.

-En el mismo accidente -susurró ella-. Se fueron al cine a ver una película no tolerada para menores y sufrieron un accidente de coche. Después de su muerte, la cuñada de mi madre, la tía Patty, me llevó a vivir con ella.

-¿Patty Creighton, la que me lleva de paseo en coche cuando se compra uno nuevo? -preguntó Noah.

-Que es todos los años, gracias a ti -murmuró Anthony-. Ese dinero podría invertirse en el rancho.

-Mi rancho -le recordó Zoe.

-Yo lo tengo arrendado.

Zoe ignoró a Anthony y asintió a Noah.

-Lo que pasa es que, cuando aquello ocurrió, la tía Patty era soltera y no entendía de niños. Pero tenía muchos gatos en su rancho,

diecisiete o más. Decía que era para espantar a las serpientes. La tía Patty era bibliotecaria; por eso, no tenía mucho dinero y tampoco podía comprarse coches nuevos. Pero me llevaba a la biblioteca con ella, y es así como me acostumbré a leer. Me pasaba el tiempo leyendo para olvidarme de mis padres.

-Es difícil olvidar, y yo no quiero olvidar a mi madre -declaró Noah.

Zoe había leído libros en vez de hacer amigos. Después, conoció a Anthony.

-¿Sabes qué es lo que más me gusta en el mundo? -preguntó Zoe.

-No -contestó Noah.

-Estar sentada con mi gato encima leyendo un libro.

-¿Tienes un gato?

-Supergato -contestó ella.

-Papá no me deja tener gatos.

Zoe lanzó a Anthony una dura mirada.

-Lo hacen estornudar -explicó Anthony.

-Porque soy alérgico -Noah respiró profundamente-. Pero me gustan los videojuegos; sobre todos, los de guerreros y aventuras.

-Y me vas a enseñar a jugar si nos sentamos juntos en el avión, ¿verdad? -dijo ella.

-Basta. Los dos -gruñó Anthony-. Esta amistad acaba aquí y ahora. Zoe no va a jugar ni se va a sentar con nadie -Anthony miró a Zoe fijamente-. Me importa un bledo lo que hayas planeado en secreto con mi madre...

-No hables así delante del niño.

-Lo que diga delante de mi hijo no es asunto tuyo.

-Eres su padre, deberías...

-He dicho que no me des lecciones de...

-No lo habría conocido si tú no lo hubieras perdido.

Anthony se le acercó lo suficiente para permitirle oler su aroma masculino. Le habría gustado retroceder, pero no era una cobarde.

Afortunadamente, les avisaron de que embarcaran.

-¡Terminamos hace nueve años y lo sabes perfectamente! -le murmuró Anthony colérico-. ¡Dejemos las cosas como estaban!

-Por mí no hay inconveniente.

Zoe contuvo la respiración mientras Anthony levantaba en sus brazos a su hijo y se lo llevaba al otro extremo de la sala.

Zoe vio el juego de Noah en el suelo y fue a llamarlos para dárselo, pero lo pensó mejor y se lo metió en el bolso antes de embarcar.

A pesar de que los asientos estaban numerados, hubo una gran confusión. A pesar de ello, Zoe encontró su asiento, el que estaba en medio de tres, al lado de una mujer entrada en carnes, que ocupaba el asiento de la ventanilla, y un asiento vacío que daba al pasillo.

Zoe sacó su libro del bolso y empezó a leer. Sin embargo, al cabo de unos minutos, Noah se sentó en el asiento libre contiguo al suyo y se abrochó el cinturón de seguridad.

-Hola -dijo el niño con su encantadora sonrisa.

-Hola -Zoe titubeó-. ¿Dónde está tu padre?

-Aquí -contestó Anthony con voz ronca-. Estás sentada en mi asiento.

-¡Es mi asiento! -le contestó ella malhumorada.

Anthony le plantó delante de los ojos su tarjeta de embarque.

-Vaya, tienes el mismo número que mi asiento.

-Por eso, será mejor que te levantes.

-Debe de tratarse de un error.

Anthony estaba bloqueando el paso a los otros pasajeros que iban detrás mientras Zoe revolvía en su bolso para sacar la tarjeta de embarque.

-¡Tiene el mismo número de asiento que mi tarjeta! -dijo él al leer el número.

-Pero yo he llegado primero -contestó Zoe-. Así que el asiento es mío.

-Tengo que sentarme al lado de mi hijo. No me obligues a levantarte.

Anthony se inclinó sobre su hijo. La sonrisa de ella desapareció cuando él empezó a desabrocharle el cinturón de seguridad.

-No le hagas nada, papá.

-Tu hijo tiene razón -dijo Zoe, y la proximidad de Anthony la hizo temblar-. Pórtate como un caballero y llama a una azafata.

-Estas azafatas hablan griego.

-Eso es problema tuyo. Yo me he sentado primero.

Todo el mundo miró a Anthony de mala manera, incluso Noah.

-Está bien -Anthony se fue hacia la cola del avión.

A cabo de unos momentos, volvió acompañado de una bonita azafata que parecía tener debilidad por los hombres guapos.

-Señora, lo siento, pero va a tener que cambiarse de asiento -dijo la azafata-. Tenemos un asiento en la cola del avión.

-Atrás se mueve más el avión. Que el caballero se siente ahí.

-Este niño es su hijo.

-Y es... mi sobrino-contestó Zoe.

-Y yo quiero sentarme con mi tía-dijo Noah en un momento de inspiración-. Hacía mucho que no nos veíamos y vamos a jugar con unos juegos que he traído.

-Señor, no lo comprendo. ¿Duke? Se apellida igual que usted.

-¡Noah! -gruñó Anthony-. ¡No es tía tuya y no la habías visto en tu vida!

-¡Es mi tía Zoe!

-¡Noah!

-¡Eso es lo que tú me has dicho! Y tiene mi juego, papá.

-No lo tiene.

Dos azafatas más aparecieron, lo que sirvió solo para aumentar la confusión.

Como Zoe continuó negándose a moverse, una de las azafatas fue hacia la cabina. Casi inmediatamente, la voz del capitán sonó por los altavoces, hablando en inglés:

-No podemos despegar hasta que los pasajeros estén sentados.

Zoe sacó el juego electrónico del bolso y se lo enseñó al niño.

-Vas a enseñarme a jugar, ¿verdad?

-¡Genial! -exclamó Noah con una sonrisa radiante; al momento, empezó a pulsar botones-. Verás, tienes todos estos guerreros que puedes utilizar. ¿Quieres que te explique lo que hacen?

-Sí, claro.

-Siéntese, caballero -dijo uno de los pasajeros.

Anthony lanzó a Zoe una penetrante mirada, una mirada cargada de fuego.

-Vamos, pórtate como un caballero -le susurró ella.

-Está bien, tú ganas -respondió Anthony-. Por el momento.

¿Había ganado? En ese caso, ¿por qué tenía los pezones como si se los hubieran quemado?

-¿Por qué la tía Zoe no puede venir con nosotros en el taxi?

-¡No es tu tía!

-Sí que lo es -gritó Noah dando una vuelta alrededor de su padre-. ¿Te acuerdas de lo que me dijo la abuela en el restaurante chino?

-Noah, Zoe no puede venir con nosotros.

-Me gusta, papá.

-Eso es porque no la conoces tan bien como yo.

-Ha jugado conmigo en el avión, y no se ha aburrido como tú. Y luego me ha puesto una almohada y me ha tapado con una manta para que durmiera bien.

-Me ha obligado a sentarme en la cola del avión.

-¿Y qué?

Anthony no iba a admitir que volar lo ponía nervioso; sobre todo, cuando había turbulencias.

-Ella ha tenido la culpa de que tuviera que sentarme en un asiento que no se podía echar hacia atrás porque daba con la pared. Además, el asiento estaba más duro que una piedra y el que estaba sentado al lado era un hombre gordo...

Noah bostezó, por lo que Anthony no le dijo que los brazos del hombre gordo se habían pasado a su asiento. Tampoco le dijo que el hombre gordo padecía halitosis.

Las puertas de cristal de la terminal se abrieron y una mujer delgada de cabello castaño rojizo salió. La ceñida falda corta le moldeaba las caderas, y sus rebosantes senos se movían bajo el jersey.

Andaba igual que cuando iban a la escuela.

-Sssss -Anthony se agachó al lado de su hijo-. Ahí viene, mira para otro lado. Y no se te ocurra decir nada sobre el taxi.

Ella sonrió cuando vio a Noah.

-¡Sobrinos!

Anthony pensó en su tío Duncan y se puso bilioso.

Noah lo saludó con la mano.

Ella lo tomó como una invitación y se acercó a ambos. ¡Qué bien olía! A lilas. Mucho mejor que el hombre gordo. Y el cabello le brillaba al sol.

-Debe de ser el destino -dijo ella revolviéndole el cabello a Noah.

Y el tonto de su hijo sonrió de oreja a oreja, enseñándole esos dientes que iba a costarle una fortuna enderezarlos.

-¿No te parece que es el destino? -insistió ella mirando a Anthony; después, se volvió hacia el conductor-. ¿Qué te apuestas a que vamos al mismo hotel?

Zoe enseñó al conductor la tarjeta del hotel.

Noah sacó una tarjeta idéntica.

-¿Qué te he dicho? -dijo ella.

El conductor sonrió.

-Podrías ir juntos...

-Vuelves a ganar -concedió Anthony.

Después, inclinándose hacia delante, abrió la portezuela del coche para que entrara.

-¿Unas vacaciones románticas? -preguntó el taxista-. ¿Una segunda luna de miel?

-Todavía no lo sabemos -respondió Zoe sonriendo.

Su cabello parecía encendido. Y esos pechos... Y el olor...

-Vamos, siéntate de una vez -le dijo él mientras agarraba el equipaje para meterlo en el maletero.

-Gracias.

Después, ella le guiñó un ojo.

-¡No coquetees conmigo!

-No puedo evitarlo.



## Capítulo Cuatro

-Muy bonito -murmuró Zoe.

Esquivando la mirada del hombre alto que estaba sentado en la terraza, Zoe descorrió la puerta de cristal hasta abrirla del todo. Se sentía peligrosamente atrevida mientras pasaba por delante de Anthony con un diminuto biquini negro y una amplia falda blanca. Se apoyó en el bajo muro y contempló el verde Egeo y las montañas de Turquía; después, se estiró con movimientos felinos y respiró el fresco olor marino.

La falda se le bajó ligeramente, mostrando su liso vientre.

-Demasiado bonito -comentó Anthony sarcásticamente.

A pesar de no mirar en su dirección, Zoe tenía la sensación de que la estaba mirando mientras se recostaba contra el muro.

-Lo estás pasando bien, ¿verdad?

Se habían registrado juntos en el hotel. Como tenían el mismo apellido, los empleados habían supuesto que estaban casados y que requerían mucho espacio. Pero Zoe había aclarado la situación en sumo detalle, haciendo enojarse a Anthony.

Así que ya veis, soy la querida tía de Anthony -concluyó ella.

Después, le había dado a Noah la llave de sus aposentos y lo había invitado a entrar para ver su habitación; el niño, inmediatamente, declaró que le gustaba más que la suya y la de su padre.

-¿Voy a quedarme contigo, tía Zoe?

-No -respondió su padre instantáneamente.

-Pero puedes venir siempre que quieras -le dijo ella a Noah mientras Anthony se lo llevaba agarrándolo de la camisa.

-Ni hablar.

Sus condominios estaban situados en el piso bajo de un pequeño edificio resplandecientemente blanco. Ambos apartamentos daban a una zona de césped en la que había una piscina; más allá, la playa salpicada de tumbonas y parasoles a las orillas del Egeo.

Zoe respiró profundamente.

-¿Por qué no iba a pasarlo bien? Mira esas montañas en Turquía y este mar. ¿Sabías que estamos a quince kilómetros de Turquía?

Como Anthony no contestó, no supo si había leído las guías turísticas con el mismo afán que ella.

-Y también me gustan las bungavillas que cuelgan de las terrazas - continuó Zoe-. Y las rosas y el romero que tengo en los maceteros bajo las ventanas.

-Has leído demasiadas novelas.

-¿Qué tiene eso de malo? -Zoe se acomodó en la tumbona-. Estoy de vacaciones, las vacaciones son para disfrutar. ¿Sabías que Ulises navegó por este mar de camino a Troya?

Anthony se apoyó en el bajo y blanco muro que separaba sus dos terrazas. Llevaba pantalones cortos y nada más. Estaba moreno y seguía teniendo el vientre liso como una plancha.

Era tan guapo que la hizo sentirse como si la hubieran conectado a la red eléctrica. Hacía nueve años que no se sentía tan viva.

-Está para comérselo.

-Ya estás hablando sola otra vez.

Los negros ojos de él recorrieron las bien formadas piernas de ella.

-¿Qué has dicho? -murmuró Anthony.

-No he dicho nada -respondió Zoe sonrojándose.

-Te he oído hablar. Estabas hablando contigo misma. Antes... me hacía gracia.

-Es tu imaginación, vaquero.

Anthony esbozó una sonrisa ladeada. Oh, la misma sonrisa que, en el pasado, ella creía que le pertenecía.

-Sigues pensando en voz alta, ¿verdad? -susurró Anthony con voz ronca.

-No.

-¿Y sigues inventando historias? ¿Aún quieres ser escritora?

Zoe había llevado consigo un cuaderno y varios bolígrafos. Tenía pensado escribir durante las vacaciones. Sin embargo, eso no era asunto de Anthony.

-¿Es verdad eso que dicen de que los editores son escritores frustrados? -insistió Anthony.

-Mi vida no es asunto tuyo.

-¿En qué más sentidos te sientes frustrada? -los ojos de Anthony volvieron a quemarle el cuerpo.

Ella enrojeció.

-He dicho que no es asunto...

Anthony arqueó las cejas.

-Si no te hubieras inmiscuido en mi vida, no estaríamos aquí juntos. Dime la verdad, ¿has planeado tú esto? -preguntó Anthony.

-¿Lo has hecho tú? -Zoe le guiñó un ojo con gesto coqueto-. ¡Sabes perfectamente que no lo he hecho!

-Artimañas femeninas.

-¿Qué quieres decir?

-Quiero decir que las mujeres sois capaces de todo. Especialmente, cuando una mujer se casa con un hombre mayor que, para colmo, era el pretendiente de su tía.

-Un hombre mayor que acababa de enterarse de que se estaba muriendo y quería hacerlo a lo grande.

-Una mujer que se convirtió en una millonaria cuando su marido le hizo el favor de morirse inmediatamente.

-Ya te lo he dicho, él hizo lo que hizo porque quiso. Me utilizó para vengarse de sus hijas y de ti. Si su propia familia lo hubiera aceptado...

-¿Estás diciéndome que yo soy el responsable de tu matrimonio?

Nerviosa, Zoe se humedeció los labios.

-Escucha, la razón por la que no he vuelto a Shady Lomas es porque no quiero que me traten con desprecio por lo que hice. Estamos aquí y no tiene remedio. No me resultó fácil dejar mi trabajo y tampoco dejar a mi gato. Sin embargo, ahora que estoy aquí, tengo la intención de aprovechar las vacaciones, a pesar de que tú también estás aquí.

-A pesar de que yo también estoy aquí, ¿verdad? Has sido tú quien ha forzado a mi madre a obligarme a venir aquí.

-Si quieres engañarte a ti mismo, adelante. Es verdad, no estás mal.

-¿Que no estoy mal? -Anthony pareció ofendido.

-Pero, a pesar de no estar mal, eres la última persona en el mundo con quien habría elegido pasar unas vacaciones. No he planeado nada ni con tu madre ni con mi tía, deben de habérselas arreglado ellas solas sin ayuda de nadie. Podemos aceptarlo o podemos hacer un infierno de las vacaciones. Estamos muy lejos de casa; por lo tanto, sugiero que te sientes, te tranquilices, te comportes

como un caballero y me dejes disfrutar la vista de esas montañas de color rojo vino al otro lado del mar.

-¿Rojo vino? -repitió él con sorna.

-Homero. La Ilíada ¿No lees?

-Sí, y La Odisea, en la que el agua del mar es azul, señorita Sabelotodo.

-¿Te importaría dejar de mirarme las piernas?

-No, si dejaras de sonrojarte cada vez que lo hago.

-Deja de mirarme y dejaré de sonrojarme.

Obedientemente, Anthony clavó los ojos en el mar. Zoe imaginó antiguas galeras persas surcando el mar.

-¿En serio no has tenido nada que ver con mi venida aquí? -insistió Anthony.

-Me niego a seguir hablando de eso. Estoy intentando relajarme y disfrutar.

-La única forma de conseguirlo es evitándonos el uno al otro.

-Está bien, castígame si quieres. Evítame. Vete adentro.

-¿Por qué no entras tú? Podríamos hacer turnos.

-¿Turnos? No seas infantil. Tenemos dos condominios, uno al lado del otro, y todo gracias a tu madre y a mi tía. Nos conocemos de toda la vida. ¿No te parece que lo mejor que podemos hacer es intentar pasarlo bien? Al fin y al cabo, eres mi sobrino.

-Será mejor que dejes de mencionar eso.

-Está bien -Zoe alzó las manos en gesto defensivo-. Tu hijo Noah y yo nos hemos hecho buenos amigos. El hecho de que nuestro romance adolescente acabara tan mal...

-Te acostaste conmigo y te casaste con mi tío.

-Porque tú te acostaste conmigo y, cuando me di la vuelta, te echaste a los brazos de Rene. Te vi.

-Cualquiera se habría dado cuenta de que lo único que quería era soltarme de ella. Tú te negaste a verlo así porque eso te ofrecía una excusa para hacer lo que hiciste.

-No. Hice lo que hice por culpa de Rene y tú. Sé que fue una estupidez, pero lo hice por eso.

-No te creo.

-Como quieras. Sin embargo, no le veo sentido a pasarnos la semana entera discutiendo. Quizá no volvamos a venir nunca.

Anthony la miró antes de volver la vista al mar. Quizá la espectacular belleza de aquel lugar idílico había empezado a afectarlo, como a ella.

-He venido aquí para pensar en mi futuro -dijo Zoe-. Si no te callas y me dejas sola, no lograré pensar en nada.

Zoe le sonrió y añadió:

-¿Te apetece un ouzo?

-No voy a beber ouzo contigo.

-Tú te lo pierdes -Zoe se sirvió una copa, le dio media vuelta en la tumbona para no verlo y comenzó a beber.

De repente, ardió al ser consciente de los ojos de Anthony en sus piernas. Él se echó a reír cuando ella se ruborizó.

-Puedes sentir que te miro, ¿verdad?

Las mejillas de Zoe enrojecieron aún más.

-¿Es que no vas a parar?

-Es una cuestión de química.

-No me importa lo que sea, déjame en paz.

-¿De dónde has sacado el ouzo? -le preguntó Anthony.

-Lo pedí anoche. Me gustó tanto que me compré una botella. Después de un par de copas, me dormí inmediatamente. Sabe un poco raro, como a regaliz, pero está buenísimo.

Noah salió a la terraza e, inmediatamente, se acercó al muro. Sus ojos azules miraron a su terraza.

-¿Puedo beber algo yo también?

-No -respondió Anthony.

Zoe se levantó. El viento le subió la falda hasta la cabeza. Cuando se la bajó otra vez, la llama que vio en los ojos de Anthony la hizo sentirse desnuda. Tembló y el cuerpo entero se le puso encarnado.

-Claro que puedes, Noah, cariño. Tengo zumos y refrescos en mi nevera -sonrió a Anthony y a su hijo antes de pasar adentro.

-Mi hijo puede sacar esa maldita bebida de nuestro frigorífico.

-Ya está enfadándose conmigo otra vez -protestó Noah mientras acercaba una silla de plástico al muro que dividía las terrazas.

Utilizando la silla como escalera, Noah se subió al muro y se sentó en él, sus delgadas piernas colgando por la parte que daba a la terraza de ella.

Zoe regresó con un vaso de zumo de naranja.

-Prefiero un refresco -dijo Noah, a pesar de meter en el zumo una paja.

-Bébetelo que te ha traído y dale las gracias -gruñó Anthony.

-Gracias -en vez de beber, Noah dejó el vaso en la parte superior del muro.

Zoe le tocó la rodilla en la que se había hecho daño al caer en el aeropuerto, y Noah le sonrió. Noah era adorable. Se había quedado prendada de él.

-A tu padre le da miedo volar, ¿lo sabías?

Noah sacudió la cabeza.

-Por eso está de tan mal humor.

-Pues en Texas no vuela.

-¿Quieres decir que está siempre de mal humor?

Noah bajó la cabeza y miró al suelo.

-La mayor parte del tiempo.

Anthony golpeó la pared con una silla y el vaso de Noah se cayó al suelo de la terraza de Zoe y se rompió.

-Es muy difícil estar contento cuando... -Anthony se interrumpió, avergonzado de sí mismo por su repentino ataque de furia.

Zoe se acercó a él.

-Cuando la mujer a la que tanto amabas está muerta -concluyó ella-. La única mujer a la que...

-No hables por mí. Tú no sabes nada de mí. Disfruta tu preciosa terraza sola. Ah, y perdona por lo del vaso.

“Sé que vas al cementerio todas las semanas”.

-Vamos, Noah, adentro.

Cuando Zoe acabó de recoger el vaso roto y se encontró sola, sintió una soledad mucho más profunda que un mes atrás, cuando echó a Abdul de su casa.

¿Por qué había presionado tanto a Anthony? El problema era que coquetear con Anthony la hacía sentirse viva. No obstante, su sufrimiento le destrozaba. ¿Cómo era posible...? A menos que...

Iba a pasar allí siete días. Quizá fuera una suerte que aquel hombre que la había tenido obsesionada durante nueve años estuviera en el condominio contiguo. Quizá, ahora que se sentía forzada a verlo, acabaría viendo lo obstinado y machista que probablemente era. Eso la ayudaría a olvidarse de él y a buscarse un hombre sofisticado y de buenas maneras, al estilo de Manhattan. De una forma u otra, tenía que seguir adelante.

Se acabó la copa de ouzo y decidió ir a dar un paseo por la playa.

La arena era fina y blanca. Las aguas color turquesa. Había sombrillas azules y tumbonas, y una cabaña. La brisa marina le revolvió el cabello.

No había andado mucho cuando Noah corrió hacia ella.

-¿Sabe tu padre dónde estás?

Noah negó con la cabeza.

-Está muy enfadado. Está sentado en la cocina y no quiere hablar.

El niño se agachó en la arena y empezó a examinar unas piedras redondas.

-Mira, son completamente redondas.

Noah construyó un montículo con las piedras mientras ella lo contemplaba.

Pronto empezó a oscurecer, y Noah se llenó los bolsillos de piedras. A Zoe le habría gustado jugar con él, llevarlo a cenar. Pero no era hijo suyo, ella no era su madre.

-Me parece que deberías ir con tu padre -dijo Zoe.

-A mi padre le gusta estar solo.

-Puede que esté preocupado por ti.

-No me importa -Noah se cruzó de brazos.

-Sabes que eso no es verdad.

Zoe le dio la mano y el niño entrelazó los dedos con los suyos firmemente. Así, se encaminaron hacia los condominios.

Estaban en la zona de césped cuando Anthony apareció delante de ellos.

-Te he estado buscando por todas partes.

-Me ha seguido a la playa. Le estaba...

-Deberías haberte dado cuenta de que estaría preocupado.

-Y así es. Por eso...

-Papá, me estaba acompañando.

-Hasta vuestro condominio.

-En ese caso, gracias. Muchas gracias por ser tan amable con él - tras mirarla fijamente unos segundos, Anthony agarró a su hijo, se dio media vuelta y la dejó.

Zoe se apoyó en el tronco de una palmera y se quedó allí hasta que las estrellas se hicieron visibles en el cielo. La luz del condominio de Anthony se apagó; debían de estar saliendo para cenar.

Nunca se había sentido tan sola. Mentira.

La peor noche de su vida fue la noche de la boda de Anthony; entonces, ella era viuda.

¿Lograría olvidarlo algún día? ¡Sí!

Zoe cerró las manos en puños. Iba a salir a cenar, aunque fuera sola; se llevaría un libro. Iba a comer pulpo y ensalada. Iba a hacer lo que había ido a hacer allí.

E iba a olvidarse de Anthony Duke. Antiguos novios. ¿Para qué servían?

Zoe le había estropeado la noche. Era tarde. Con la cena, a base de souvlaki y pescado a la brasa, Anthony había bebido demasiado retsina... y no había dejado de pensar en ella.

El condominio de Zoe estaba a oscuras, pero tenía las puertas de la terraza abiertas. Las cortinas blancas se mecían al viento; Era típico de ella acostarse sin cerrar.

Pero lo que ella hacía no era asunto suyo. No obstante, él había llamado cuatro veces a la puerta y cada vez estaba más preocupado. De estar dentro, le habría abierto, ¿no?

También la había llamado por teléfono, pero Zoe no había contestado. De nuevo, se recordó a sí mismo que lo que Zoe hacía no era cosa suya. Si quería dormir con las puertas de la terraza abiertas, era su problema.

No obstante, cualquiera podía ver las cortinas moviéndose y entrar. Y podían atacarla... quizá un loco.



¿Un loco?

Anthony se dio cuenta de que estaba preocupándose por nada. De todos modos, cabía la posibilidad de que Zoe se hubiera caído y estuviera herida; eso explicaría que nadie contestara al teléfono.

Sin pensarlo más, Anthony saltó el muro que los separaba, apartó la cortina y entró en el condominio de ella.

La llamó, pero siguió sin obtener respuesta. Cuando le dio al interruptor, las luces no se encendieron.

Sus condominios eran simétricos, por eso sabía cómo era. Rápidamente, cruzó el pequeño cuarto de estar, el comedor y la cocina. Giró a la izquierda y salió al pasillo; desde allí, oyó el ruido de la ducha.

Antes de darle tiempo a retroceder, la puerta se abrió.

“¡Echa a correr! A Zoe no le ha pasado nada”. Pero sus pies descalzos permanecieron clavados en las frías baldosas blancas. Como Venus saliendo de la venera, Zoe estaba desnuda y más hermosa que nunca. En la mano, una toalla color melocotón que caía hasta el suelo.

Anthony olió a lilas y tragó saliva. Después, susurró el nombre de ella.

Antes de que a Zoe le diera tiempo a gritar, él la tenía atrapada contra la pared y le tapaba la boca con una mano.

-Ssss. Soy yo, Anthony -murmuró Anthony en voz baja-. No te asustes, no voy a hacerte daño. Solo he venido para ver si estabas bien.

Los pechos mojados de Zoe se le pegaron al cuerpo, mojándole la camisa. Sin pensar lo que hacía, enterró los dedos en sus espesos cabellos. A Zoe le latía con fuerza el corazón, pero no más que a él. En vez de apartarlo de sí, ella se quedó muy quieta.

Anthony sabía que debía pedirle disculpas por haberla asustado y marcharse de allí, pero estaba loco por tocarla, quería hacerle el amor. De repente, la sintió derretirse en sus brazos.

-Dime que no es un sueño, dime que estamos juntos -susurró Zoe mientras dejaba caer la toalla y arqueaba el cuerpo hacia él.

-Es un sueño -murmuró Anthony con voz ronca-. Es la pesadilla que lleva nueve años atormentándome.

-¿A ti también?

-Sí. Incluida la ducha.

-¿Y la toalla color melocotón? -murmuró Zoe.

-Tendré que-añadir ese detalle.

-Y yo.

El deseo agrandó los luminosos ojos de Zoe y Anthony bajó los labios.

Sabía que debía poner fin a aquello, pero era demasiado tarde. Antes de que sus labios rozaran los de ella, sabía que no lograría saciarse con un beso.

-¿Por qué no haces que me vaya? -murmuró Anthony-. ¡Pelea, lucha!

-¿Conseguiría algo con eso? -gimió ella.

-Oh, Zoe... -susurró Anthony con voz espesa.

Se rozaron los labios.

-Desnúdate -dijo Zoe.

Anthony se dio cuenta de que estaba completamente excitado y a merced de Zoe.

-Esto es un suplicio -se quejó Anthony.

-Un suplicio maravilloso -le prometió ella-. Así que... relájate y disfruta.

Anthony respondió con una ronca carcajada. Sus lenguas se tocaron. Por fin, se besaron.

## Capítulo Cinco

Un beso ardiente.

Un beso explosivo, se corrigió Anthony mientras miraba a Zoe, que estaba encendida, desnuda y rogándole que se desnudara él también.

¡Aquello era una equivocación!

Posiblemente. Sin embargo, con esos ojos castaños mirándolo así, Anthony sintió la necesidad de hacer una locura. ¿Cómo iba a echarse atrás? ¿Qué hombre podría hacerlo?

Zoe se pasó la lengua por los labios; después, alzó un dedo y empezó a jugar con el botón superior de la camisa de él.

“Se casó con tu tío. Se quedó con el rancho y con todo. Su tía tiene un Cadillac rojo igual que los que tu tío Duncan conducía y eso te ataca a los nervios. Tú arriendas su finca, una finca que debería ser tuya”.

Su cuerpo le estaba enviando un mensaje diferente mientras ella le acariciaba la piel por debajo de la camisa. Después, volvió a besarlo.

Los labios de Zoe permanecieron en los suyos, sabían a... ¿regaliz? ¿A ouzo? Fuera lo que fuese, la sangre le ardía.

-¿Qué estás haciendo aquí? -susurró ella lánguidamente, varias docenas de besos después.

-Habías dejado la puerta de la terraza abierta.

-¿Y te lo has tomado como una invitación? -preguntó Zoe acariciándole los hombros.

-Cualquiera lo habría hecho.

-Pero nadie lo ha hecho, excepto tú -continuó acariciándolo enloquecedoramente.

-Estaba preocupado.

-¿Por mí? Podías haber llamado a la puerta.

-Lo he hecho -respondió él con seriedad-. Y también te he llamado por teléfono.

-Bueno, no te preocupes, vaquero, estoy bien. Ya puedes irte -dijo ella con voz aterciopelada.

¡Las artimañas de las mujeres! Después de lo que Zoe acababa de decir, ahora le sonreía lascivamente.

-¿Es eso lo que quieres?

-¿Lo que quiero? -murmuró Zoe, como hipnotizada por él, mientras le acariciaba el cabello-. Lo que quiero es...

-Hace poco me has pedido que me desnudara.

-¿Estás seguro de que no lo has soñado?

-¿Has bebido más ouzo?

Zoe asintió y ocultó el rostro en su garganta.

-¿Lo que quiero? Lo que quiero es... malo. Pero ahora que lo dices, ¿por qué no te desnudas?

A Anthony le latió el corazón con fuerza. La lengua de ella continuó atormentándolo, hasta dejarlo sin respiración y con el cuerpo hinchado e incandescente.

-Esto es una locura -jadeó él.

Zoe se frotó contra la entrepierna de él.

-No sé lo que quiero -dijo ella con voz espesa y sensual.

-Quizá lo sepa yo -Anthony le acarició la garganta, el pecho, los senos y empezó a describir círculos alrededor de los pezones.

Zoe tembló.

-Eso crees, ¿eh? Vamos a ver si eres tan atractivo sin ropa como con ella.

Al instante, Zoe empezó a desabrocharle la camisa con desenfreno. Y se la sacó como si su vida dependiera de ello. Después, le pasó las manos por los musculosos brazos.

-Los años no te han tratado nada mal. Oh, Anthony, ¿por qué tienes que parecer un dios griego?

-No puedes imaginar lo que le estás haciendo a mi ego -murmuró él.

Zoe le acarició la desnuda espalda.

-Quiero odiarte. ¿Sabías que esa ha sido mi meta durante nueve años?

-Y la mía -respondió Anthony estrechándola contra sí-. Pero no lo estamos haciendo muy bien.

-Entonces... ¿te acordabas de mí? -preguntó Zoe.

-Pero para nada bueno.

-En ese caso, ¿crees que te vas a arrepentir de esto mañana por la mañana? -Zoe frotó los senos contra el velludo pecho de él.

-Desde luego.

-Pero esta noche vas a disfrutar, ¿eh?

-Por supuesto -sentir la suave piel de ella contra la suya lo tenía enloquecido-. ¿Zoe?

-¿Quién le tiene miedo al enorme y malo vaquero? Yo no, yo no.

Se hizo un momentáneo silencio.

-¿Tienes miedo? -susurró Anthony.

Ella tardó en contestar. Anthony no supo si había temblado o si eran imaginaciones suyas.

-Ya me conoces, me gusta tirarme de los precipicios.

-En ese caso, agárrate a mí y rodéame la cintura con las piernas -le murmuró él al oído.

-Dios mío...

-Hazlo.

Zoe lo obedeció.

Zoe era delgada, pero Anthony dijo:

-Has engordado algunos kilos.

-Y tú.

-En los lugares apropiados -murmuró Anthony.

Zoe le pasó las manos por los hombros.

-Lo mismo digo.

Con ella en brazos, Anthony la llevó al dormitorio.

-Esto es maravilloso -dijo Zoe mientras Anthony la tumbaba en la cama.

El colchón cedió bajo el peso de ambos.

-Me encanta tu cuerpo -continuó Zoe.

-¿Solo mi cuerpo?

-Sería terrible si...

-Cállate -Anthony tiró las almohadas al suelo.

-Esto no es justo, deberíamos estar alborotando tu dormitorio, no el mío.

Anthony la hizo callar cubriéndole la boca. Al cabo de poco tiempo, a Zoe se le quitaron las ganas de hablar. La besó por todo el cuerpo, igual que en sus sueños. Y, también como en sus sueños, ella le respondió con el mismo ardor.

En la realidad, Zoe no tenía tanta experiencia como él había imaginado; sin embargo, su timidez lo excitó aún más si eso era posible. Quizá Zoe no se hubiera acostado con todos los hombres del barrio donde vivía.

Sufrió un repentino ataque de celos. ¿Cuántos hombres había habido en la vida de Zoe durante los últimos nueve años? ¿Y el tío Duncan? Cuando se casó, ya estaba muy enfermo; por lo tanto, ¿había consumado el matrimonio o no?

“No pienses en ello ahora”.

Zoe gimió y arqueó el cuerpo.

-Ya. Ya.

Anthony rió y la hizo esperar. Ella, nerviosa, le besó el pecho; luego, se lo mordió.

-¡Eh!

-Ya -le instó Zoe-. Ya.

-Eres una pequeña fiera...

-He dicho que ya. Vamos, entra, no puedo esperar.

Anthony desenvolvió un condón y se lo puso. Después, la penetró.

Zoe se quedó muy quieta. Él también.

-¿Te encuentras bien? -susurró Anthony.

Zoe sonrió con el rostro radiante.

¡Qué placer! Anthony se sintió engordar dentro de ella. Zoe jadeó de placer. Entonces, él empezó a moverse. Zoe era suave y apasionada, pero también tierna.

Sus cuerpos se movieron a un ritmo perfecto. Era maravilloso estar dentro de ella. Era increíble. Era sublime.

Nueve años de espera. Nueve años. Anthony deseó que aquellos momentos durasen toda una vida. Y, durante un tiempo, eso le pareció. Entonces, la tensión se hizo casi insoportable; pero se contuvo, esperándola.

Y esperó hasta casi enloquecer; sin embargo, Zoe no parecía poder...

Anthony abrió los ojos y la vio mover los labios. Zoe estaba mirando al candelabro estilo veneciano.

-Diez, once, doce bombillas pequeñas...

¿Bombillas? ¿Estaba Zoe contando bombillas?

-Para con eso -murmuró él.

Zoe jadeó. Anthony la besó fieramente. Cuando el cuerpo de ella se agitó con violencia, el de él también perdió el control. Al momento, Zoe estalló. Él lo hizo seguidamente.

Anthony enterró los dedos en los cabellos de Zoe.

-Me encanta tu pelo, ¿lo sabías?

Zoe estaba temblando.

-Oh, Anthony... ¿qué hemos hecho?

-Me parece que tú has estado contando bombillas. ¿Por qué?

-Para hacer que durase.

-Creía que no te estaba gustando -dijo él con voz áspera.

Se sentía vulnerable y no le gustaba. De darse cuenta, Zoe podía utilizarlo para destruirlo otra vez.

Zoe le besó la punta de la nariz.

-¿Cómo no iba a gustarme? Eres demasiado perfecto.

Zoe apoyó la cabeza en su hombro y se quedó dormida.

-Demasiado perfecto...

Con el pálido cuerpo de Zoe pegado al suyo y el deseo saciado, el cerebro empezó a trabajar a toda máquina. Recordó los sórdidos detalles del pasado; sobre todo, el matrimonio de ella con el sinvergüenza de su tío Duncan. Y también la herencia, la herencia Duke.

Su propia herencia.

Zoe y su tía lo habían convertido en el hazmerreír de Shady Lomas. Él se casó con Rene, la chica más bonita de la ciudad, solo para demostrar que no le importaba. Pero no era verdad, y había hecho a Rene muy desgraciada. Rene lo amaba, pero él le había hecho daño y jamás dejaría de sentirse culpable por ello.

Cuando se durmió pro fin, soñó con un Cadillac rojo; en el asiento posterior, Zoe y él hicieron el amor.

Se despertó al amanecer. Tenía la mejilla de Zoe contra su pelo y él respiraba trabajosamente. ¡Un maldito Cadillac rojo! ¡Y habían hecho el amor en el maldito Cadillac rojo de Duncan!

Con cuidado de no despertarla, Anthony se levantó, agarró su ropa, se puso los pantalones, cerró la puerta de la terraza y se fue a su condominio.

-¡Un maldito Cadillac rojo! -murmuró después de quitarse los pantalones, mientras se metía en la ducha.

De ninguna manera iba a tener relaciones con Zoe Creighton. No, mejor dicho, Zoe Duke. ¡La tía Zoe! Al fin y al cabo, se había casado con el tío Duncan.

Una luz mágica bañaba su habitación. Zoe tardó unos segundos en darse cuenta de dónde estaba.

Cuando se sentó en la cama, vio que estaba desnuda y la cama revuelta. ¿Qué hacía su toalla color melocotón en el suelo del pasillo, cerca de la puerta? ¿Por qué estaba ahí?

Una imagen la asaltó: ella desnuda y Anthony aprisionándola contra la pared.

-Es solo un... sueño -dijo en voz alta y desesperada-. Por favor, que sea un sueño.

No sabía por qué no podía dejar de mirar a la toalla.

Mentalmente, vio la toalla caer de su mano. ¿Por qué sentía su cuerpo diferente... tan satisfecho?

Debía de ser el ouzo que había bebido antes de acostarse.

¿Por qué tenía aquel sabor en la boca?

-Oh, Dios mío... ¡Lo has hecho!

-¡Lo has hecho!

-¡Estás hablando sola otra vez!

-¡Cállate!

Se subió las sábanas hasta la barbilla, pero no pudo dejar de temblar. Después de un sueño así, ¿cómo iba a poder mirarlo a la cara? ¡Y a Noah tampoco!

-¡Ha sido solo un sueño!



Pero cuando se levantó para ir al baño y recogió la toalla, notó que una delicada parte de su cuerpo estaba irritada. Después, al mirarse en el espejo, le temblaron las piernas.

-Oh, Dios mío... Oh, Dios mío...

Tenía el cabello revuelto y los labios hinchados. ¡No, no había sido un sueño, se había acostado con él!

-Dime, ¿qué vas a hacer ahora?

-¡Vas a marcharte a Nueva York a toda prisa!

-¡Vaya, hablando sola otra vez!

-¡Cállate! ¡Callad las dos! ¡Tengo que pensar!

Zoe se puso el albornoz que tenía en el baño, fue a la cocina y preparó café y un huevo cocido. Después, agarró un yogur y le echó miel.

Se sentó a desayunar; pero, tan pronto como metió la cuchara en el yogur, sonó el teléfono. ¡No podía enfrentarse a Anthony todavía! Quizá no fuera él.

Claro que era él.

Pero se negó a contestar a la llamada.

Al cabo de unos minutos, sonó el timbre de la puerta.

¿Acaso ese hombre no podía dejarla en paz? Furiosa, se acercó a la puerta y gritó sin abrir:

-¡Anoche conseguiste lo que querías, así que ya puedes marcharte!

-Soy yo -dijo una suave voz.

Zoe abrió la puerta.

-¡Noah! ¡Oh, cielo! Cariño, perdona...

Zoe abrió, pero su intención era abrir solo una rendija. Sin embargo, Anthony plantó su bota inmediatamente.

Ella dio un portazo.

-¡Ay!

-Le has hecho daño, tía Zoe.

Zoe se dio cuenta de que no tenía más remedio que abrir del todo. Se echó a un lado y Anthony pasó.

Noah la miró y sonrió.

-Queremos pasar el día contigo, tía Zoe.

-¿Para hacer qué? respondió ella.

-Lo que tú quieras -murmuró Anthony.

-Deberías estar avergonzado de ti mismo.

-¿Yo? ¿Por lo de anoche? ¡Y lo dices tú precisamente!

-No me refiero a lo de anoche, sino a lo de utilizar a tu hijo para entrar.

-Ha sido idea suya.

-Ya.

-Sí, es verdad -corroboró Noah-. Igual que fue idea mía sentarme a tu lado en el avión y también que vinieras con nosotros en el taxi.

-¡Lo ves! -dijo Anthony, sonriéndole.

La sonrisa de Anthony hizo mella en sus defensas.

-Eres incorregible -susurró Zoe.

-Lo mismo digo.

Zoe lo miró furiosa.

De nuevo, la sonrisa triunfal.

Noah los miró a los dos como si notara que algo incomprensible estaba ocurriendo.

-Yo...

-Sabíamos que dirías que sí, así que he alquilado un coche, he ido a la cafetería y les he pedido que preparasen comida para tres para tomárnosla en el campo.

Zoe se había pasado nueve años intentando olvidar a Anthony Duke.

-No puedo ir -contestó ella.

-¿Cómo podríamos convencerte de que vinieras?

-De ninguna manera. No puedo...

-Noah, ¿por qué no vas a jugar un rato mientras yo hablo con tu tía Zoe... en privado?

-Sí, papá.

-¡Noah! -gritó ella desesperadamente-. Que no se te ocurra dejarme sola con tu padre.

-¡Noah! ¿Te acuerdas del trato que hemos hecho?

<https://www.facebook.com/novelasgratis>

Padre e hijo se miraron. Al momento, Noah se marchó de la habitación y ella se quedó a solas con Anthony.

## Capítulo Seis

-Nos odiamos -declaró Zoe, nerviosa y con el pulso acelerado debido a encontrarse a solas con Anthony.

-¿Has dormido bien? -le preguntó Anthony con voz profunda, tañida de preocupación-. Yo he tenido un mal sueño.

-Vete. Sabes que nos llevamos mal.

-Eso es lo que me he dicho a mí mismo esta mañana.

-¿Lo ves?

No obstante, hacía solo unas horas que habían hecho el amor en la habitación. ¡Oh, no! ¿Por qué no había hecho la cama?

-El corazón me palpita como si me fuera a dar un ataque, ¿te parece que es porque... me llevo mal contigo? -susurró él.

Cuando la mirada posesiva de Anthony se paseó por su cuerpo, Zoe se subió el cuello del albornoz.

-¿Qué llevas debajo del albornoz? Espero que no mucho.

Zoe tragó saliva y enrojeció.

-Mmmm. ¿Hay algo que huela en el mundo mejor, aparte de las lilas, que el café recién hecho por la mañana? ¿Te importaría darme una taza?

-Preferiría que te marcharas.

En vez de marcharse, Anthony abrió un armario de la cocina y sacó una taza. Zoe se sintió extraña mientras él revolvía en la cocina en busca de una cucharilla y el azúcar.

-No voy a ir a ningún sitio contigo hoy -declaró ella.

Anthony se sentó y se sirvió una cucharada de azúcar; después, revolvió el café con vigor. Entonces, bruscamente, tiró la cucharilla al platillo de la taza.

-¿Qué me dices de lo de anoche, Zoe? -su mirada era oscura e intensa.

Zoe bajó los párpados.

-¿Qué quieres que te diga? -susurró ella con voz temblorosa.

-¿Qué ha significado para ti?

-¿Que qué ha significado? -preguntó Zoe al tiempo que agarraba su taza de café.

Las piernas le temblaron. Agarró una silla y se sentó al lado de Anthony.

-Te acuestas con quien te apetece en Nueva York, ¿verdad?

-¡Cómo te atreves a acusarme...! -Zoe dejó la taza y lo miró con ira.

Anthony se echó a reír.

-En ese caso, debe de haber un motivo por el que...

A Zoe se le aceleró el pulso.

-Anoche entraste en mi condominio y yo estaba desnuda.

-Encantadoramente desnuda.

Anthony sonrió; pero al ver cómo lo miraba ella, dejó de hacerlo.

-Me atacaste -dijo Zoe en tono acusatorio-. Te aprovechaste de...

-¿Estás diciendo que yo tuve la culpa de lo que pasó y que no significa nada para ti?

-Lo que acabas de decir tiene sentido. Sí, tiene mucho sentido -Zoe asintió con la esperanza de que Anthony aceptara sus palabras y se marchara.

-Eres una mentirosa. Hicimos el amor durante horas y lo sabes. Es más, lo hiciste con más entusiasmo que yo...

-¡Desde luego que no!

Zoe fue a levantarse; quería ir a su cuarto a vestirse, pero Anthony le agarró la muñeca, impidiéndoselo.

-¡Me deseabas y te lo voy a demostrar!

Anthony tiró de ella hacia sí, haciendo que el albornoz se le deslizara por el hombro. Zoe trató de colocárselo, pero él fue más rápido.

-Si fueras un caballero te marcharías -dijo Zoe.

-Soy un vaquero, ¿o se te ha olvidado? -le pasó las ásperas manos por la desnuda piel-. No llevas nada debajo, ¿verdad?

-¿A qué has venido? -preguntó ella en tono suplicante-. ¿Por qué no te vas y me dejas sola?

-¿Preferirías que ignorase lo que pasó anoche, que me fuera con Noah y que te dejara aquí sola?

¡No! ¡Sí! ¡No!

En vez de responderle, Zoe se mordió el labio inferior hasta hacerlo sangrar. Ese hombre era imposible. Las respuestas que podía ofrecerle eran imposibles. La situación en sí era...

Zoe alzó la barbilla y le lanzó una desafiante mirada.

-¿Estás interesado solo en volverte a acostar conmigo?

-¿Estás sugiriendo que nos acostemos otra vez? -Anthony sonrió.

-Para -Zoe se mordió la lengua-. No... no debería haberte hecho esa pregunta.

-No me ha molestado. Si quieres que nos acostemos, dímelo -de repente, Anthony se echó a reír; después, tiró de ella hacia sí-. Aún te gusto, por eso estas de tan mal humor. Y la idea de volverme a acostar contigo me gusta. Hace mucho tiempo que... Rene y yo no...

-Siento lo de Rene.

Zoe recordó la enfermedad de Rene, y eso lo hizo enfrentarse al hecho de que lo ocurrido la noche anterior no había tenido un significado especial para Anthony, se había tratado solo de satisfacer su deseo sexual.

-Anoche estuviste muy bien -murmuró él-. Los dos estuvimos bien.

-Por favor, vete.

Anthony le rodeó la cintura con los brazos y ella se quedó inmóvil, tensa.

-Me odias por casarme con tu tío -dijo ella a modo de acusación-. Y yo te odio por... por preferir a Rene. Te odio por haber sido tan feliz con ella mientras yo...

Anthony lanzó un juramento, pero no la soltó.

-Sí, te odié por casarte con Duncan y convertirme en el hazmerreír de Shady Lomas.

-¿Tú, el hazmerreír de la ciudad? ¿Tú, que te casaste con la hermosa y perfecta Rene?

-¿Por qué crees que me casé con ella?

-Porque era guapa y perfecta, y... y...

-Demasiado perfecta -murmuró Anthony.

-Soy yo, la viuda negra, la mujer deshonrosa de Shady Lomas, el objeto de las habladurías de la ciudad.

-No eres tú sola, cielo. Deberías oír lo que dice Guy Pearsol al respecto.

-Guy es un grosero.

-Pero tiene gracia cuando se mete con alguien.

-¿En serio se ríe de ti?

-¿Por qué te dejó el ratón de biblioteca, Duke? ¿Qué tal te sienta que sea la propietaria del rancho Duke y también editora en Nueva York?

-¡Oh, Dios mío! Lo siento, Anthony -Zoe titubeó-. El motivo por el que no vuelvo a casa es porque no podría soportar ese tipo de cosas. Y tú vives allí...

-A veces me das envidia por haberte marchado. Rene era perfecta, pero yo no era el perfecto marido que ella se merecía. No, ni por asomo. Encima, tengo que hacerme cargo de mi madre y de mis primas. Y, por supuesto, tengo a Noah.

-Dime, cuando vuelvas, ¿vas a decirle a todo el mundo que te has vengado de mí?

-¿Qué quieres decir?

-¿Vas a decirles lo que hemos hecho?

-¿Me crees capaz de eso? ¿Crees que esto es solo un juego para mí? -preguntó él con voz seria, sombría-. Lo que hemos hecho no es asunto de nadie, solo tuyo y mío.

La forma como lo dijo y como la miró la hizo sentirse especial.

Entonces, las ásperas manos de Anthony le acariciaron el cabello.

-Zoe, esta mañana me he despertado odiándote... y deseándote. Lo último sobre todo, y despreciándome a mí mismo por ello. Cielo, me tienes en tus manos.

-Te entiendo perfectamente, a mí me pasa lo mismo.

-Luego, Noah me dijo que quería pasar el día contigo, y sé que no soy tan divertido como tú.

-Es una pena.

-Sí. Pero la verdad es que yo también lo pasaría mejor si vinieras.

-¿En serio?

-Si lo de anoche solo hubiera sido satisfacer el deseo sexual, no te estaría pidiendo que pasaras el día con nosotros, ¿no?

-No se me da bien leer la mente.

Anthony la besó, lo que le impidió seguir discutiendo.

Nunca nadie la había hecho sentir lo que él la hacía sentir...

¡Aún lo amaba! ¿Amor?

-Déjame -susurró ella en tono suplicante, consciente de que si Anthony la levantaba en sus brazos y la llevaba a la cama, nada le impediría hacerle el amor.

-¿Que te deje, ahora que te he encontrado? Se me ocurre una idea mucho mejor.

-Me da miedo preguntarte qué es.

-A ver si lo adivinas...

-No.

-Te voy a dar una pista...

Anthony la colocó en la silla de la cocina con la espalda bien pegada al respaldo.

-¿Qué haces?

-No te preocupes -murmuró él con una traviesa sonrisa.

Entonces, Anthony se arrodilló delante de ella. Cuando Zoe trató de levantarse, Anthony le puso las manos en la cintura, obligándola a permanecer donde estaba.

-¿Qué...? -Zoe se puso tensa y juntó las piernas.

-Relájate -susurró Anthony al tiempo que le ponía las manos en las rodillas y le separaba las piernas.

Antes de que le diera tiempo a pensar en algo que pudiera detenerlo, Anthony le pasó la boca por el muslo... hacia arriba... más arriba... hasta el final.

Anthony le separó las piernas completamente, sus expertos labios acariciando los lugares íntimos a los que una chica decente jamás permitiría acceso a un hombre. La lengua de Anthony encontró los prohibidos pliegues y la inflamó. Continuó besándola hasta que el placer se hizo casi insoportable.

Zoe jadeó y se movió en la silla, poniendo las manos en los negros cabellos de él. Los lametones de su lengua y los besos de su boca le hicieron hervir la sangre. Sintió un calor abrasador.

“Esto es terrible, y ahora no puedo echarle la culpa al ouzo”.

Entonces, la incesante boca de Anthony encontró el punto más sensitivo de ella y jugueteó con él, llevándola a un extraño paraíso



en el que todo pensamiento se disipaba. El perfume del aire llevaba la fragancia de las rosas. Estaba en una cima, volando, disolviéndose, gimiendo quedamente... cuando la lengua de él se detuvo.

Zoe volvió a la tierra bruscamente.

Con rapidez vertiginosa, Anthony se sentó en su silla y empezó a revolver su café con la cucharilla con la inocencia de un caballero.

Ella se cubrió con el albornoz y adoptó la postura de una dama. Después, levantó su taza y bebió un sorbo de café ya frío.

La puerta se abrió y Noah entró corriendo. Anthony debía de haberlo oído.

-Papá, ¿va a venir? ¿Va a venir?

-No -dijo Zoe sin atreverse a mirar a Anthony-. Y Anthony, por favor, dile que no voy a cambiar de idea. Por favor, díselo y marchaos.

-Noah, ahora te toca a ti convencerla. Yo ya he hecho lo que he podido, pero... -esa incorregible sonrisa otra vez-. Ahora es tu turno, hijo.

-Eres un peligro -le dijo Zoe a Anthony en voz baja-. Lo sabías, ¿verdad?

-Intento serlo.

-No juegas limpio.

-¿Quién está jugando? -murmuró él.

Zoe casi podía seguir sintiendo la lengua de Anthony en su sedoso sexo, sus ásperas manos en los muslos, encendiendo su deseo...

Como si él le hubiera leído el pensamiento, sonrió maliciosamente. Entonces, cuando Noah entró en la cocina, bebió un sorbo de café.

-¿Se lo has pedido por favor, papá?

Anthony le clavó los ojos.

-Eso creo, pero no lo he debido de hacer muy bien.

-¡Lo has hecho intencionadamente! -dijo ella en voz baja.

-¿No te ha gustado?

A Zoe se le escapó un gemido de la garganta. Entonces, Noah la miró con ojos brillantes y expresión intensa.

-Ven con nosotros, por favor -susurró el niño-. Por favor, por favor...

<https://www.facebook.com/novelasgratis>

-Yo he hecho lo que he podido -repitió su padre con esa sonrisa tan suya.

-No puedo -contestó Zoe.

A Noah se le ensombreció el rostro.

-Se ha portado mal contigo, ¿verdad?

-No exactamente...

-¿No exactamente? -Anthony le guiñó un ojo.

-Entonces, ¿por qué no vienes? -insistió Noah.

-No puedo...

-¡Papá, haz que venga!

-¡Créeme, lo he intentado!

-¡Marchaos, los dos!

-Está bien, tú ganas -le dijo Anthony.

¿Por qué se sintió tan sola cuando Anthony se levantó para marcharse?

-Pero papá...

## Capítulo Siete

Zoe caminaba por la estrecha acera hacia la parada del autobús. La calle estaba adornada con palmeras y ofrecía al visitante tiendas en las que comprar objetos turísticos.

Decidida a no pensar en Anthony, había pasado la última hora leyendo guías turísticas de Rodas, aunque sin lograr concentrarse demasiado en la lectura. No podía dejar de pensar en él por mucho que lo intentara.

Pero estaba decidida a ir la ciudad de Rodas y a olvidarse del sexo. Iba a ver el fuerte Kinghts y a pensar en las antiguas guerras entre musulmanes y cristianos, no en un guapo vaquero.

Mientras andaba, una motocicleta le pasó tan cerca que la hizo gritar. Se le cayeron las guías y el bolso del susto, y luego se tropezó con todo ello. El motociclista ni siquiera volvió la cabeza.

Después de recoger sus cosas, volvió a la acera tan rápidamente como pudo, justo en el momento en que otra moto pasó por la calle.

¡Qué obsesión tenían los griegos con las motos! Eran unas personas encantadoras... hasta que se subían a una moto. ¿Acaso sus madres no les advertían lo peligrosas que eran?

Sonó una bocina. Temiendo que se tratara de otra motocicleta, Zoe volvió la cabeza. Un coche cuadrado, pequeño y de color rojo giró hacia la curva donde ella estaba con la misma rapidez que la moto anterior. Estaba a punto de gritar otra vez cuando una mano morena, que le resultaba bien conocida, abrió la puerta roja del coche.

-¿Estás segura de que no quieres venir con nosotros? -dijo aquella profunda y sensual voz de acento texano.

-No, no voy a ir con vosotros.

Pero Zoe cometió la equivocación de mirarlo a los ojos.

-Te has puesto colorada -le susurró él.

Zoe se perdió en las oscuras profundidades de aquellos ojos, que le hablaban silenciosamente de frutos prohibidos.

Con toda inocencia, Noah dijo:

-Tía Zoe, por favor, por favor.

Los tres se quedaron en silencio. Ella se humedeció los labios. Una docena de motocicletas pasaron por la calle.

“No vayas. Anoche, sexo. Esta mañana...”. Sorprendiendo a Anthony y a Noah, y sobre todo a sí misma, Zoe entró en el coche y cerró la puerta.

-Vamos, adelante -dijo Zoe en tono autoritario-. Ah, y a propósito, ¿adónde vamos?

Anthony intentó disimular una sonrisa antes de pisar el acelerador.

-A Lindos -respondió Anthony.

Pronto se encontraron en la carretera que recorría la costa este de la isla, una zona rocosa y acantilada. Una hora más tarde llegaron a Lindos, una ciudad blanca bañada por el sol cuyas casas parecían colgar de los acantilados.

Anthony aparcó a las afueras de la ciudad y el trío bajó por una empinada cuesta. Docenas de motocicletas les pasaron; cuando una de ellas rugió excesivamente cerca, Zoe agarró la mano de Noah instintivamente.

El pequeño le apretó los dedos, la miró y sonrió.

A Zoe le dio un vuelco el corazón. Era un niño encantador. Era un niño que necesitaba una madre.

-Cuando sea mayor quiero una moto -dijo Noah.

-¿Una moto? ¿Te acuerdas de ese chico que vimos en Atenas que tenía solo una pierna? -contestó Anthony.

-No lo asustes -le susurró Zoe.

-Me alegro de que hayas venido -dijo Anthony con voz queda, cuando Noah empezó a andar dando saltos delante de ellos.

-Me parece que el cerebro me ha dejado de funcionar.

Anthony sonrió.

-Estupendo. Así es como más me gustas.

Zoe se alegraba de haber ido a aquel pueblo de blancas casas y estrechas y serpenteantes calles. Pero lo maravilloso no era estar en Grecia, sino con Anthony y Noah.

Se sentía contenta y feliz mientras pasaban por tiendas de souvenirs entre turistas de camino a la acrópolis del pueblo.

A veces, Noah le agarraba la mano. Otras veces, el niño echaba a correr delante de ellos. Y durante todo el tiempo, ella era consciente de la presencia de Anthony a su lado, de la palma de la mano de él en su espalda. Parecía encontrar todo tipo de excusas para tocarla.

Zoe sabía que no debía estar con ellos; al fin y al cabo, había ido allí para olvidar a Anthony. Él pertenecía al pasado, a Shady Lomas, a Rene. Ella no podía volver a Texas, no debía amar a Anthony y querer a su hijo.

El rocoso camino se tornó escurridizo. Cuando ella se paró para examinar el mantel bordado que enseñaba una vendedora ambulante casi se cayó.

Al momento, Anthony la sujetó, atrayéndola hacia sí.

Como siempre que él la tocaba, Zoe tembló de deseo.

-¿Quieres ese mantel? -preguntó Anthony con voz ronca.

-No.

Zoe se mordió el labio. No era el mantel lo que quería, lo que quería estaba fuera de su alcance.

Hacía calor cuando llegaron a las antiguas ruinas. La acrópolis estaba abarrotada de turistas.

Noah se subió a una piedra y tuvieron que bajarlo de ahí. Cada vez que Noah la miraba o le daba la mano, ella sufría porque sabía que lo que el niño quería realmente era tener a su madre con él.

Era Rene quien debía estar con ellos, no ella.

Y, sin embargo, ese día hasta lo imposible le parecía posible.

-Esto es precioso -le dijo ella a Anthony.

Anthony asintió y, sin decir nada, se la quedó mirando a los ojos. El viento le revolvió el cabello y él se lo alisó; después, le sonrió.

A Zoe le pareció que el corazón quería salirse del pecho.

Más tarde, descubrieron una terraza jardín con extraordinarias vistas al mar, a la acrópolis y al pueblo. Incluso había un gato que se parecía a Supergato.

De regreso a los condominios, Noah y ella fueron en el asiento trasero del coche y jugaron con el juego electrónico del niño.

El día estaba siendo perfecto. Insoportablemente perfecto.

Cuando atravesaron el último pueblo antes de llegar a su residencia, el sol ya estaba bajo y proyectaba una luz mágica. Las montañas de Turquía también eran mágicas.

Al cabo de unos minutos, llegaron al aparcamiento del complejo. Anthony apagó el motor y le sonrió.

Zoe no supo qué decir.

-Gracias -susurró ella por fin.

-Gracias a ti -contestó Anthony.

Anthony salió del coche y le abrió la puerta.

Ella puso la mano en la de él. Anthony la ayudó a salir y, entre los dos, recogieron las cosas de ella.

Había pasado un día y quedaban otros seis, pensó Zoe cuando llegó a la puerta de su condominio.

¿Y las noches? Se había prendado tanto del padre como del hijo. Las relaciones impulsivas e imposibles eran su especialidad.

-¿Cenamos juntos? -le susurró Anthony al oído.

-¿Esta noche? -preguntó ella con voz aguda.

-Yo voy a ir a una cena de campamento en la playa con los otros niños de aquí -declaró Noah-. No puedo cenar con vosotros.

-Ya lo sé, hijo. Estaba invitando a Zoe a una... cita.

-¡Guau! -la sonrisa de Noah era tan grande que se le pudieron ver todos los dientes.

-Y, por supuesto, yo debería rechazar la invitación -dijo ella.

-Ninguno de los dos ha hecho lo que se supone que debe hacer -murmuró Anthony.

Zoe, recordando la escena de la cocina, se quedó sin habla.

-¿Tus aposentos o los míos? -preguntó Anthony en voz baja.

-Los míos. A las siete -contestó ella.

Zoe estaba asustada. Cada vez que Anthony la tocaba o la miraba, se sentía sumamente vulnerable. Ahora que estaban a solas en la cocina, le pareció que hacía un calor terrible, a pesar de que no había nada en la sartén.

Habían cenado a base de ensalada griega, pollo asado y vino tinto. Y estaban sentados a la mesa de la cocina, el uno frente al otro.

Anthony se miró el reloj y luego a ella.

-Tenemos una hora y media antes de que acabe la cena de campamento. ¿Qué quieres hacer?

Zoe apartó los ojos de él y miró a su alrededor.

-Podríamos ir a dar un paseo por la playa.

-Sí -Anthony se levantó de la mesa, recogió los platos y los metió en el fregadero-, podríamos.

-A Noah le encantan las piedras que hay en la playa.

Cuando Zoe se levantó, Anthony estaba justo detrás.

-Yo no soy Noah.

Anthony le tocó el pelo y ella, sin pensar, volvió la cabeza para mirarlo. Él se lo tomó como una invitación y la rodeó con los brazos. Un mágico calor la envolvió. Sintió los labios de él en su cabello y el cuerpo le tembló.

¡Oh, cielos!

-¿Cómo puedo estar segura de que lo que quieres no es el rancho?

Anthony le cubrió los senos con las manos.

-¿Cómo puedo estar seguro de que lo que quieres no es solo mi cuerpo?

-Esto es una locura.

Anthony bajó las manos y se las puso en la cintura.

-Una gran locura. Quizá por eso es tan divertido. Me gusta verte temblar cada vez que te toco o te miro. Me gusta que te ruborices cada vez que te miro las piernas.

A ella también le gustaba, ese era el problema.

-A mí no me gusta. Hace que me sienta...

“Vulnerable y que pierda el control”.

-Me he pasado la vida tratando de olvidarte -añadió Zoe.

-Es posible que los dos eligiéramos el camino equivocado. He pasado años y años trabajando y haciéndome cargo de la gente próxima a mí, haciendo lo correcto. No debería haberme casado con Rene, debería haber reconocido y aceptado lo que sentía por ti.

-No lo comprendo, tu matrimonio fue perfecto.

-Puedes creer lo que quieras, pero eso es un mito -Anthony hizo una pausa-. Ayer, cuando te vi en el aeropuerto, me puse furioso. Tanto que, de repente, me di cuenta de que había pasado años sin sentir nada. Y luego sentí esto tan incontrolable que siento por ti, ¿por qué?

-¿La magia de la viuda negra?

-No digas eso de ti misma. Lo que quería decir es que has hecho que me sienta vivo otra vez.

-Tú también has hecho que me sienta viva -admitió Zoe-. ¿Por qué crees que es?

-En mi caso, quizá sea porque te considere un fruto prohibido y peligroso, y porque sé que no debería fiarme de ti.

-Lo mismo digo -contestó ella casi sin atreverse a respirar.

-Por otra parte, quizá debiéramos dejar de analizar tanto las cosas. Algo me dice que no piense y que confíe en el instinto. Dejémonos llevar y a ver adónde nos conduce eso. Veamos por qué sentimos lo que sentimos el uno por el otro. La vida es demasiado previsible.

-La mía no -respondió ella.

Anthony lanzó una carcajada.

-Quiero hacerte el amor. Pero esta vez, primero vas a tener que decirme que no te estoy forzando.

-Se supone que he venido aquí a pensar en mi futuro, a escribir...

-Quizá eso tenga algo que ver conmigo. Además, siempre has tenido mejor cuerpo que cerebro.

-Muchísimas gracias.

-Tienes un cuerpo magnífico y yo una pregunta que hacerte.

Zoe esperó.

-¿Quieres que acabemos lo que empezamos esta mañana en la cocina?

-Lo que tú empezaste, yo no...

-Ya estás otra vez echándome la culpa...

-Está bien, lo retiro.

-En ese caso, ¿quieres...?

-Tendré que preguntárselo a mi cuerpo.

-¿Qué?

-Has dicho que mi cuerpo es mejor que mi cerebro.

Zoe se acercó al mostrador de la cocina y encendió la radio. Una canción griega sonó y ella empezó a moverse al ritmo de la música.

-¿Qué demonios estás haciendo?

-Lo que el cuerpo me dicta. ¿Quiere o no quiere hacer el amor contigo?

Anthony esperó.



Zoe se bajó un tirante del vestido mientras seguía bailando. Después de un par de minutos, se llevó las manos atrás para bajarse la cremallera. Al cabo de unos segundos, el vestido le bajó por los pechos hasta la cintura; después, al suelo. Se quedó con las bragas y el sujetador negros.

Zoe subió el volumen de la radio y empezó a girar y a balancearse. Se desabrochó el sujetador y sus pechos se movieron con el baile. Sintió una gran excitación al ver la reacción de Anthony cuando le tiró el sujetador.

Empezó a ir hacia la habitación sin dejar de bailar. Él la siguió. Por fin, se bajó las bragas y también se las tiró. Después, le cerró la puerta en la cara.

Anthony intentó abrir.

-¿Significa sí o no? -preguntó él con voz ronca.

-Tú me has torturado esta mañana, ahora es mi turno.

-Déjame pasar.

-Mi cuerpo no se ha decidido aún.

Pero a su cuerpo no le costó gran esfuerzo decidir. Con manos temblorosas, Zoe abrió la puerta. Anthony entró con las bragas de ella en la mano; entonces, las dejó caer al suelo. Se miraron fijamente antes de que Anthony la estrechara en sus brazos.

-¿Dónde has aprendido a hacer striptease? ¿Qué más has aprendido?

-Nada más. Lo que pasa es que te deseo más de lo que puedo soportar.

-Y yo a ti.

Anthony introdujo la lengua en su boca, quemándosela.

-Estoy derritiéndome, estoy derritiéndome -susurró Zoe.

-Y yo. Cállate. No vuelvas a decir nada. Y...

-¿Y qué?

-Y no cuentes bombillas -le ordenó él.

-De acuerdo -le murmuró a los labios-. Pero tienes que prometerme ir despacio y...

-Y ser tierno.

-¿Tierno? ¿Así de tierno? -Anthony le acarició los pechos con la lengua y ella lanzó un suspiro de placer.

-Empiezas bien.

Anthony le besó la garganta y los hombros. Después, jugueteó con sus cabellos, como en el pasado.

-Eres preciosa.

-Se te está acabando el tiempo. Anthony la atrajo hacia sí.

-Has dicho que fuera despacio y que lo hiciera con ternura.

-Y tú me has prometido terminar lo que empezaste esta mañana en la cocina.

Anthony le hizo el amor con dulzura y ternura, satisfaciéndola de todas las maneras posibles. Cuando acabaron y ella estaba descansando en sus brazos, el teléfono sonó.

-No contestes -dijo Anthony.

Zoe descolgó el auricular.

Al reconocer la voz que la saludó por el teléfono, Zoe se sentó en la cama bruscamente.

-Oh, Dios mío -gimió Zoe.

Anthony se metió debajo de las sábanas y le puso la lengua en los muslos.

Zoe jadeó.

-¿Quién te ha dado mi número de teléfono?

Zoe empujó a Anthony para que se apartara de ella.

Pero la aterciopelada lengua continuó sus caricias mientras la voz que Zoe oía por el auricular continuaba su monólogo.

-Anthony, no me estás dejando concentrarme -dijo Zoe antes de dirigirse a la persona que la había llamado-. ¿Que estás en Rodas?

La lengua describió círculos maravillosos y Zoe tembló de puro placer.

-¡No, no puedes venir! ¡No! - luego se dirigió a Anthony-. Será mejor que te vayas...

-¿Quién es? -preguntó Anthony, aún debajo de las sábanas.

-Yo... no puedo decírtelo, es un secreto. ¡No, es una emergencia!

Anthony salió de la sábana y la miró con el ceño fruncido.

-¿Le ha pasado algo a Noah?

Zoe sacudió la cabeza y cubrió el micrófono del teléfono con la mano.

-Vete, cariño. Te veré luego.

-¿Es un hombre?

-No, es peor que eso. Se trata de trabajo. Por favor, vete.

Anthony la miró con expresión algo preocupada mientras ella le indicaba la ropa con un dedo.

Anthony se levantó.

-¿Vas a decirme quién es o...?

-Luego te lo digo -contestó Zoe asintiendo.

Anthony gruñó mientras se ponía los pantalones.

-¿Es un hombre?

-Ya he contestado a esa pregunta.

-Será mejor que me digas la verdad.

-Te la estoy diciendo, te lo juro.

-Después de lo que pasó hace nueve años, no me resulta fácil fiarme de ti.

-Eso es un golpe bajo.

Anthony agarró el resto de su ropa y salió del condominio.

-Te veré luego -gritó Zoe.

Cuando Anthony se hubo marchado, Zoe se recostó en la almohada y trató de centrar su atención en la exasperada persona que acababa de llamarla.

## Capítulo Ocho

-¿Estás con alguien? -preguntó Verónica-. ¿Te he llamado en un mal momento?

“¡No puedes imaginártelo!”.

-No, no seas tonta -mintió Zoe-, es tan buen momento como cualquier otro. Dime, ¿qué pasa?

-¿Estás con alguien? -repitió Verónica-. Cuando me enteré de que estabas en Rodas en un horrible condominio, alquilé una villa en un monte de olivos y limoneros a orillas del Egeo que me recuerda a Delfi.

-Nunca he estado en Delfi.

-En ese caso, deberías ir, es un lugar mágico. En fin, dejemos eso, es agua pasada. La cuestión es que estoy aquí y puedes venirte a pasar el resto de las vacaciones conmigo... y ayudarme a empezar mi nueva novela. Se llama Vanished. Se trata de una mujer que va en busca de su viejo amor.

-¿Sigues con el tema de los viejos amores?

-¿No lo hacemos todas? En fin, la protagonista se encuentra con su antiguo amor y hay sexo y demás. Todo es perfecto. Pero entonces... desaparece. Su hermana gemela, preocupada, va en su búsqueda y es cuando conoce a este hombre.

Verónica hizo una dramática pausa antes de continuar.

-El problema es que no consigo empezar. Me he atascado con la primera frase.

-No, lo siento, pero no puedo ayudarte. Manhattan. Abdul. Supergato... ¿se te ha olvidado?

-¡Oh, ese idiota de Abdul! Te juro que se me tiró encima, te lo juro. No vas a permitir que ese imbécil se interponga entre nosotras, ¿verdad? ¡Sabes que estás mucho mejor sin él!

-Fin de la conversación -Zoe colgó el teléfono.

El teléfono volvió a sonar. Esta vez, era Anthony.

-¿Qué pasa?

Alguien llamó a la puerta.

-No puedo hablar en estos momentos. -¿Es por culpa de ese hombre?

-No. Adiós.

-No cuelgues...

-Adiós.

-No...

-Lo siento -con cuidado, Zoe colgó el auricular.

Mientras Verónica aporreaba la puerta, Zoe se tomó su tiempo en vestirse. Se puso unos pantalones vaqueros y un jersey de algodón blanco. Incluso se peinó y se pintó los labios. Y, por supuesto, hizo la cama.

No abrió hasta que dejar el condominio inmaculado.

Verónica se quedó boquiabierta.

-¡Estás... estás guapísima! ¿Te has operado la nariz?

Zoe se tocó el cabello.

-No, soy la misma de siempre. A propósito, tú también estás muy bien.

-¿Te gusta mi pecho nuevo?

-Impresionante. Y estás de rubia otra vez.

Verónica movió la cabeza y sus rubios rizos se agitaron.

-Hacen juego con mi nueva figura tipo estrella de cine. Estoy encantada, me siento realmente yo.

-Bien. Pero no vuelvas a hacerte más operaciones de cirugía estética. Para ya, quédate como estás.

-Mi madre dice lo mismo. La nariz me ha quedado estupenda y el pecho perfecto, pero mi madre no hace más que enviarme fotos de cirugías que han acabado en desastre.

-Tu madre tiene razón. No vuelvas a operarte, ¿de acuerdo? Verónica, estás estupenda tal y como estás ahora. Algún día te darás cuenta de que no tienes ningún defecto ni nada que operar.

-Desde que me dejaste estoy yendo al psiquiatra-. Verónica se dirigió a la cocina-. Qué de platos... para estar pasando las vacaciones sola, ¿no?

-Verónica, ¿a qué has venido?

-Tienes que perdonarme.

-Te perdono, pero eso no significa que tenga que trabajar contigo. Me traicionaste.

-No volveré a hacerlo nunca. Después de mi madre, eres la persona a la que más quiero. Te lo juro, no volveré a hacerte nada de lo que tenga que arrepentirme. Lo que hice fue horrible, lo sé. Yo, en tu lugar, no me perdonaría, pero tú eres más buena que yo. Y si no lo haces, me romperé en pedazos.

-Esto es chantaje emocional.

-Lo sé. Pero, por favor, escúchame.

-Está bien -con paso cansino, Zoe se acercó a la vitro cerámica-. ¿Té?

Verónica asintió, y Zoe puso un cazo con agua a hervir.

-Ya sé que no es disculpa, pero estaba sola en Nueva York. No me atrevía a enfrentarme a Ursula ni a ti porque no había acabado el libro. Pero no podía escribir, estaba atascada. Me habíais adelantado mucho dinero y ya me lo había gastado. Y luego, para colmo, ese imbécil de crítico escribió ese artículo en Internet sobre mis libros. Estaba sola y me sentía desesperada.

-Te estás repitiendo.

-Perdona. La cuestión es que me estaba volviendo loca. La experiencia sexual con Abdul fue horrible; además, me odiaba a mí misma por lo que había hecho, incluso antes de que entraras en tu casa y nos pillaras. Por favor, por favor, intenta comprenderme. En serio, te lo juro, lo siento de verdad.

Zoe no pudo evitar sonreír.

-En lo que a disculpas se refiere, las tuyas son... de gran inspiración. Pero claro, no hay que olvidar que eres escritora.

-Lo siento. En serio que...

-Vale, basta -murmuró Zoe.

En ese momento, el agua empezó a hervir. Zoe sirvió los té y ambas se echaron azúcar.

-De todos modos, lo siento, pero no puedes quedarte aquí -dijo Zoe-. Tengo que resolver algunos asuntos concernientes a mi vida. Tampoco puedo irme a tu villa.

-Pero mi libro...

Zoe bebió un sorbo de té y luego miró a Verónica fijamente.

-¿No me has oído? Yo también tengo mi vida, Verónica. He venido a Rodas por asuntos personales.

-Pero... ¿y yo?

-Si quieres, mañana podemos almorzar juntas, en la ciudad de Rodas.

Zoe agarró una de las guías que tenía encima de la mesa de la cocina y la hojeó hasta encontrar el un restaurante terraza en la fortaleza Kinghts.

-Aquí dice que este restaurante es muy tranquilo y que tiene unas vistas preciosas. Lleva el cuaderno y a ver si se nos ocurre algo.

Verónica sacó su libreta de direcciones y anotó el nombre del restaurante.

-¿Qué haría yo sin ti?

-Te las arreglarías.

-No sin mi musa.

Se levantaron, fueron a la puerta y se dieron un abrazo.

-Me alegro de que te esté viendo un psicólogo -dijo Zoe.

Zoe estaba vestida y tenía que marcharse ya si no quería llegar con retraso a su cita con Verónica, pero Anthony se negaba a colgar el teléfono.

-¿Por qué no quieres decirme con quién vas a comer? -insistió Anthony.

-Ya te he dicho que te veré esta noche.

-¿Un almuerzo te va a llevar toda la mañana y toda la tarde?

-Te lo explicaré luego.

-¿Se trata de un hombre?

-¡No! Ya, te lo he dicho mil veces.

-Zoe...

-Confía en mí.

-¿Que confíe en la viuda negra de Shady Lomas?

-Eso es un golpe bajo y lo sabes. ¿Cuántas veces...?

-Perdona.

-Tu disculpa no me parece sincera.

-Porque no lo es.

-Porque eres un machista y un cabezota.

- ¿Qué otros defectos vas a añadir a la lista?
  - Obseso sexual.
  - ¿Es eso un defecto?
  - Un defecto divertido -Zoe se miró el reloj-. Escucha, tengo que marcharme o llegaré tarde.
  - Solo son las diez.
  - La persona con la que voy a reunirme es muy impaciente.
  - Quiero conocer a esa... impaciente persona.
  - Y yo quiero que te metas en tus propios asuntos.
  - Tú eres asunto mío.
  - Nos acostamos una noche y te crees que eres mi dueño.
  - Dos noches y una mañana.
  - No te pertenezco, Anthony.
  - Zoe...
  - Adiós.
  - Zoe...
  - Olvide este asunto y juega con Noah, y dale un abrazo y un beso de mi parte.
  - Preferiría darte un beso a ti en...
  - Esta noche. Y estoy deseando que lo hagas.
- Zoe le sopló un beso por el micrófono del teléfono y colgó.

Noah se había ido a la playa a jugar con los demás niños del complejo y Anthony no pudo contenerse. ¿A qué estaba jugando Zoe? ¿Qué se traía entre manos?

¿Con quién iba a pasar el día cuando debía estar con él?

“Confía en mí”, le había dicho ella. Pero no podía fiarse de Zoe.

Se metió en su coche de alquiler en el momento en que Zoe paró un taxi. Cuando el taxi arrancó, él puso en marcha el motor del suyo.

Nadie iba a arrebatársela otra vez. Porque la amaba.

La amaba.



No tuvo mucho tiempo para reflexionar sobre ello, tampoco quería hacerlo. El conductor del taxi era un maníaco que se cruzaba los semáforos en rojo.

En la ciudad de Rodas, Anthony se paró delante de un semáforo y la perdió.

Condujo por las calles sin dirección fija, buscando. Por fin, al cabo de una hora, encontró un lugar donde aparcar a la sombra de una palmera. Se sentía tan frustrado que dio un puñetazo al volante. Levantó la cabeza y fue cuando vio las torres de la fortaleza Knights. Estaba seguro de que Zoe se encontraba en algún lugar de esa zona con su misterioso acompañante.

¡Cielos! ¿Estaba enamorado de ella? ¿La amaba?

Al hacerse esas preguntas, se sintió como un barco a punto de hundirse.

Sacó la llave de contacto. Tenía que encontrarla y solucionar los problemas de su relación antes de que fuera demasiado tarde.

Las relaciones amorosas no eran fáciles. ¿Cómo podía convencer a Zoe de que dejara su trabajo en Nueva York y volviera con él a Shady Lomas, a pesar de que eso la obligaría a enfrentarse a la gente de allí que tanto había murmurado en contra de ella?

Decidido a encontrarla antes de que Zoe se dejara llevar por sus impulsos, Anthony salió del coche y se dirigió hacia las murallas de la ciudad antigua. De no estar tan preocupado, le habría gustado aquel paseo histórico.

Anthony se paseó por las estrechas y empedradas calles durante dos horas hasta que le rugieron las tripas de hambre.

¡Maldición! ¿Dónde se había metido Zoe? Si se había ido con otro hombre...

Cuando se la imaginó en la cama besando a otro, tembló de ira.

“Confía en mí”, le había dicho ella. Tenía que encontrarla.

## Capítulo Nueve

-¡Eres única! -exclamó Verónica.

Los rizos rubios le acariciaban los hombros desnudos. Sus senos voluptuosos parecían a punto de salirse del vestido verde.

-Es como si fueras mi... bujía.

Zoe lanzó una carcajada.

-Prefiero que me consideres tu musa.

El restaurante terraza era tan tranquilo y bonito como lo describía la guía turística, con vistas al mar y a la fortaleza.

Zoe pidió su acostumbrada ensalada griega y un refresco bajo en calorías; por lo tanto, Verónica, que se sentía acomplejada por su voraz apetito, imitó a su editora.

Habían trabajado durante una hora antes del almuerzo y Verónica había escrito veinte páginas en su cuaderno. En vez de asustada y deprimida, ahora estaba entusiasmada.

-A ti te resulta natural comer poco -dijo Verónica-. Yo, sin embargo, tengo que estar siempre vigilándome para mantener la figura.

-Que, por cierto, se te está saliendo por el escote.

-Después de la operación he tenido que comprarme ropa nueva.

Cuando Verónica acabó la ensalada, llamó al camarero para que les llevara más ouzo.

-Ya has bebido dos vasos -le recordó Zoe.

-Siempre estás contando. Ya que no puedo comer, tengo que hacer algo.

-Es verdad, siempre estoy contando -comentó Zoe, recordando la primera noche con Anthony en la que se puso a contar bombillas para prolongar el éxtasis,

-¡Vaya, estás sonrojándote! -exclamó Verónica-. ¿Has conocido a alguien aquí?

-Si yo fuera tú, tendría cuidado con el ouzo -le advirtió Zoe-. Está demasiado bueno.

-Me suena más a consejo que a advertencia -Verónica se bebió el vaso que el camarero acababa de llevarle y pidió otro.

-Es y no es un consejo.

De nuevo, Zoe pensó en la primera noche que se había acostado con Anthony ahí, en Grecia.

-Lo amo -susurró Zoe jugueteando con el tenedor.

-Se trata solo de sexo.

-Ya estás hablando sola otra vez.

-Quiero acostarme con él esta noche otra vez.

-No, no es solo eso.

-Estás manteniendo una conversación contigo misma otra vez -dijo Verónica.

Zoe se mordió los labios y dejó el tenedor.

-Es una mala costumbre.

-¡Y te has puesto colorada! Yo también hablo conmigo misma todo el tiempo, así es como empiezo todos mis libros; luego, sigo escribiendo lo que las voces que tengo en la cabeza me dictan. No soporto cuando las voces se callan -Verónica agitó su vaso de ouzo-. Creo que esta bebida me está inspirando, o quizá seas tú, mi musa. ¡Eh! Otra vez te has puesto colorada. No has respondido a mi pregunta: ¿has conocido a alguien?

Zoe sintió que las mejillas se le encendían.

-Ya te he dicho que he venido aquí a pensar y a escribir un poco.

-¿Y has escrito algo?

-La misma frase una y otra vez.

-Te entiendo perfectamente. Bueno, ¿qué has estado haciendo?

Zoe enrojeció una vez más.

-¿No deberíamos estar trabajando en Vanished?

-Otra vez roja como un tomate.

-Es el sol.

-Estamos a la sombra, encanto. Y aquí, con la brisa del mar, se está muy bien.

-Los rayos del sol lo penetran todo -contestó Zoe-. Tengo una piel muy delicada.

-Ya. Vamos, dime, ¿quién es? ¿Me lo vas a presentar?

-¿Estás loca? ¿Después de lo que pasó en mi casa?

-Me duele que no confíes en mí.

-¡Verónica! Ya estoy harta de hablar de eso.

-De acuerdo, lo sé, no es fácil perdonar.

-Me dolió más lo que me hiciste tú que lo que me hizo Abdul. Significabas mucho para mí. Tenía fe en ti.

La expresión de Verónica se suavizó. Extendió el brazo y tomó la mano de Zoe.

-Siento mucho lo que pasó en tu casa. Tú también eres muy importante para mí. Después de lo que te hice, no podía dejar de comer. Engordé siete kilos en una semana y, desde entonces, he tenido que seguir una dieta espantosa. Te quiero mucho. Lo siento, pero te juro que nunca volveré a traicionarte... ¡Ni siquiera aunque salieras con el Príncipe Azul!

Zoe tragó saliva.

-Está bien, empiezo a creerte. Pero recuperar la confianza que te tenía me va a llevar tiempo; por si no lo sabes, no eres la única que está neurótica. Soy capaz de ponerme muy celosa... dependiendo de qué persona se trate.

-¿Te refieres a tu nuevo novio?

Zoe asintió.

-Te quiero mucho, no volveré a traicionarte.

-En ese caso, vamos a ponernos a trabajar. Solo nos quedan unas pocas horas.

-¿Por qué? ¿Qué vas a hacer esta noche?

-Ocuparme de mis asuntos. ¿Tan difícil te resulta de entender?

-Está bien, ya no te haré más preguntas. Vamos, a trabajar.

Pero mientras hablaban y hacían anotaciones, Verónica continuó observándola y jugueteando con su vaso de ouzo. No podía olvidarse del tema, era escritora y la gente despertaba su curiosidad.

-Tengo que estirar las piernas -dijo Verónica. Se levantó, se acercó lánguidamente hacia el muro de la terraza y miró a la calle.

Su rostro se encendió.

-¡Levántate, Zoe! ¡Mira eso!

Zoe se levantó y se acercó a Verónica.

-¡Es él! -exclamó Verónica señalando a un hombre alto y de anchas espaldas que había en la calle.

Anthony levantó la cabeza justo en el momento en que Verónica se inclinó hacia delante, con el pecho a punto de salirse del vestido, y lo saludó con la mano.

Zoe tragó saliva.

-No está libre -dijo Zoe-. Es mío.

Verónica ni siquiera la oyó. Anthony agitó la mano con el mismo entusiasmo.

“Rene era rubia y tenía mucho pecho”, le dijo una voz en la cabeza.

-¡Mira, ha entrado y va a subir! -exclamó Verónica-. ¿Dónde está mi lápiz de labios?

-Verónica, tengo que decirte una cosa. Yo...

-¡No, ahora no! Voy un momento al servicio a arreglarme un poco.

-¡Verónica, es mío!

Verónica se alejó a toda prisa. Si la había oído, lo disimuló.

Anthony estaba tan contento de haber encontrado a Zoe con una mujer, no con un hombre, que no pudo dejar de sonreír a Verónica; una mujer guapa, si a uno le gustaba el tipo coqueto y despampanante.

-¡Dios mío! ¿Así que esta era la persona con la que ibas a comer? -le preguntó a Zoe.

-¿Os conocéis? -quiso saber Verónica.

Anthony se quedó mirando a Zoe.

-Podías habérmelo dicho.

-Mi condominio está al lado del suyo -explicó Zoe con voz seca.

-Le he preguntado si había conocido a alguien aquí.

-¿Y qué ha dicho?

-Nada. No te ha mencionado para nada. Tenía un novio en Nueva York, Abdul. Se parecía bastante a ti. Supongo que le gustan los hombres morenos y guapos.

-Ssss -Zoe miró a Verónica.

-Estoy muerto de hambre -dijo Anthony-. ¿Os molesta que me sienta con vosotras?

-No, en absoluto -dijo Verónica con voz suave y espesa.

Verónica le sonrió lascivamente y se acercó a él, apuntándolo con el pecho.

Anthony sonrió y a Zoe le dieron ganas de darle una bofetada.

-Deja de babear -dijo ella en voz baja.

Anthony arqueó las cejas.

-¿Has dicho algo?

-¡No!

Verónica empezó a decirle que era una importante escritora a quien Zoe había descubierto.

-Al principio, fue la única persona que creyó en mi talento -dijo Verónica-. Ahora, soy una estrella. Pero nunca he escrito un libro sin ayuda de Zoe, por eso la he seguido hasta aquí. No podía empezar la nueva novela.

Anthony se quedó mirando el cuaderno. Quizá aquella mujer fuera adicta a los implantes, pero se tomaba muy en serio su trabajo. Igual que Zoe, que había interrumpido su actividad sexual con él para hacerse cargo de su trabajo. Le pareció encantador.

Anthony llegó a la conclusión de que Verónica era importante para Zoe; por lo tanto, estaba decidido a ser agradable con ella, por mucho que le costara. Y cuando Verónica le puso la mano en una rodilla, él se la apartó y sonrió tímidamente a ambas mujeres.

Tenía que ser amable.

Al cabo de un rato, Zoe dejó de participar en la conversación, por lo que a él no le quedó más remedio que seguir hablando con Verónica. Cuando acabó de comer, dijo que tenía que marcharse.

-No -dijo Verónica implorante-. Ahora que empezábamos a divertirnos...

Zoe se puso en pie.

-Ya no vamos a trabajar más, ¿verdad?

-Desde luego que no, ahora toca divertirse -contestó Verónica.

Anthony iba a levantarse también, pero la mano de largas uñas estaba otra vez en su pierna; si se levantaba, no sabía qué se le ocurriría hacer a Verónica. Por lo tanto, se quedó inmóvil.

-En ese caso, me voy -dijo Zoe.

-He venido con el coche -dijo Anthony-. ¿Quieres que te lleve al complejo?

-No, tomaré un taxi. Vosotros dos quedaos y pasadlo bien.

-Zoe...

-¡Que os divirtáis!

-¡Zoe!

Zoe lo ignoró y se dirigió a las escaleras a toda prisa. Cuando él se levantó, Verónica le puso la zancadilla. Cuando Anthony logró levantarse del suelo y librarse de Verónica, Zoe ya se había subido a un taxi y se estaba alejando.

El camarero salió a la calle y le dijo:

-Señor, su amiga, la señorita que está en la terraza, la rubia del vestido verde... se ha desmayado.

Anthony corrió escaleras arriba y encontró a Verónica con la cabeza encima de la mesa y el pelo en el plato de ensalada, con una mano en un vaso de ouzo.

Cinco camareros se le acercaron. Él les lanzó una furiosa mirada y ellos levantaron la cabeza hacia el cielo. Anthony lanzó una maldición en voz baja. Quería ir tras Zoe, pero Verónica era la escritora más importante de Zoe, por lo que no podía dejarla ahí a merced de cualquiera.

Con suavidad, le sacudió los hombros. Verónica...

Al sentir sus manos, ella murmuró algo incoherente. Anthony le levantó la cabeza. Verónica parpadeó y luego le dedicó una lasciva sonrisa. Después, Verónica vio al camarero y agitó su vaso de ouzo.

-Está... vacío.

-Ya has bebido suficiente -le dijo Anthony, bajándole la cabeza a la mesa con cuidado.

-Bájena mientras yo voy a buscar el coche -les dijo Anthony a los camareros.

-¿Y la cuenta, señor?

Mientras Anthony se metía la mano en el bolsillo para sacar la cartera, el camarero más corpulento agarró a Verónica, se la echó al hombro y se dirigió hacia las escaleras. Verónica tenía una cintura diminuta, unas buenas nalgas y un pecho increíble.

Pero esa mujer era demasiado escandalosa y atrevida. No lo atraía. Zoe sí.

Tenía que llevar a Verónica a su hotel y volver con Zoe enseguida.

Cuando volvió con el coche al restaurante, los camareros metieron a Verónica dentro, sentándola en el asiento contiguo al de él. Cuando cerraron la puerta, ella abrió los ojos y le dedicó una sonrisa que lo asustó.

-¿En qué hotel estás? -preguntó él.

-Villaaaa.

-¿Dónde?

-¿Dónde quieres que esté?

-Nada de juegos conmigo.

Verónica rió; después, le sonrió adormilada.

-¿Dónde?

-Ya te heeee oído -contestó ella.

-Necesitas despejarte.

Los sensuales labios de Verónica se curvaron.

-Tengo una idea mejor.

-¿Dónde está tu villa?

-Se me ha olvidado -riendo,

Verónica le puso la mano en una pierna.

Anthony le apartó la mano.

-Voy en serio con Zoe.

Ella volvió a reír.

-Eso es lo que decía Abdul.

-¿Quién demonios es Abdul?

-El novio de Zoe.



## Capítulo Diez

¡Con que nunca volvería a traicionarla!

Zoe agarró una de esas redondas y bonitas piedras que había en la playa y la tiró al agua tan lejos como pudo. Debería haberle dicho a Verónica que volviera a su casa.

Se quedó mirando al mar y luego tiró otra piedra.

-¿Cómo has podido hacerlo, Verónica? Te he dicho que era mío.

Pero... ¿lo era? Tiró otra piedra, furiosa. ¿Y cómo había podido hacerle eso él?

Estaba enfadada con los dos, con él y con ella; pero, sobre todo, estaba dolida con Anthony. Ya lo había perdido una vez, Rene se lo quedó; la perfecta Rene, que en una ocasión le dijo que jamás le pertenecería a ella. ¿Era verdad?

¡Y cómo se había atrevido Anthony a seguirla al restaurante! ¡Cómo se había atrevido a coquetear con Verónica! ¿Acaso no se había dado cuenta de la confusión y vulnerabilidad de Verónica? La escritora no sabía ni quién era, mucho menos lo que quería en la vida.

-¿Por qué te preocupas de Verónica? Ahora está con Anthony, te lo ha quitado.

-Ya estás hablando sola otra vez.

-Siempre hablo sola cuando estoy enfadada y pierdo el control.

Furiosa y dolida, Zoe se sentó en la arena de la playa. Cuando el sol se desvaneció y empezó a hacer fresco, se tapó con una toalla que unos turistas habían olvidado, los ojos fijos en las montañas mágicas al otro lado del mar.

Y Anthony todavía sin aparecer.

Cuando salieron las estrellas, se echó la toalla por encima y volvió a su condominio sintiéndose como un animal herido.

En la cocina, ni siquiera miró a la bandeja de la fruta. Había pasado la hora de la cena, pero el sufrimiento le había quitado las ganas de comer.

En el dormitorio, se sentó delante del escritorio y miró al cuaderno que tenía delante. Agarró un bolígrafo, luego se miró al espejo y tuvo la impresión de estar mirando a un objeto inerte.

Mentalmente, volvió al restaurante-terraza. Los pechos de Verónica saliéndosele por el vestido y Anthony sonriéndole.

-Te estás auto compadeciendo.

-Estás hablando sola otra vez.

Zoe mordió el bolígrafo. Después, empezó a escribir.

Una hora más tarde, cuando acabó de escribir, se sintió mejor. Pero cuando leyó la primera frase, se quedó horrorizada.

¿Por qué se le había ocurrido pensar que podía llegar a ser escritora? Era una editora. Jamás podría expresarse como lo hacía Verónica. Admiraba a la gente que podía escribir como Verónica. Por eso había permitido que Verónica se aprovechara de ella. Verónica era una mujer de mucho talento, una gran escritora.

-Pero, como persona, es muy débil y está completamente perdida. El menor contratiempo la deja destrozada.

-Pero está con tu hombre.

-Lo ha atrapado con el nuevo pecho.

-El único hombre al que has amado estaba atontado con ese pecho.

Zoe arrancó del cuaderno las páginas que había escrito, hizo una bola con ellas y la tiró a la papelera. Luego, se quedó sentada hasta que el teléfono sonó.

¿Anthony? Se maldijo a si misma por esperar que fuera él. Al momento, se acercó a la mesilla de noche y contestó.

Una mujer con acento inglés dijo:

-Su sobrino ha llamado y ha dicho que tiene un problema.

-¿Con quién estoy hablando?

-Soy Bridget, la recepcionista.

-Bien.

-Al parecer, el señor Duke no puede venir a recoger a su hijo a tiempo y me ha pedido que la llamara...

Zoe maldijo para sí.

-Sí, claro que sí, ahora mismo iré a recoger a Noah.

Noah estaba esperándola en la recepción; en las manos tenía tres dibujos, la bolsa de la comida y su juego electrónico.

-¿Dónde está papá?

-Con una amiga.

-¿Qué amiga? Tú eres la única amiga que tiene aquí.

-Hoy ha hecho una amiga.

-¿Quién es?

-¡Eh! ¿Quién ha hecho estos dibujos? -preguntó Zoe para distraerlo.

-Hemos ido a una taberna y he dibujado barcos de pescar -pero Noah no se distrajo-. ¿Cuándo va a venir papá?

-Pronto. ¿Qué has hecho hoy con el grupo de campamento?

Noah, entusiasmado, le explicó en detalle lo que había hecho. Había conocido a un motociclista alemán en la taberna, un motociclista que fumaba y llevaba un pañuelo negro al cuello. Y habían ido a las ruinas de Kamiros, la más pequeña de las tres ciudades antiguas de la isla de Rodas.

-¡Zoe! Había habitaciones muy pequeñas sin techo. ¿Qué les ha pasado a los techos? ¿Por qué están tan sucias esas casas? ¿Dónde están las mesas y las sillas y las camas? ¿Van a acabar así nuestras casas también? ¿Dónde están los muebles?

Zoe se echó a reír.

-¡Qué de preguntas! -se quedó pensativa un momento-. No soy arqueóloga, pero creo que las casas de piedra duran más que las que hacen ahora.

Noah la escuchó con atención. Cuando ella acabó de darle explicaciones, los ojos azules del niño se agrandaron.

-¿Quién?

-¿Quién... qué? -dijo Zoe haciéndose la tonta.

-¿Quién está con mi padre? ¿Por qué papá no está con nosotros? ¿Por qué no quieres decirme con quién está? ¿Por qué estás tan triste? ¿Por qué...?

-Eh, Noah, Noah... -Zoe lo abrazó.

El niño tembló y se apartó de ella. Estaba muy pálido y parecía más pequeño de lo que era. Sus mejillas enrojecieron. Ella lo había asustado. Noah estaba pensando en su madre y en la posibilidad de que a su padre le hubiera ocurrido algo también.

-Tu padre está bien, no le ha pasado nada. Noah, deja de preocuparte, tu padre está bien.

-¿De verdad? Cuando murió mi madre, nadie quería decírmelo. Me miraban raro, igual que me estás mirando tú ahora.

-¿En serio?

Zoe volvió a abrazarlo y le acarició el cabello. A ella tampoco le dijeron nada cuando sus padres murieron.

-¿Por qué está con otra persona si tú estás aquí?

-Oh, Noah... -Zoe lo estrechó contra sí-. Vamos, deja de preocuparte. Vamos a hacer algo divertido.

-Como... ¿jugar con el juego electrónico?

-Perfecto. Y todo el tiempo que quieras.

-¡Genial! -el pequeño abrió su mochila para sacar el juego.

Cenaron juntos en la cocina de ella. Después, jugaron hasta que llegó la hora de que Noah se acostara.

-No se te da muy bien jugar a esto -dijo Noah bostezando, después de que Zoe perdiera por cuarta vez.

Le había costado mucho concentrarse.

-Puede que sea porque a ti se te da muy, pero que muy bien.

-¿De verdad?

-Eres un campeón.

Zoe le dio un vaso de leche. Después, el niño se quitó la ropa y ella le prestó una camiseta para dormir. Cuando Noah estaba en la cama, ella lo arropó y trató de no recordar que era la misma cama en la que Anthony y ella habían hecho el amor apasionadamente.

A oscuras, Zoe se sentó en la cama e intentó no pensar en Anthony mientras el tiempo seguía pasando.

Se abrazó a sí misma e hizo un esfuerzo por no imaginar a Anthony haciendo el amor con Verónica; por supuesto, su calenturienta imaginación se negó a cooperar.

El timbre de la puerta sonó a las doce de la noche.

Zoe corrió hasta la puerta y miró por el ojo de buey. Anthony y la rubia colgando de sus brazos.

-No abras -le dijo una de sus voces.

Zoe abrió la puerta.

-Buenas noches, Anthony -dijo ella.

Se miraron el uno al otro. Ella vio círculos oscuros alrededor de los negros ojos de Anthony y entendió su silencioso ruego de ayuda y

comprensión. Tenía aspecto de haber estado en una batalla campal.

Instintivamente, Zoe sintió compasión. Pero entonces, visiones de una imaginaria alfombra turca le helaron el corazón.

-Ahora entiendo por qué te disgustaste tanto anoche cuando ella llamó -dijo Anthony-. Jamás me creerías si te contara lo que me ha hecho pasar.

-Ponme a prueba.

-Es tarde, seguro que no quieres oírlo.

-Puede que tengas razón.

A pesar de sentirse profundamente traicionada y de que Anthony llevaba a una mujer casi desnuda en los brazos, Zoe aún lo deseaba.

-Idiota.

-Ya estás hablando sola otra vez.

Zoe se mordió la lengua y bajó la cabeza para que Anthony no notara lo mucho que lo deseaba. Echándose a un lado, lo dejó pasar.

-Noah está acostado en mi cama. Puedes dejarla en el sofá -dijo ella con frialdad.

Zoe mantuvo la cabeza alta e intentó no revelar sus verdaderos sentimientos mientras Anthony llevaba a Verónica al cuarto de estar y la dejaba en el sofá.

Después, Anthony se sacó de los bolsillos unos zapatos verdes de tacón, un sujetador y un tanga. Dejó los zapatos en el suelo y metió en ellos la ropa interior.

A Zoe le voló la imaginación: Verónica haciendo el amor con Anthony en la alfombra turca con solo un tanga color verde.

Sin poder evitarlo, Zoe sacó las bragas de los zapatos y las agitó delante de la cara de Anthony.

El rostro de él mostró vergüenza.

-Tu amiga está... algo perdida.

-¡Por favor!

Zoe volvió a agitar el tanga violentamente. Él lo agarró. Durante un ridículo momento, ambos tiraron de la diminuta prenda. Por fin, ella la soltó.

- Quédatelas, te las has ganado -dijo Zoe escupiendo las palabras.
- ¿Qué? -Anthony se la quedó mirando fijamente-. ¿Acaso crees que...?
- Tengo ojos en la cara.
- Supongo que no puedo reprochártelo -admitió él.
- Se ha quitado la ropa delante de ti, ¿verdad? Sé que vas a decirme que se te ha echado encima.
- Peor que eso.
- ¿Te has rendido... tras una larga lucha?
- ¿Cómo se te ocurre decir eso? La conoces perfectamente, y también me conoces a mí.
- Y sé lo que ven mis ojos.
- Escúchame, Zoe, te amo.
- ¿Que me amas? Debes de creer que soy idiota.
- Te amo -repitió Anthony.
- ¡No digas eso!
- Yo...
- No me importa.
- No lo dices en serio -susurró él.
- No quiero casarme con un hombre que se acuesta con una amiga mía y luego me dice que me ama. Me volvería loca. Y he estado loca por ti demasiado tiempo.
- ¿En serio?
- Nueve años... y eso sin mencionar cuando éramos niños.
- ¿Estabas loca por mí cuando vivías en Manhattan?
- ¡Sí, sí, sí! Pero se ha acabado. He venido aquí para olvidarme de ti, y lo he conseguido. Hemos terminado. He sido una imbécil por amarte tanto. He sufrido mucho.
- ¿Que has sufrido? Yo también. Y también me he sentido culpable...
- A Zoe se le encogió el corazón al notar angustia en la voz de él.
- Me casé con Rene, una mujer a la que no amaba, para vengarme de ti por haberme convertido en el hazmerreír de la ciudad al casarte con mi tío Duncan. Creí que, si me casaba con Rene, la gente me dejaría en paz. Y así fue.

-¡Oh!

-Pero lo pagué muy caro porque nunca la amé. Me casé con ella porque era tu mejor amiga y la hice desgraciada. Por supuesto, intenté ser un buen marido y me esforcé en amarla, pero no fue suficiente. Sin amor, Rene fue apagándose poco a poco; engordó y fue dejándose. Luego, cayó enferma. Era la madre de mi hijo y una madre maravillosa; pero, en lo referente a nuestra relación, era un infierno. Pasamos los últimos años de nuestro matrimonio sin hacer el amor. Antes de caer enferma, me pidió el divorcio; pero entonces, fue cuando se descubrió su enfermedad y yo le prometí que cuidaría de ella. Rene aceptó porque quería pasar el tiempo que le quedaba con Noah. Todo esto no lo sabe nadie, excepto tú.

-Yo... lo siento.

-Al parecer, ella me quiso siempre, por lo que debió de sufrir mucho. Era una excelente cocinera y una mujer muy maternal. Rene habría sido la esposa perfecta... para otro hombre. Pero no para mí, porque yo estaba enamorado de ti. Te amaba entonces y sigo amándote.

-¿Y qué pasa con Verónica?

-Eso, ¿qué pasa con Verónica? -preguntó Verónica bostezando.

Verónica se sentó en el sofá y se pasó la mano por el revuelto cabello. De repente, se quedó inmóvil al ver a Zoe.

-¡Oh, no! ¡Otra vez no! -Verónica se volvió a Anthony-: Te había dicho que no le dijeras nada; es mi musa, la necesito. Te había dicho que es muy celosa.

-No me importa lo que hayas podido decirle -declaró Zoe con firmeza-. Agarra tus tacones y tu maldito tanga y vete a tu casa. Y de ahora en adelante, escribe los libros tú sola.

-¡No puedo!

-Deberías haber pensado en eso antes de hacer el amor con Anthony en la alfombra turca.

-¿Qué alfombra turca? -preguntó Anthony.

-¡Da igual! ¡Fuera, los dos!

-Pero si no ha pasado nada -dijo Anthony.

Zoe fue a la puerta y la abrió.

-Tienes que creerme -dijo él.

-No tengo que hacer nada -respondió Zoe-. Ah, y llévate a Noah. Está acostado en mi cama.

Cuando Verónica, Anthony y Noah salieron, Zoe contuvo el impulso de cerrar de un portazo. No lo hizo por no despertar a Noah. Sin embargo, cuando entró en su dormitorio, empezó a tirar al suelo la ropa y los artículos de maquillaje.

-¿Qué vas a hacer? -se dijo.

-¡Haz las maletas! ¡Cállate y déjame en paz!

-Ya estás hablando sola otra vez.

En ese momento sonó el teléfono.

-Por si sirve de algo, te amo -dijo Anthony con voz suave.

Zoe respiró profundamente.

-Cuando mis padres murieron, sufrí mucho. No quiero volver a querer a nadie porque no quiero volver a sufrir así. No quiero casarme contigo. Lo único que quiero es no sentir nada. No vuelvas a llamar.

Zoe colgó el auricular.



## Capítulo Once

A pesar de ser tan temprano, el sol resplandecía en Grecia.

Zoe golpeó el mostrador de recepción con la llave de su condominio.

-Hola. ¿Hay alguien aquí? ¡Necesito cerrar la cuenta!

Una mujer delgada, vestida con un traje color burdeos en el que había prendida una tarjeta de identificación con el nombre de "Bridget" salió a la recepción.

-Su sobrino dio la nota anoche con esa mujer -declaró Bridget con voz seca.

-¿Se puede pagar con Visa, Bridget? -preguntó Zoe en tono igualmente frío.

Mientras Bridget pasaba la tarjeta por la máquina, comentó:

-Cuando su sobrino entró en la zona de aparcar, la ventana del techo del coche estaba abierta.

-¿Sí?

Bridget asintió.

-Verá... ella estaba desnuda de cintura para arriba y no hacía más que agitar los brazos hacia arriba. Temí que alguien los viera, llamara a la policía e hiciera que arrestaran a su sobrino.

-Si yo los hubiera visto, habría llamado a la policía.

Bridget le lanzó una extraña mirada y luego le dio el recibo. Sin pronunciar una palabra más, Zoe firmó y salió a la calle para llamar a un taxi.

Un taxi amarillo se detuvo justo en el momento en el que Noah apareció a su lado.

-¡Espera, espera, nosotros también nos vamos! ¿Podemos ir todos juntos en el taxi?

Zoe se agachó y Noah se arrojó a sus brazos.

-Hoy no, cariño mío -Zoe le acarició el cabello y luego lo miró a los ojos-. Oh, Noah.

El niño apoyó la cabeza en su hombro y se aferró a ella.

-¿Te vas porque mi padre tiene una nueva amiga?

Zoe tragó saliva.

Después, con suavidad, el niño se apartó de ella para mirarla.

-Dime, ¿es por eso?

Noah llevaba dos animales de peluche en una mano y un papel color amarillo.

-¿Qué tienes en la mano?

-Mis muñecos y un papel que he encontrado en la papelera. ¿Estabas escribiendo una historia?

-Oh, Dios mío -Noah tenía los escritos en los que ella había volcado su corazón la noche anterior-. Es lo que escribí anoche, ¿te importaría devolvérmelo?

El niño la miró traviesamente y luego, agarrando el papel con fuerza, se lo llevó a la espalda. Zoe estaba a punto de rogarle que se lo diera cuando Anthony apareció con su equipaje y el de su hijo.

Al instante, Zoe se olvidó del papel. Tenía que marcharse de allí lo antes posible.

-Adiós, Noah -dijo ella abrazando al pequeño. Cuando se incorporó, Anthony le pidió que esperase.

Ella apretó la mano de Noah y luego le acarició la mejilla.

-Adiós -repitió Zoe-. Nunca te olvidaré.

Los ojos de Noah brillaron.

-¡Eh, espera! Voy a darte una de mis piedras de la buena suerte.

Noah le puso una piedra en la mano.

-Gracias -susurró Zoe.

De repente, Noah se echó a llorar.

-Oh, cielo, no, no -Zoe volvió a arrodillarse-. Ojala pudiera quedarme, pero no puedo.

-Podrías quedarte si quisieras. Puedes hacer lo que quieras. Eso es lo que mi abuela dice.

-No, Noah.

Entonces, Zoe se subió al taxi y le pidió al conductor que fuera a toda prisa al aeropuerto.

Zoe tenía el asiento de la ventanilla en el vuelo de Rodas a Atenas. Una mujer mayor de cabello azulado ocupaba el asiento del pasillo. El del centro estaba vacío.

De repente, un niño se abrió paso entre las piernas de la mujer y el asiento delantero y se sentó en el del centro.

-Me da la impresión de que vamos a tener el mismo problema que al venir -dijo una voz masculina.

-Podemos jugar tan pronto como acabe con este juego -le dijo Noah a Zoe.

Zoe habló sin mirar a Anthony.

-Vete y déjame sola -se dirigía a Anthony mientras se abrochaba el cinturón de seguridad.

-Tienes que escucharme.

-No, gracias. Sé que Verónica estaba medio desnuda en tu coche, y sé que llevabas su tanga y su sujetador en el bolsillo del pantalón.

La mujer de cabello azulado respiró profundamente.

Noah, completamente abstraído en su juego, bajó la cabeza.

-Todo idea de Verónica, no mía -respondió Anthony.

-Pero a ti te encantó.

-¿Qué querías que hiciera con ella? Es tu escritora, es importante para ti.

-¡Ya no!

-Bien, échame la culpa, adelante.

-Tú la tentaste y luego volviste a traicionarme.

-¿Que volví a traicionarte?

-Déjalo, da igual.

-Tú nos presentaste. Podrías haberme advertido la noche anterior.

-No me fiaba de ti, y con razón. Me seguiste y luego te tiraste a ella.

-Eso es una estupidez.

-Bien. ¡Márchate!

Los pasajeros empezaron a agruparse detrás de Anthony. Una azafata se abrió paso y empezó a ayudar a los demás pasajeros a encontrar sus asientos.

Cuando la azafata volvió, dijo con no poca disimulada tensión:

-Caballero, lo siento, pero no tenemos suficientes asientos libres en este vuelo -le dijo a Anthony examinando su tarjeta de embarque.

-Tengo dos tarjetas de embarque válidas.

-Pero solo hay un asiento libre en este avión. Usted y su hijo necesitan dos asientos, no uno.

-Yo me voy con la tía Zoe -dijo Noah animadamente-. Papá, tú puedes ir en el siguiente avión.

-Yo me voy a Nueva York, cielo -dijo Zoe.

-Nosotros también -respondió Noah.

-¿Qué? -Zoe miró a Anthony con preocupación-. Ni se te ocurra venir a Nueva York.

-Si sigues negándote a escucharme aquí, no me dejas otra alternativa. Tenemos que hablar.

-No tenemos nada que decirnos. No quiero verte, ¿es que no lo entiendes? Hemos terminado.

-Caballero, por favor -dijo la azafata-. Lo siento, pero tiene que bajarse del avión.

-Está bien, ya me voy. Y tú también, Noah -Anthony desabrochó el cinturón de seguridad de su hijo-. Vuelves a ganar, Zoe.

-Tía Zoe, ¿por qué no te bajas tú también y vienes con nosotros?

-No puedo, cariño.

-Pero tía Zoe...

-Deja de llamarla "tía" -le ordenó Anthony-. Maldita sea, no es tu tía.

-¡Tú me dijiste que sí lo era!

-Lo hice para enfadarla.

-Si fueras bueno con ella, se bajaría y se vendría con nosotros.

-¡Noah, tenemos que bajarnos del avión! Anthony le puso a su hijo una mano en el hombro, lo obligó a levantarse y ambos se marcharon del avión.

Quando Zoe entró en su piso, Supergato salió a su encuentro y se frotó contra sus piernas. Ella fue al dormitorio, dejó el equipaje encima de la cama y empezó a deshacerlo. El gato se subió a la cama.

-Creo que será mejor que te dé una lata de atún o no vas a dejarme deshacer las maletas.

En ese momento sonó el timbre de la puerta.

-¿Quién será?

Al asomarse al ojo de buey, vio a Abdul ajustándose la corbata. Cuando le abrió, él entró con un ramo de rosas rojas en una mano y una pequeña caja de color negro en la otra.

-¿A qué se debe esto? -preguntó Zoe.

-A nada. Me he acordado de que aún faltan por colgar en el pasillo esos cuadros que tienes guardados -Abdul le dedicó una dulce sonrisa y le dio las flores.

-Gracias -respondió ella. Zoe olió las rosas.

-Son preciosas. Voy a buscar un jarrón. Y es toda una sorpresa que te hayas acordado de esos cuadros.

-Es lo menos que puedo hacer; te prometí que te los colgaría.

-Hace meses.

Zoe sacó un taburete y le sujetó los clavos y el martillo mientras él colocaba los cuadros. Cuando Abdul terminó, ella preparó un té.

-Bueno, ¿qué tal Rodas? -preguntó Abdul mientras exprimía limón en su té.

Zoe bebió, pero estaba demasiado caliente. Por lo tanto, dejó la taza en la mesa.

-He descubierto que esta es mi ciudad.

-¿Malas vacaciones?

-Rodas es un lugar precioso, pero prefiero no hablar de ello.

Sonó el timbre de la puerta antes de que se terminaran el té.

-¿Esperas visita?

-No. Llevo solo una hora en casa y esto parece ya la estación Grand Central.

-Todos te hemos echado de menos. Bueno, al menos, yo sí.

De repente, Zoe sintió alivio por la distracción. No tenía ganas de seguir a solas con Abdul, no quería descubrir qué había en esa pequeña caja color negro.

Zoe se levantó y, de nuevo, miró por el ojo de buey.

-¡Noah! ¡Anthony! -exclamó ella al abrir la puerta.

Noah entró rápidamente, pero Anthony se paró en seco al ver a Abdul, y al ver las flores y la caja negra de Abdul encima de la mesa de centro con las tazas de té vacías.

-¿Quién es? -preguntó Abdul, como si tuviera derecho a preguntar, mientras se levantaba.

-¿Quién es? -preguntó Anthony con igual desagrado.

-Soy, el novio de Zoe -respondió Abdul-. ¿Y usted quién es?

-¿Su novio? ¿Desde cuándo?

-Desde hace un año.

Anthony clavó la mirada en ella, esperando que negara las palabras del otro, hombre.

Pero Zoe asintió.

-Te dije que no vinieras.

-¿Qué he significado para ti? -preguntó Anthony-. ¿Qué ha significado Rodas para ti?

-¿Qué ha significado Verónica para ti? -preguntó Zoe a modo de respuesta.

-¡Nada! ¡Ya te lo he dicho una y mil veces!

-¡Pues eso mismo ha significado Rodas para mí, nada! -Zoe abrió la puerta de par en par-. Vete, por favor.

-Está bien, ya lo he entendido. Noah, ven aquí...

-Papá, acabamos de venir y Zoe tiene un gato precioso -el niño empezó a estornudar.

-Deja al gato, eres alérgico. Además, puede morderte y...

-Mi gato no muerde -lo interrumpió ella-. Tiene un carácter maravilloso.

Anthony la miró.

-Una cosa más antes de irme...

-Vete.

Antes de que Zoe se diera cuenta de lo que ocurría, Anthony dio un paso hacia ella y la tomó en sus brazos. Durante una eternidad, los labios de él casi le rozaron los suyos; después, la empujó hacia la pared.

-No, por favor -le rogó ella.

-Te quiero -susurró Anthony-. ¿Es que eso no tiene ninguna importancia?

Con obstinación, Zoe sacudió la cabeza.

-No si mientes y me traicionas.

-Maldita sea, siempre piensas mal de mí. Y también de ti misma.

-Me humillaste en Rodas y volverás a hacerlo. ¡Vete!

-Zoe, por favor. He venido para pedirte que te cases conmigo. Los tres podríamos tomar un vuelo a Las Vegas hoy mismo y casarnos.

-No quiero casarme contigo.

Anthony le acarició los labios con la lengua, y Zoe lanzó un gemido.

-Voy a olvidarme de ti aunque sea lo último que haga en la vida -dijo ella.

-¿Lo dices en serio?

El dolor que vio en los ojos de Anthony le encogió el corazón... antes de que Anthony volviera a besarla con una dulzura y una ternura que la deshizo por dentro.

Pero no le dijo que ella también lo quería y tampoco respondió a sus besos, porque sabía que siempre habría una Rene o una Verónica.

Cuando Anthony la soltó, Zoe se quedó contra la pared, con la cabeza vuelta para no mirarlo.

-Cásate conmigo.

-No.

Zoe no alzó la mirada hasta que Anthony y Noah se hubieron marchado.

-¿Quién es ese hombre? -preguntó Abdul malhumorado.

Zoe suspiró; se había olvidado por completo de Abdul.

-Tú también, Abdul.

-¿Qué?

-Vete.

-¿Yo?

-Sí, tú. Y llévate esa caja negra.

-Pero si ni siquiera sabes lo que hay dentro.

Zoe agarró la caja y se la dio.

-Me lo imagino. No podemos estar juntos. Creo que solo salí contigo porque te parecías físicamente a él.

-¿Al ogro ese que ha venido con un niño?

<https://www.facebook.com/novelasgratis>

Zoe volvió a suspirar.

-Vamos, búscate a otra. Te deseo suerte en la vida.

-¿Qué vas a hacer?

-No tengo ni idea. Creo que necesito pasar un tiempo sola.

-Pero...

Zoe le tocó el brazo.

-Adiós, Abdul.



## Capítulo Doce

Anthony tenía el rostro bañado en sudor mientras, obstinadamente, miraba al caballo palomino en el centro del corral.

-No voy a permitir que te subas a ese caballo otra vez -dijo Henrietta-. No voy a cruzarme de brazos mientras tú te suicidas.

-En ese caso, entra en la casa.

Anthony se secó la frente y luego se apoyó en el cercado de madera.

-No me contestes mal.

Anthony se mordió la lengua para evitar dar una mala contestación. Desde que había regresado de Rodas, estaba sumamente enfadado con su madre por haber arreglado las cosas con la tía de Zoe con el fin de que volvieran a verse.

-¿Por qué no puedes montarlo, papá? -preguntó Noah-. Me habías dicho que podías montar cualquier caballo.

-Y puedo.

El palomino echó las orejas atrás al oír la voz de Anthony.

-Desde que ha vuelto de Rodas, no es usted el mismo, jefe -Frank, el encargado, escupió tabaco y cayó al lado de la bota de Anthony.

Anthony se sentía incapaz de entusiasmarse con nada desde su visita a Nueva York. Sin Zoe, la vida no tenía sentido, y lo peor era que no podía hacer nada al respecto, excepto vivir sin ilusión.

-Tienes mejores cosas que hacer que montar ese caballo -dijo Henrietta-. Deberías estar en los establos de cría o revisar los nuevos contratos de arrendamiento de terrenos de caza.

Por supuesto, su madre tenía razón. Además de criador de ganado vacuno, Anthony era criador de venados.

Sin embargo, la monta de ese caballo sin domesticar en el corral, con las caídas y dolores que eso conllevaba, lo distraían y le impedían pensar en Zoe.

Se ajustó el sombrero y fue a agarrar las riendas del animal para montarlo otra vez. Lo sorprendió que el caballo no se moviera cuando metió la bota en la espuela. Aprovechando la oportunidad, se subió rápidamente y se sentó en la montura. Al momento, metió la otra bota en la espuela opuesta. El caballo permaneció inmóvil.

-¡No se quede ahí sentado sin hacer nada, jefe!

-Cierra el pico, Frank -dijo Henrietta.

-¡Cabalga, papá!

Anthony espoleó al caballo suavemente. Al momento, el palomino empezó a relinchar y a dar saltos.

-Lo tiene, jefe -gritó Frank.

Al cabo de unos segundos, el palomino bajó la cabeza.

-Súbale la cabeza, jefe.

-Es más fácil decirlo que hacerlo -contestó Anthony.

Al cabo de unos minutos, Anthony acabó en el suelo. Pero casi le gustó el dolor que sintió porque, era tan fuerte que dejó de pensar en ella.

La lluvia golpeaba los cristales de la oficina. No hacía viento y los negros muros de los edificios al otro lado de la calle parecían sostener el oscuro cielo.

A Zoe no le gustaban esos días primaverales.

-Tienes que hablar con Verónica -dijo Ursula.

-Ya no soy su editora.

Cuando Ursula arqueó las cejas, Zoe se cruzó de brazos.

-Créeme, no te lo pediría si tuviera otra opción. Todos hemos intentado trabajar con Verónica. Es...

-Imposible -concluyó Zoe.

-Tú y ella os entendéis.

-Eso creía yo también.

Zoe miró por la ventana y clavó los ojos en la distancia. Nueva York le parecía un lugar vacío y sin atractivo.

-¿Qué pasó exactamente en Rodas? -preguntó Ursula en tono suave.

-Es... algo complicado.

-El trabajo que hicisteis tú y Verónica es excelente. Ha escrito las tres cuartas partes de un nuevo libro...

-Ya escribirá el resto, no te preocupes.

-¿Por qué te niegas a hablar con ella?

-Porque...

Alguien llamó a la puerta.

-Tengo que decirte una cosa -dijo Ursula en tono urgente.

Una delgada rubia vestida con un traje de seda negro entró en el despacho.

-¿La has convencido?

-¡Verónica! -Zoe se volvió a Ursula y sostuvo la oscura mirada de su jefa.

Ursula arqueó las cejas.

-Me rogó que hablara contigo. Y ahora, como tengo cosas que hacer, ¿por qué no os quedáis en mi despacho y solucionáis vuestras pequeñas diferencias?

-¿Pequeñas diferencias? -repitió Zoe apoyando la mano en el respaldo del sillón giratorio de Ursula.

-Tengo que irme a una reunión. Ya verás como todo irá bien -dijo Ursula.

-Ursula, no me dejes aquí con ella -le rogó Zoe.

Ursula agarró el bolso y el portafolios y salió del despacho.

-¿Te gusta? -Verónica se tocó el cabello, que estaba sujeto en un discreto moño-. Es mi nuevo y discreto "yo".

-Puede que lo parezcas, pero no lo eres.

-¿Por qué no estás con él y con Noah? -preguntó Verónica.

-¿Con quién, con Anthony? Sabes perfectamente por qué.

-No hicimos nada. El no quería.

-¿Que él no quería? No te creo.

-Tienes tan poca seguridad en ti misma como yo en mí misma. Creo que por eso trabajo tan bien contigo.

-¿En serio no hizo nada contigo?

-No.

-¿Y qué me dices de ese tanga?

-Te juro que no recuerdo habérmelo quitado. Ese ouzo... La psiquiatra me ha dicho que nada de alcohol, y también que me olvide de los hombres hasta haber solucionado mis problemas. Lo siento mucho, Zoe; siento haberme interpuesto entre los dos. Conocí a Noah, es un encanto de niño y te necesita. También lo

siento por él. Y también siento mucho haber estropeado nuestra amistad.

-Debes entender que decir que lo sientes no significa nada. Te disculpas y luego vuelves a hacer lo mismo.

-En el restaurante, después de que te fueras, me desmayé. Lo único que Anthony hizo fue tratar de llevarme a casa en el coche para evitar que me metiera en un lío, pero yo me negué a decirle dónde estaba la villa que tenía alquilada. Luego, intenté seducirlo, pero él me contestó que estaba enamorado de ti, que siempre lo había estado... incluso cuando estaba casado.

-¿En serio no hizo nada contigo?

-¿Cuántas veces voy a tener que decírtelo? Se comportó como un perfecto caballero.

Zoe pasó por delante de ella apresuradamente.

-¿Adónde vas? ¿Qué hay de mi libro?

-Escríbelo. Escribe lo que quieras. Ten confianza en ti misma y ya verás como escribes.

-Pero...

-Hazlo. Ya has escrito cuatro best sellers.

-¡Pero con tu ayuda! ¡Eh, para! ¿Adónde vas?

-A hacer una llamada telefónica y a tomar un avión.

-¿Adónde?

-A Las Vegas. Me caso.

-¿Lo sabe Anthony?

-Voy a llamarlo ahora mismo para pedirle que se case conmigo.

-¡Genial! ¡Maravilloso!

-¿Qué?

-¡El final de mi libro! ¡Toda esta pasión! ¡Ya lo tengo! -Verónica se abrazó a Zoe.

-Es cuestión de tener confianza en una misma. Yo no te he ayudado con el final del libro, lo has hecho tú sola al deshacerte de tus miedos. Y a mí me ha pasado lo mismo. Me daba miedo creer a Anthony, me daba miedo creer en mí misma, me daba miedo amar.

-Eres especial -murmuró Verónica abrazándola con fuerza.

-Y tú.

-Nunca volveré a ponerme en ridículo como lo he hecho ni volveré a traicionarte.

Zoe la abrazó de nuevo.

-Está bien, te perdono. Pero será mejor que soluciones tus problemas, ¿me oyes?

-Sí. Ah, una cosa, ¿estoy invitada a la boda?

-No.

-No lo olvides, ten confianza en ti misma.

Zoe estaba sentada delante de su escritorio hablando por teléfono.

-¿Las Vegas? -dijo Anthony sin comprender-. ¿Por qué quieres que nos encontremos en Las Vegas?

-Me hiciste una proposición.

-Y tú dijiste que no.

-Debería haber dicho que sí.

Anthony guardó silencio un momento.

-Ahora mismo estaba leyendo una cosa que escribiste en Grecia y que tiraste a la papelera -dijo él por fin-. Noah tenía el papel.

Zoe contuvo la respiración.

-Al leer esto, me he dado cuenta de que, al contrario de lo que creía, no me odias.

¡Cielos! Ahora, Anthony sabía lo mucho que lo amaba.

-¿Sí o no, Anthony? -susurró ella-. ¿Vas a casarte conmigo?

-¿Hablas en serio? Te enfadaste mucho conmigo en Grecia y me dijiste que no querías volver a verme nunca. Luego, en Nueva York, volviste a rechazarme. ¿Qué es lo que te ha hecho cambiar de idea?

-Lo que siento por ti. Te quiero, Anthony, siempre te he querido y siempre te querré. Lo que me ha pasado es que he empezado a creer en mí misma y en nuestro futuro, eso es todo. Hasta ahora, siempre me he dejado dominar por mi inseguridad. Quizá tengamos suerte, es posible que nunca te pierda.

-Me alegro de que me hayas llamado, hace un rato he estado a punto de dejar que me matara un caballo. Mi vida no tiene sentido sin ti.

-A mí me pasa lo mismo.

-¿Qué me dices de tu trabajo en la editorial?

-Supongo que podré trabajar como freelance desde Texas. Quién sabe, puede que incluso llegue a escribir algo.

-Eh, lo que acabo de leer me ha gustado mucho.

-Eso es porque ahora sabes lo loca que estoy por ti.

-Me gusta saberlo. Bueno, ¿en serio quieres casarte conmigo?

-Lo único que me importa en el mundo eres tú. Tú lo eres todo para mí. Ah, y Noah. Estoy deseando ver a Noah.

-Está aquí, a mi lado. Te va a saludar.

Zoe se sintió inmensamente feliz.

-¡Genial! -le gritó Noah por el teléfono-. ¿En serio vas a ser mi nueva madre?

A Zoe le latió el corazón con fuerza y lágrimas de felicidad resbalaron por sus mejillas al contestarle afirmativamente.

-¿Sabes una cosa? La abuela dice que, a veces, los papelillos chinos de la suerte se hacen realidad.

-¿Los papelillos chinos de la suerte?

-Sí, los que te dan en los restaurantes chinos. Y el mío se ha convertido en realidad: ahora tengo una nueva madre y papá te tiene a ti.

-¡Oh, Noah, me muero de ganas de verte!

-Papá quiere hablar contigo otra vez.

-Quiero saber una cosa -dijo Anthony cuando volvió a ponerse al teléfono.

-Lo que quieras.

-¿Fue capaz el tío Duncan de... de consumar el matrimonio cuando os casasteis?

-No lo sé, Duncan se negó a decírmelo.

-¿Cómo...?

-No recuerdo absolutamente nada respecto a la boda y mucho menos respecto a la noche de bodas.

-Te juro por lo más sagrado que jamás vas a olvidar nuestra noche de bodas.

<https://www.facebook.com/novelasgratis>

-En ese caso, nada de ouzo -bromeó Zoe.

## Epílogo

La suite de los recién casados tenía paredes doradas, alfombra roja y espléndidas vistas de la ciudad, toda ella salpicada de jarrones con flores.

Zoe se abrazó a su marido y, perezosamente, le acarició la nariz con la yema de un dedo.

-Eres tan guapo... Casi no puedo creer que seas mío -dijo ella.

-Créelo.

-Igual que no puedo creer que te hayas pasado la noche entera haciéndome el amor -susurró Zoe.

-Y has estado contando.

-Para hacer que durase.

-He sido yo quien ha hecho todo el trabajo.

-No te quejes, te has divertido.

-¡Y que lo digas! -Anthony le acarició el cabello.

-No puedo creer que tanta gente de Shady Lomas nos haya enviado flores.

Anthony sonrió traviesamente.

-Porque han acabado por aceptarte. Ahora estás casada con quien debes y tienes un hijo.

-¿Qué estará haciendo Noah?

-Espero que Verónica tenga cuidado con él y no le deje gastar mucho dinero en esas máquinas tragaperras.

La tía Peggy y Henrietta también estaban hospedadas en el hotel. Ellas dos y Verónica hacían turnos para cuidar de Noah. En principio, el plan había sido que se turnaran: una de ellas se quedaba con Noah mientras las otras dos se iban a jugar a las máquinas. Pero a Noah lo había fascinado el brillo y el ruido del casino; sobre todo, se había encaprichado con las máquinas tragaperras.

-Todavía no puedo creer que hayas dejado que Verónica fuera tu dama de honor -dijo Anthony.

-Me lo explicó todo. Me dijo que te portaste como un caballero.

-¿Por qué la creíste a ella y no a mí?



-Quizá fuera porque, de tan desgraciada que me sentía, estuve dispuesta a escuchar. Mi cabezonería no me estaba llevando a ninguna parte.

-Me ha sorprendido lo contenida y discreta que ha estado Verónica en la ceremonia. El cuello del vestido le llegaba a la barbilla. Y se lleva muy bien con Noah.

-Es la nueva Verónica... y sin ouzo. Dice que los niños le encantan. Y, además, está yendo al psicólogo.

-Estupendo. En el fondo, debe de ser una excelente persona.

-Sí, lo es.

-Pero eres tú quien es maravillosa -Anthony besó a su esposa en la boca y luego en la mejilla.

Una renovada pasión se apoderó de ella.

-No -susurró Zoe.

-¿No, qué?

Zoe le envolvió los hombros con los brazos y se colocó encima de Anthony.

-Esta vez, voy a hacer yo el trabajo.

Anthony no protestó cuando Zoe le acarició la garganta con los labios, descendiendo... más abajo... más.

-¿Sabes qué? Quería abrirme paso en Nueva York, demostrarte que era capaz de ello -dijo Zoe-. Tiene gracia, pero estar casada contigo, besándote, es lo que hace que sienta que mis sueños se han convertido en realidad.

-A mí me ocurre lo mismo -susurró Anthony con voz ronca.

-Creo en ti y en mí, juntos.

-Ya era hora -Anthony la estrechó en sus brazos y se colocó encima de ella.

-Creía que no querías seguir trabajando -murmuró ella en tono burlón.

-He cambiado de idea. Te amo. No sabes cuánto te amo.

Zoe sonrió traviesamente.

-Y yo a ti.

-Vamos a tener una vida maravillosa -le prometió Anthony.

-Lo sé -contestó Zoe.

<https://www.facebook.com/novelasgratis>

Se besaron y se abrazaron, compartiendo un momento sumamente especial.

Después, Anthony la soltó, se la quedó mirando a los ojos y sonrió.

**Fin**